

AMERICA



70

GASOLINA Y KEROSENE

MARCA

"CHIMBORAZO"

INSECTICIDA

"CHIMBA"

ACEITES LUBRICANTES

"CHIMBOL"

Y

"ANCONOIL"

PRODUCTOS NACIONALES
DE ALTA CALIDAD

AGENTES:

Sociedad Comercial
Anglo-Ecuatoriana Ltda.

Guayaquil.

Quito.

A M E R I C A

AMERICA

PUBLICACION TRIMESTRAL DEL
GRUPO AMERICA

DIRIGEN

ANTONIO MONTALVO
IGNACIO LASSO
JORGE ESCUDERO

1941

ENERO, FEBRERO,
MARZO Y ABRIL

AÑO XVI

Nº 70

Quito — Imprenta del Ministerio de Gobierno — 1941

CONTENIDO

IGNACIO LASSO

América y la Guerra

ISAAC J. BARRERA

Particularidades del Estilo

JORGE CARRERA ANDRADE

Poetas Franceses de Hoy

GONZALO ESCUDERO

Origen y Destino de la Poesía

GUILLERMO BUSTAMANTE

Alguien Recogerá

EMILIO UZCATEGUI

Sarmiento, Hombre de América

HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

Prosas Breves

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ

El Ecuador en la Nueva Era del Panamericanismo

MANUEL M. MUÑOZ CUEVA

Benigno Malo

MANUEL MORENO MORA

Alfonso Moreno Mora

ALFONSO MORENO MORA

Poemas

MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

Manuel J. Calle

ALFREDO MARTINEZ

Protoplasmas del Tiempo

ANGEL ROSENBLAT

Primera Visión de América

ALBERT B. FRANKLIN

En la Muerte de James Joyce

ANTONIO ZAMORANO BAIER

La Guerra y Nuestra Educación

VARIOS ANIVERSARIO DEL GRUPO AMERICA: En Busca de la Personalidad, de Isaac J. Barrera.—Mensaje del Grupo América a las Instituciones Científicas y Literarias del Continente.—Bases para el Concurso Interscholar de Cultura Argentina.—Apoyo del Gobierno al Grupo América.

ANTONIO MONTALVO

Bibliografía

CRONICA *VARIOS*

GRUPO AMERICA

Flores N° 2

Casilla 75

Quito, Ecuador

AMERICA Y LA GUERRA

Frente a las definiciones de la Cultura y a las exigencias materiales del concurso internacional —conurrencia de fisonomías nacionales y nacionalistas— no pudimos por menos que confesarlos: hispanoamericanos. Calidad sensible que nos agudizaba la conciencia y la subconciencia. Y mientras otros pueblos se fortalecían en la previsión, el acierto y la astucia y se forjaban una fórmula política para amparar su derecho, su tradición y su prosperidad futura; nosotros estábamos divididos, aislados, mordidos en la entraña por la disensión, el desacuerdo y la revuelta. Eramos —y no lo advertíamos del todo— un mosaico de naciones a las que el sociólogo encontraba una sola peculiaridad: el contraste súbito que trae consigo la incomplitud y la ausencia de equilibrio. La verdadera médula de nuestra historia, la constituía el mestizaje. De ahí que el investigador, tropezara con el laberinto de problemas irresolubles, de conflictos básicos de nacionalidad. No obstante, ya se intuía que, en esta manera de ser, en esta idiosincracia nuestra, se mezclaban ciertas simientes inéditas, las que iban a dar por resultado un nuevo estilo, y que en ese ebullición de savias combinadas estaba germinando alguna gran sorpresa, un destino eficaz. Hispanoamérica era un sustantivo que se comprendía así. Ante todo, como un valor intrínseco de contenido social, pero sin mayor significación política y sin plan ni alcance internacionales. Por eso lo hispanoamericano fue absorbido y devino panamericano. Esto explica como la conservación y consolidación de la independencia de nuestros países, sólo fue posible gracias a la fuerza incontrastable de una doctrina, la de Monroe; detrás de cuyos principios de pragmática, accionaba el imperialismo con su método encubierto. La hegemonía ha sido combatida con desigual denuedo, y la sujeción ha intentado muchas veces

ser redimida. El hecho es que, ni una ni otra, han podido ser totalmente eliminadas. Por más de un siglo persiste la dependencia de hispanoamérica y formamos una real zona de influencia de la gran Nación del Norte.

Pero esta acomodación a la convivencia internacional ha sufrido una sacudida perturbadora, a consecuencia de la guerra. La propaganda de los beligerantes, dividiendo la opinión en dos frentes irreductibles, ha tornado más difícil el problema de la autonomía de los Estados de Hispanoamérica.

Casi insensiblemente, a causa de la gravitación histórica, de los peligros de la guerra y de las proyecciones de los planes totalitarios de nazificación del mundo, los pueblos de este Hemisferio, por la activa gestión de sus Gobiernos, han declarado su franco rechazo a las concepciones nazis —y a su implacable política de expansión y violencias—, y se han apresado a combatir, conjuntamente, todo intento de penetración o ingerencia en los asuntos de América.

El grito de alerta ha resonado en todos los ámbitos del Continente: Hay que salvar a la democracia. Hay que defender a la Cultura de Occidente. Y hay que oponer a la agresión los principios del Derecho Internacional Americano.

Toca a las agrupaciones intelectuales en general, y a los escritores en particular, realizar un minucioso análisis de la propaganda, y discernir la verdad esencial de los sofismas, ingredientes, desviaciones y deformaciones que la ocultan. No podemos sumarnos al irracional corro que se deja imponer y admite gregariamente una enseña; tampoco podemos obedecer las consignas que se dan desde misteriosos centros de difusión e intriga. Nuestro honrado criterio debe basarse en largos convencimientos formados por el triple esfuerzo de la razón, la experiencia y un seguro instinto de conservación.

La inteligencia de América debe estar lista para defender la causa de la verdad humana, pero no puede colocarse nunca al servicio de una verdad postiza, extraña a sus propios intereses. El primer imperativo es repudiar la cínica bestialidad totalitaria. Y el segundo, desenmascarar el espejismo democrático, a cuya sombra han prosperado vergonzosas oligarquías.

Defendamos a la democracia, pero redimiéndola de sus fatales yerros, estructurándola en equidad y justicia, prestándola realidad y función, y convirtiéndola en auténtico servicio humano y en instrumento de bienestar y progreso de las grandes mayorías. Los intelectuales de América debemos luchar por una democracia, donde la dignidad humana exista realmente y sea respetada y enaltecida, y no sea sólo una frase henchida de hipócrita sensiblería, y un artículo perdido entre la letra muerta de los Códigos.

Defendamos a la Cultura y a la libertad que fincan sus hondas raíces en el corazón del pueblo. Levantemos la bandera de la cultura genuina, desechando el barbíz superficial de esas gentes livianas que a sí mismas se llaman cultas. Elevemos la cultura y la enanchemos, librándola de sus estrecheces y prejuicios; superándola, engrandeciéndola con nuevos y fecundos impulsos.

Solamente cuando un firme y vigoroso propósito de enmienda, se adueñe de las conciencias de los hombres honestos de América, será posible salvar de la terrible destrucción de la guerra, los valores espirituales de la Democracia y la Cultura.

Creemos firmemente en la derrota del fascismo. Estamos prestos para combatirlo —ya lo combatimos desde su nefasta aparición— porque vemos en él: una negación del espíritu y de la jerarquía de la inteligencia, y un retroceso en la lógica evolución de las sociedades humanas.

Pero creemos también firmemente, que la Democracia y la Cultura para salvarse y sobrevivir de la tremenda Revolución Negra, tendrán que extirpar su podredumbre y retoñar de entre los escombros de una civilización en ruinas, con un élan nuevo de humanidad constructora y justa.

I G N A C I O L A S S O M.

PARTICULARIDADES DEL ESTILO

Setiembre 1º de 1905 — Enero 15 de 1906

—Disertación en un curso de Periodistas—

El 23 de enero se publicaba un cablegrama procedente de Madrid que transcribía una apreciación del diario "Arriba" y en que se expresaba satisfacción por la entrada de Francia en el **nuevo estilo** de Europa. No voy a enfrascarme en cuestiones de política universal, quiero tan sólo, anotar el empleo de la palabra "estilo", que va a ser el objeto de esta ligera conversación sobre un tema literario.

La palabra, que es el fuego del cielo robado por Prometeo, no es solamente la transcripción de la idea sino la creación de un simbolismo en torno de la misma idea, porque los términos no corresponden como definiciones exactas, sino que desde los primeros momentos de su iniciación en la vida, sirvieron o de punto de comparación o para la creación de imágenes. En el momento en que se revisa la situación de un vocablo se encuentra que la imaginación popular bordó con lo más sencillo y ordinario algo vistoso, extraño, brillante. Quien se tome el trabajo de desentrañar el significado de las palabras que emplea en su diaria conversación se encontrará sorprendido con el origen que tuvieron. Los filólogos son así los más entretenidos arqueólogos de esta difícil ciencia del lenguaje. Cuando nos dicen que la noble palabra "cónyuge", por ejemplo, no expresa sino la bucólica imagen de la pareja que surca la tierra de labor atada a un yugo, nos aflora la sonrisa, pero nos sume en hondas meditaciones sobre el valor real y el imaginativo que tiene todo idioma.

Este valor duplicado es el que posibilita la existencia del arte de la palabra como expresión literaria. Porque la literatura estará contenida en dos resultados, en el genérico que estructura, que haga obra de creación y que en cierta manera se adentre en la vida, y en el formal que se manifieste por la elegancia de la frase, por el estilo. De allí que este valor translaticio de las palabras sea aplicable tanto a la literatura como

a otras manifestaciones de la vida, pero que tenga un sentido fijado ya de antemano en la figuración que se dió al lenguaje, en el valor metafórico de las palabras.

La humanidad ha andado muy despaciosamente en la adquisición de los grandes valores culturales. Cuando se efectúan excavaciones en la Mesopotamia, por considerarse que allí debieron existir ciudades habitadas en un tiempo tan remoto que la humanidad ha perdido la memoria de ello, se encuentran pequeños bloques de barro cocido, ladrillos diríamos ahora, en los que se han labrado signos misteriosos, en escritura cuneiforme, que han logrado sin embargo descifrar los arqueólogos y saber que contenían noticias de lo que algún cronista de aquella remota edad consideraba que merecía ser comunicado a los demás hombres.

Después de miles de años encontramos a los escritores de Roma grabando en tabletas enceradas o ceruseadas, sus pensamientos. Las famosas cartas de Cicerón fueron escritas así. Para escribir en estas tabletas se empleaba un punzón, que era un estilo, un estilete, que iba componiendo los signos y las palabras. Según el pulso del escriba el estilo se hundía más o menos; el carácter ideográfico tenía mayor fijeza o mejor relieve; se hundía más en la cera o la acariciaba con cierta complacencia. La orden conminatoria sería estilizada con vigor; la carta amorosa se bordaría tímida. Y eso era el estilo, y eso es el estilo: traduce un estado de ánimo, se acomoda a un asunto, se apropia de un tema. No ha de escribirse un idilio en estilo heroico.

Vemos como el valor figurado de las palabras nos lleva a la interpretación de los hechos y a esa interpretación quiero atenerme en esta brevísima disertación que tiene carácter de conversación amigable e íntima, con amigos del oficio, con periodistas que saben de estas cosas y que por lo mismo se interesan sobre las aplicaciones que el asunto pueda tener al tratarse de concertar las observaciones que se hagan al respecto cuando se trate de escribir acerca de los diferentes temas que se ocurren en el periodismo.

Hay una apreciación generalizada que atribuye un estilo propio e inconfundible a cada escritor, a tal punto que el célebre naturalista francés Buffon, al decir en el Discurso con el que ingresó en la Academia Francesa que "el estilo es el hombre" sentó una regla o más bien la interpretación de lo que por estilo debía tenerse en literatura. Es verdad que todos los historiadores de la literatura francesa hacen la aclaración de que Buffon expresó algo diferente, ya que la frase que tan-

to se ha extendido, decía *le style est de l'homme même*; es decir, el estilo es propio de cada hombre, corresponde al carácter y a la inclinación de cada uno, al concepto del orden y el movimiento. Pero la misma deformación que ha sufrido la frase, sin saber cómo ni cuándo, está indicándonos que hay una variante en la percepción de la idea que ha sido aceptada por consenso público. La frase *el estilo es el hombre*, que es la que se ha generalizado, traduce un pensamiento nuevo y da otra interpretación a la palabra estilo.

Y esta discusión no se ha producido tan solamente con motivo de este afortunado pasaje del discurso de Buffon, sino que es materia de consideración y desacuerdo por parte de cuantos tratan de estos asuntos. En efecto se oye continuamente afirmar que un escritor es notable por el estilo o más bien dicho que tiene un estilo admirable, expresando así que dispone de un elemento propio que no está al alcance de otros escritores: es el grado de acentuación que va poniendo en la escritura y que no puede ser imitado por los demás. El estilo de Montalvo, por ejemplo, tendría una estructura especial que sería de su particular uso, y tanto que cuando los escritores jóvenes de su tiempo, declarándose rendidos admiradores de su genio y de sus ideas, trataban de imitar su estilo lo lograban de modo tan artificial que causaba la decepción de los lectores.

Existiría, pues, el estilo como cualidad peculiar y exclusiva de un escritor determinado, según lo quería Navarro y Ledesma; habría el estilo cervantesco, el calderoniano, el shakesperiano, el quedevesco, el montalvino, etc. Es decir, que cada una de esas grandes personalidades que hacen eco y señalan un surco en la literatura, maneja un estilo propio, que corresponde a dotes especiales de cada uno de esos escritores. Habría que hacer notar únicamente que el grande escritor no sería en este caso el que manejara admirablemente el idioma, sino el que por medio de las ideas se impusiera en la consideración de lectores y escritores. Sin esta condición, la parte formal, por mucho que se admirara en un momento dado, carecería de trascendencia y sería olvidada pronto. Supongamos a un escritor de frase depurada y límpida, pero que escriba sobre cuestiones de ninguna importancia; sería como esos hábiles artifices que se complacen en imitar una minuciosidad admirable, pero sin ningún designio de utilidad ni de creación. Esos artesanos que pierden su tiempo en hacer una locomotora en pequeño, que obtienen la admiración de los ton-

tos, pero que al fin el mismo trabajador comprende que de nada sirvió su habilidad.

No: la cuestión no es tan sencilla como parecería a primera vista. Y para deducirlo bastaría buscar la similitud con las otras artes bellas. La arquitectura nos puede servir de término de comparación con bastante exactitud: cuando las estructuras se diversifican en estilos, no se trata de referirse a la manera como puede interpretar el arquitecto la regla establecida para un estilo, sino a un género arquitectónico. Una catedral gótica, para recordar la argumentación del admirable maestro Navarro y Ledesma, no era el producto de la cualidad de la piedra sino el estilo interpretado por cada uno de esos hombres geniales que trabajaron en la piedra durante la Edad Media y a través de toda Europa.

He enunciado la palabra **manera** que caracteriza la peculiaridad de cada escritor. Con una observación atenta y habilidad para manejar el idioma se alcanza a restablecer un escrito en forma tal que pueda ser reconocido por el lector habitual y atribuido a un autor, sin embargo de ser tan solamente una imitación. De estos casos, la historia de la literatura nos da varios ejemplos. Es célebre la **mistificación** consistente en el Buscapié atribuido a Cervantes y en los tiempos actuales habría que recordar lo ocurrido con las **Canciones de Bilitis** que varios de mis oyentes habrán leído complaciéndose en esos epigramas verdaderamente griegos, inventados por Pierre Louys, pero que al ser publicados como traducción de un viejo manuscrito griego, encontró a helenizantes eruditos y crédulos que no solamente estuvieron de acuerdo en la antigüedad de los poemas transcritos ahora al francés, sino que alguno de ellos hasta aseguró haberlos leído en el original. Era tanto el poder de la asimilación. Era el estilo griego, pero, ¿a cuál de los poetas de la Antología podían atribuirse estas canciones?

Marcel Proust, el historiador del tiempo perdido, tiene un curioso volumen entre sus obras. Se titula **Pastiches et Mélanges**. En este libro trata de una gacetilla, de un dato de crónica, que diríamos ahora, de nueve maneras diferentes. Un individuo llamado Lemoine había suscitado en Francia uno de esos escándalos que hacen hablar a los periódicos y que son la comidilla en las reuniones sociales. Lemoine, pretendiendo haber descubierto la fabricación del diamante, se apropió de grandes cantidades que capitalistas incautos pusieron a su disposición. Esta noticia es contada por los grandes escritores a quienes Proust imitó el estilo: Balzac, Flaubert, Michelet,

Henri de Regnier y otros igualmente notables. Un pasatiempo, como vemos, pero en el que Proust tenía que demostrar el gran conocimiento que atesoraba acerca de los resortes literarios de cada uno de los escritores imitados. Es interesante para nuestro estudio transcribir lo que en una nota inicial dice Proust: "Este insignificante asunto de policía correccional he tomado al azar como tema para imitar la manera de un cierto número de escritores". Aclara que el autor imitado, se expresa en esa imitación no solamente según su espíritu sino en la lengua de su tiempo. Esta anotación nos deja entrever lo que puede considerarse como estilo según el pensamiento de Proust.

El punto adquiere una mayor aclaración si se considera que entre los autores imitados estaba Flaubert. Mis oyentes saben perfectamente que este escritor francés adquirió una notoriedad muy grande por varias cualidades y condiciones de su manera literaria. En primer lugar era el escritor cuidadoso de la frase: las palabras eran un material sagrado que había que usar lo más oportunamente posible para que la forma no traicionara el fondo de la obra. Se pasaba días en busca de la palabra precisa y sus novelas avanzaban muy lentamente, porque releía las frases en busca de la cadencia que las hiciera gratas al oído. Así se explica que dejara tan pocas obras en su haber: el trabajo era agotador. Mientras Balzac, por ejemplo, escribía sin descanso y no le importaba la frase. **La Comedia Humana** ha salido de esta constancia en el trabajo y no sabríamos decir si la posteridad ha hecho mucho alto en la brillantez literaria; lo que sí sabemos es que Balzac es uno de los grandes genios humanos y que Rodin lo caracterizó muy bien cuando hizo que la cabeza poderosa emergiera de un informe y colosal bloque de piedra.

Este Flaubert tan remirado, que cuidaba la frase con el esmero anotado, que leía diez libros para condensar el conocimiento en un renglón, que se atormentaba buscando la expresión justa, la palabra propia, la metáfora más acabada, sería de suponer que tenía fraguado un estilo como una espada propia. Flaubert, nos dice su amigo Maupassant, no se imaginaba el estilo como una serie de moldes particulares que cada uno llevara la marca de un escritor y que en cada uno se pusiera todo el contenido de las ideas; creía en el estilo; es decir en una manera única, absoluta, de expresar una cosa en todo su color y en toda su intensidad. Si se lee atentamente esta definición del estilo, se puede ver que se determina el concepto de una manera diferente a la que se tiene por lo

común. El estilo no sería el modo de escribir de cada literato, sino la comprensión de éste para saber que cada idea tiene una manera justa de expresarse y que entonces el trabajo del escritor estará en acertar con esta manera, porque así se la dará forma definitiva y eterna. Una estatua puede ser trabajada por muchos artistas, pero habrá solamente una manera de concebir esa estatua que sea la que traslade a la piedra todo el valor contenido en el hombre y esa será entonces la traducción fiel de lo que se pidió al artista.

Cuando el crítico Alberto Thibaudet estudia las obras de Flaubert se detiene obligadamente en el capítulo relacionado con el estilo para anotar que no fué un don gratuito, sino una adquisición constante, una disciplina permanente; pero que el producto no llegó sino tarde. Desde muy joven trabaja por dominar la frase; pero en todas las obras de juventud se siente el aceite con que suaviza la palabra y compone un estilo. Hay un progreso; pero el dominio sólo consigue cuando ya su ingenio está formado completamente. Se considera que a partir de **Madame Bovary** hay que admitir esta madurez. "Flaubert a fini ses écoles", ha concluido su aprendizaje. Tiene en sus manos ya el instrumento que ha de servirle para componer sus obras; pero esto no impedirá que se atormente en cada vez, ya no en busca del estilo sino en busca de la palabra.

Y, ¿en qué consistirá el estilo? **Madame Bovary**, **Salambo**, **l'Education**, **la Tentation**, **Bouvard**, implican cinco formas de estilo, dice Thibaudet, que a pesar de su analogía no dejan de ser diferentes y poseer su clave particular. Las cinco novelas desenvolvían cinco ideas diferentes y cada idea necesitaba un estilo propio; uno era oratorio, numeroso, sensual; otro más trabajado, viril, exacto, histórico; otro fluido, ligero, fácil. **La Tentación** llena la complejidad y el movimiento del estilo dramático, y el estilo de **Bouvard** es casi opuesto al de **Madame Bovary**, reducido, escueto, nervioso. Entonces, la pregunta queda en pie, o más bien dicho, la definición toma una complejidad insospechada, ya que si el estilo es la particular manera de escribir de cada autor y el estilo es el instrumento expresivo en cada caso en que un autor sobresale, habría que concluir con que el estilo es el punzón que en efecto se hinca más o menos, según el tema, pero sin que permanezca invariable. Thibaudet aclara este pensamiento en la forma siguiente: "Una ley a menudo desconocida es la que se puede formular así: El estilo escrito no es el estilo hablado; pero el estilo escrito no se renueva, no adquiere vida y perpetuidad

sino con un contacto a la vez estrecho y original con la palabra. . . Hoy día tener un estilo es tener un corte original en este complejo que es el lenguaje habaldo."

Vemos, pues, que las dos frases de Buffon, la cierta y la atribuida, tienen parte en la definición del estilo: si es de cada hombre, será la manera que distinga a los escritores que, tratando de un mismo asunto, se diferencian en el empleo de la frase. Porque, si el estilo fuera el hombre, querría decir que no es una caracterización sino una interpretación la que produjera la palabra escrita: no admiraríamos la elegancia, la propiedad, la armonía, sino que iríamos a buscar los medios para descifrar lo que ese hombre escritor valía en su módulo interno, en su espíritu, en su esencia. Y esta definición francamente nos alejaría de toda preceptiva literaria, para entrar al campo luminoso, pero también complicado de la psicología. Pero el estilo representa un fenómeno social indudable. Este es un aspecto en el que me ocuparé después.

Quiero anotar antes una nueva particularidad concerniente al estilo que acrezca las razones que induzcan a fijar una definición con alguna exactitud, o por lo menos la consideración de todos los aspectos asignados al estilo como expresión literaria. Todos hemos oído hablar de Stendhal, ese extraño novelista francés que ha pasado a la celebridad con unas pocas obras desdeñadas en su tiempo, pero que han reunido en su torno a millares de admiradores y devotos que le confiesan un total rendimiento.

Stendhal es el pseudónimo vuelto célebre, porque el nombre del escritor era otro; se llamaba Henry Beyle, Stendhal parece que es el nombre de un pueblecito alemán por donde pasó alguna vez el escritor, que fué un modesto funcionario en el gran ejército napoleónico. Escribió **El Rojo y el Negro**, **La Cartuja de Parma** y algunas otras obras que no hace al caso citarlas, para el punto de este modesto estudio. Cuando después de la muerte de Beyle se publicó un folleto en el que Mérimée trató de recordar a un espíritu curioso, no sabía que estaba sentando las bases para el monumento que se elevaría más tarde al más grande de los psicólogos de los tiempos modernos y tal vez de todos los tiempos, al decir de Taine. Y cuando Mérimée refería que Stendhal antes de ponerse delante de las cuartillas en que escribía daba lectura a unos cuantos artículos del Código Civil, tampoco adivinaba que la posteridad tendría al anecdótico escritor como a maestro del estilo.

Porque Stendhal en efecto mojaba su pluma en la lectura del Código para buscar precisión y claridad para su estilo,

para que su frase fuera apropiada al tema y a la cualidad del pensamiento, para que fuera ordenación, movimiento y lógica. Cuando Remy de Gourmont estudia este punto expresa que si es verdad que Stendhal no puede ser comparado con los literatos llenos de retórica de su tiempo, su estilo no por eso es menos admirable, por lo apropiado y por lo claro. "Hay muchas clases de estilos, escribe Gourmont, todas excelentes, pero no hay ninguna que sea mejor que el estilo natural, es decir, el que tenga perfecta concordancia no solamente con el temperamento del autor, sino con el asunto tratado. Es preciso evitar lo ilógico. Flaubert no ha escrito **La Educación sentimental ni Bouvard y Pecuchet** con la amplitud poética y romántica que convenía a la **Tentación de San Antonio**. Stendhal necesitaba, para fijar la multiplicidad de aventuras psicológicas, un estilo un tanto claudicante, cortado a cada paso por los incidentes de la vida y del pensamiento, y no se vería bien que **El Rojo y el Negro** se desarrollara en el tono musical de **Nuestra Señora de París**. He creído del caso transcribir esta opinión ilustre, porque el problema del estilo tiene que salir forzosamente de los límites de cada literatura en particular para ser objeto de una consideración más amplia, que confine en la literatura universal y dé sentido y razón a la preceptiva como un contenido de reglas.

Después de lo que antecede habría ya los suficientes elementos de juicio para intentar una definición del estilo. Los preceptistas de retórica expresan que hay muchas clases de estilos y Herosilla, el terrible crítico español, parece que es pródigo a este respecto, asignando muchas calidades, además de la división clásica de suave, tenue o sutil, medio o templado, o de la más popular de grave, robusto o sublime. Cabrían otras divisiones que en realidad no corresponden sino a la propiedad de la frase respecto del asunto tratado en un escrito, o a la asignación generalizada por casos excepcionales. Cuando se dice de un estilo que es cervantesco o montalvino se trata de señalar una calidad; y cuando se dice que un estilo es romántico, la apreciación se dirige a una actitud mental o al gusto dominante en una época.

En todos los tiempos predominó una tendencia de expresión que caracterizó a un lapso más o menos largo. Desde los albores de la literatura castellana se encuentra a quienes escriben que toman dos rutas diferentes. Es como la marcha de los ejércitos del general romano y del cartaginés en suelo de Italia: el uno va por la llanura, arrollándolo todo; el otro por las alturas, sin perder contacto, en busca de la oportunidad

para acometer. Los cantares de gesta van con las mesnadas y los romances con el pueblo, mientras los versos de sílabas cunctadas del mester de clerecía reunía a los letrados. Así fué en todo el curso de la literatura hasta nuestros días. La misma lengua castellana tenía dos vocablos para expresar una sola idea, el uno que era empleado por los letrados y el otro de uso en el pueblo.

Cuando en el Siglo de Oro las escuelas literarias de Salamanca y de Sevilla se presentaban en el campo de las letras con la expresión de sus ingenios, cada una llevaba implícito un estilo, sin perjuicio de que Fray Luis de León tuviera el suyo propio o Fernando de Herrera escribiera en frase que había de continuarse por muchos otros ingenios poderosos, tanto como por falsos imitadores. Cuando culteranos y conceptistas discutían acerca de sus doctrinas literarias, miles de escritores, aun en esta lejana América, se disputaban por seguir las huellas del estilo de esas escuelas: no fué Góngora el que produjo el gongorismo, sino que él mismo resultó al fin una de las víctimas del culteranismo, que era el "nuevo estilo" de la literatura de la época.

En estos días, ¿quién es el que no escribe en frase sibilina con intención distinta a la que movió la pluma de otro tiempo? No es ahora lo gongórico ni lo conceptista lo que nos preocupa, sino otras cuestiones de mayor importancia, acaso, pero que tienen también su terminología para iniciados en el psicoanálisis o en la apasionante cuestión social, que un día entró en alianza con el materialismo histórico. Sería de una candidez inexplicable que un escritor de hoy volviera a la imagen clásica, a la metáfora simbólica o a la exaltación romántica: hay que marchar con el tiempo, y la época ha renovado el stock de figuras literarias. ¿De qué manera? Esta sería cuestión para tratada más despacio.

Entonces tenemos que concluir con que el estilo corresponde al gusto dominante de una época. El escritor no puede prescindir de consideraciones que le ponen en contacto con el alto número o con los pocos iniciados en las excelencias del arte; por eso Valery es poeta de élites, mientras el poeta de multitudes es acogido por el cantante de la radio para deleitar a los millares de gentes que le escuchan. Pero ambos entrarán dentro del estilo de la época, porque escriben para ser comprendidos y apreciados por los lectores de hoy.

Y al llegar a este punto bien estaría regresar al razonamiento de ese gran preceptista que fué Navarro y Ledesma cuando negaba que el estilo fuera cualidad de la expresión

literaria, alegando para argumentar en contra el disparate que comportaría decir que el estilo de una catedral gótica era cualidad de la piedra con la que se la construía. El error sería garrafal, en efecto; pero este mismo gótico nos está dando los lineamientos para una definición. Europa se llenó de admirables catedrales góticas durante la Edad Media; acaso no se conserve el nombre de los constructores; pero esas ojivas respondían al gusto, al estilo de la época, al mismo tiempo que exponían el valor arquitectural del constructor.

Por otra parte, todo escritor que tiene una personalidad hace uso también de un estilo propio. Entre un Lope, el admirable, y un Cervantes, sencillo y claro, hay un gran intermedio; pero la frase de ninguno de los dos escritores dejará de ser de la época por su concepción sustancial, mientras la estructura misma corresponda a cada uno de ellos de una manera distinta e inconfundible. El estilo en Cervantes tiene la diaphanidad del ambiente y la claridad del cristal, en tanto Lope se agita y en veces se enreda contagiado por el decir conceptista o culterano.

Habrán pues un estilo colectivo y otro individual con características que van desde la idea hasta el procedimiento, que afectan a la estructura gramatical como al valor mismo de las palabras. Hubo un tiempo en que el adjetivo cayó en el más grande desprestigio; se lo llamó ripio y el escritor que se estimaba, procuraba evitarlo. En cambio el sustantivo cobró dimensiones desmesuradas. Epocas de vigor, de esfuerzo, el adjetivo no sería suficiente para expresar esos deseos simplificadores, expresionistas, como se les ha llamado, y para eso era necesario subir al pináculo al sustantivo. Walt Whitman fué el portavoz de esas aspiraciones colectivas y sus poemas más célebres son síntesis enumerativas, robustas, altaneras, de una inmensa fuerza sugerente. Ya lo dijo Unamuno: cuando la lírica se sublima y espiritualiza, acaba en meras enumeraciones, en suspirar nombres queridos.

Pero si por sus condiciones excepcionales de potencialidad expresiva, Whitman reducía su lírica a lo fundamental, quitándole toda blandura adjetiva, los poetas que siguieron a la guerra del 14, trataron de rehabilitar al adjetivo siempre que se lo empleara en un sentido personal o lo que es lo mismo con la originalidad que había perdido por el uso inmoderado y vulgar. En una descripción, para individualizar y personalizar sus elementos, nada más apropiado que el adjetivo, sin contar con que en ocasiones puede tener un valor creador igual al de la imagen. El adjetivo es analítico, rompe

en parcelas la visión, deshace en prismas un objeto o condensa con un rasgo la pluralidad de visiones que este objeto encierra. Así se describieron en poesía moderna los "horizontes esdrújulos", los "ojos náufragos" o las "estrellas jadeantes sobre los techos de una ciudad."

Esto en cuanto se refería al estilo literario de la época respectiva; es decir, al uso de la palabra; porque el estilo tiene una más vasta extensión, que va de lo gramatical a lo ideológico. ¿Qué diríamos del escritor que en estos momentos se pusiera a describirnos una caída de sol sin relación alguna con la vida que lo circunda? Creo que fué Amiel quien escribió que un paisaje era un estado de alma. Cuando esto se dijo se estaba creando una comprensión social, la unificación de la naturaleza con el hombre. Los dioses del Olimpo pasaron, y las ideas caballerescas se encuentran en el último trance, lidiando la batalla suprema en nombre también de lo social, para sustraerse del "nuevo estilo de Europa" al que se refería el diario español cuando opinaba que Francia se sumaría a la política totalitaria nazi o fascista. E indudablemente, se está dentro de un estilo para afirmar o negar hechos e ideas. ¿Cuál será el estilo que se imponga a la literatura y al espíritu en años posteriores? La esfinge permanece todavía muda en el desierto.

Pero a través del estilo colectivo habrá que distinguir el personal que podría afirmarse que es el que se perpetúa hasta convertirse en arquetipo para la consideración futura. De otra manera no se podría explicar que pudiera todavía hablarse del estilo homérico, calderoniano o quevedesco, para tomar unos cuantos nombres al azar. Circunscribiendo estas observaciones a los escritores ecuatorianos, a los de mayor altura, se podría afirmar con todo fundamento que Montalvo, nuestro Montalvo, tuvo el estilo de su época, porque defendió las grandes ideas que son todavía el precioso legado de las generaciones anteriores que lucharon por obtener la libertad de los individuos, de la conciencia, del pensamiento. Y fué un gran estilista, no por un afán de casticismo a que le daba derecho su gran conocimiento del idioma, de los autores que han servido de guía para los demás, sino porque supo hacerse una frase propia, inconfundible y admirable.

Hace pocos días en la vecina República de Colombia se exaltaba la figura de un gran luchador y de un gran estilista: Juan de Dios Uribe; el indio Juancho Uribe. Y sus panegiristas en raptos de fervor incontenible, declaraban que era un escritor que estaba por encima de Montalvo. ¿Qué criterio

guiaba para estas afirmaciones? La pureza de la frase? En Colombia ha habido hondos conocedores de los secretos gramaticales para que no escribieran en idioma purísimo. ¿En torneo de la expresión? ¿Cómo hacer preferencias entre la escritura de cualquiera de los Luises castellanos o de cualquiera de esos otros clásicos del idioma? "todos los genios literarios han tenido estilo propio, y el que no lo tenga, por otras muchas cualidades que posea, como escritor no valdrá mucho".

Ahora sería la ocasión de entrar al estudio de los estilos individuales y de las maneras que han puesto en boga diferentes escritores que tuvieron la fuerza suficiente para provocar una renovación. Quizá otra vez pueda hacerlo, que por ahora me parece suficiente con el tiempo tomado para disertar sobre las particularidades del estilo.

I S A A C J. B A R R E R A

POETAS FRANCESES DE HOY

Traducción y notas de
JORGE CARRERA ANDRADE

GEORGES GABORY

Nació en 1899. Difícilmente se puede encontrar en la poesía francesa actual una más coloreada transparencia, una música más aflautada y melancólica. Gabory prefiere los metros menores, en los que puede ejercitar su virtuosismo, su ágil juego de luces y de voces conducido con maestría.

A esto hay que añadir la gracia y la frescura, que son dos de las primordiales características del poeta, al que se ha señalado, por este motivo, la ascendencia de Max Jacob. De todos modos, con más cordial significación que la del autor de "Laboratorio Central", la fresca y gozosa poesía de Gabory, se tiñe frecuentemente de una gota de sangre: la ironía, como una abeja, hinca su dardo sutil en lo más vivo y sensible de la carne poética.

Bibliografía. — "Poesías para Damas Solas". (Ediciones N. R. F., 1922).

ARCO IRIS

Mi corazón, caja de música,
ama los aires de la danza,
y me seduce cuando pienso
en las bailarinas mecánicas.

El arco-iris de mi memoria
anudo en torno de su talla...
Noche y día paso bebiendo
la vida con una paja.

La almohada de la mentira
es suave cual nube del cielo.
Para huir de mi lecho-jaula
robé la llave de los sueños.

ESCRITO SOBRE LAS HOJAS MUERTAS

Mi vida es la hoja que se desploma
de un árbol pensativo y helado
sobre el camino donde he dejado
el perro, la rosa y la paloma

-Mi cuerpo, mi corazón y mi espíritu-
a las rodillas de cualquier querida,
y se marchita la corona
con mi juventud tejida.

Y cada noche creo oír
llorar del recuerdo la brisa
sobre nuestro amor que va a morir
en un jardín color de ceniza.

MARINA

Escucha el rumor de mi llanto:
Era un navío que en las olas —
se balanceaba soberbio
como en las hierbas la amapola.

Capitán de la vuelta al mundo:
La noche es caliente, y recuerdas
el olor de una moza rubia
que ríe siempre que la besas.

El mar, de mi pincel nacido,
te aleja del acantilado:
Cuando se ha quemado sus naves
hay que regresar a nado.

LEO LARGUIER

Nació en 1878. Se le considera el único discípulo y continuador, en nuestros días, de Hugo, Lamartine y Vigny, "por su verbo sonoro, su elocuencia y también su intransigente fidelidad al alejandrino y a los metros tradicionales". Las mejores virtudes de su neo-romanticismo se hallan expresadas en "Los Aislamientos", libro que, al ser premiado por la Academia Francesa, obtuvo la más extendida notoriedad cuando el poeta acababa de cumplir apenas los veintisiete años.

Después de su triunfo, Larguier ha seguido con igual ardor trepando su escala ascendente, hacia la perfección formal y la plenitud emotiva. Como ciertos pintores, desdeñosos de los cuadros de salón, acometen las grandes pinturas murales, Leo Larguier se lanzó a la aventura del poema de gran aliento y publicó su "Jacobo" que la crítica ha comparado al "Jocelyn" lamartiniano y que es una inolvidable exaltación de la vida campesina.

La poesía de Larguier es simple y fácil de forma, aunque exprese los sentimientos más complejos, los más difíciles asuntos. Es como un agua transparente que arrastra peces de oro. Por su naturalidad y su emoción cotidiana, se halla cerca de la poesía de Francis Jammes, el de las geórgicas modernas.

Bibliografía.—"La Casa de Poeta" (Storck, 1903).—"Los Aislamientos" (Storck, 1906).—"Jacobo" (Mercurio de Francia, 1907).

DELIRIO

Cenando lentamente bajo una parra bruna
Mientras para mí sólo en la noche cantaba
Sobre el tilo algún pájaro, en Rousseau yo pensaba...
Después de la tormenta, la tarde era divina.
Del rústico retiro, ante el banco de encina
Una joven sirvienta había puesto el cubierto.
Caían unas gotas del follaje despierto.
Lleno estaba de flores, sobre el mantel, un vaso
Madama de Epinay llevaba —era domingo—
Sombrero de pastora y una blusa de raso.
Frescura de la tarde! Una lámpara ardiente
Sacaba alguien afuera. Con un dedo en la frente
Juan Jacobo pensaba. En la casa un rumor
De vajilla... Y subía la estrella del pastor.
Cuando cesaba el ruido del carro que volvía,
La fuente murmurar en su antro se escuchaba
Y la rana cantar con el grillo a porfía.
Madama de Epinay su brazo acariciaba
—En la mesa desnuda brazo redondo, rosa—
Y en la blusa se hinchaba su garganta abundosa
Que separaba en dos un canal palpitante.
Un viento murmuraba, al deambular errante
Por las frondas del parque, una dulce cantiga.
Y miraba Rousseau, sonriente, a su amiga
Hojeando distraído un corto libro gris,
Al lado de una cesta de cerezas colmada,
Menudo libro simple, sin cubierta dorada,
Que Denis Diderot le enviaba de París.

PRIMER VIENTO DE OTOÑO

Un cielo gris pálido sobre un árbol viejo
Y, a su hora exacta, la tarde que cae.
Una fuente verde, un jarrón de mármol.
Dos libros abiertos: Ronsard y Laprade.

Un hombre sentado sobre un banco antiguo
—Frente pensativa, larga cabellera—
Que echa con la punta de su bastón rústico
Las hojas caídas, una enredadera.

Sobre un pozo seco; la voz desolada
De un viento muy frío curvando el follaje;
Un techo que humea pegado al ribazo;
Un leñador viejo al fondo de un valle.

Tras de una vidriera un reflejo de oro:
Un albergue donde se embriaga el cochero
De la diligencia; una mujer joven
Saliendo de un hondo y oculto sendero.

Y he aquí el otoño y he aquí la vida
Y luego heme aquí yo mismo, oh dulzura,
Oh primera estrella, oh melancolía
Que disuelve en mi alma la tarde de bruma!

ORIGEN Y DESTINO DE LA POESIA

Conferencia sustentada el 6 de marzo, en la Universidad Central, dentro del curso elemental de Literatura organizado por la Unión Nacional de Periodistas.

La Unión Nacional de Periodistas ha requerido mi palabra en este curso elemental de Literatura, dispensándome el honor y privilegio de discurrir sobre un tema de dimensiones eternas, en el que otrora, hoy y siempre el espíritu humano anduvo y desanduvo, osando adivinarlo en la raíz misma de su secreto.

Origen y destino de la poesía: he ahí el tema ecuménico. Al enunciarlo puramente, lo presentimos, desde el dintel de nuestra duda, ilimitado, inasible e impenetrable. Pero es pasión de los hombres interrogar y es pasión de los hombres responder, aunque nadie haya logrado vencer a la esfinge.

Una razón lógica nos induce, antes de penetrar en la materia enunciada, a descubrir la esencia de la poesía. Los problemas de su origen y destino serían ininteligibles si previamente no dilucidáramos su problema de esencia.

¿Qué es la poesía? Definirla sería mutilarla, porque precisamente su substancia se parece al movimiento y sus formas proteicas siguen un arbitrio libre, semejante al de la nube en el aire. Hay cosas que no pueden definirse lógicamente y sólo pueden intuirse psicológicamente. Entre ellas, ninguna más infame que la poesía. Casi nada afirmaríamos de ella si la Lógica formal, tan desolada y terca de suyo, nos impusiese para definirla, un género próximo y una diferencia específica. Cediendo a este mandato, la poesía fuera "el arte del lenguaje rítmico".

Tampoco y mucho menos la Métrica, como disciplina de superficie, pudiera agotar su concepto, si su designio es apenas la aritmética del sonido en el lenguaje, en virtud de leyes eufónicas tomadas en préstamo a la teoría musical. Afirmar que la poesía es la métrica equivaldría a aseverar que en la estatua griega lo sustantivo es la túnica y lo subalterno es el milagro plástico del cuerpo humano.

Acaso nuestra sed de precisión habría de saciársela bebiendo en el manantial mitológico, donde la poesía es una musa entre las nueve musas, en cuyo coro su voz omnipresente presta sentido a la voz de las otras. Mas, definir a la poesía

—que es mito por antonomasia— con arcilla de mito, significa no comprenderla todavía. Nuestro rigor racionalista es demasiado severo para definir un concepto con elementos de imaginación liviana.

Derechamente, la filosofía de la belleza —la Estética pura— poseerá la brújula para conducirnos en esta odisea del problema de esencia de la poesía. En el vestíbulo de ese problema, es necesario mirar al hombre como cifra cósmica y concienencial del mundo. El hombre y el universo, el microcosmos y el macrocosmos —como lo diría Max Scheler— son los protagonistas de un drama, en cuanto el hombre ensaya comprender, traducir y expresar al mundo. Naturalmente la expresión es instrumental del lenguaje: gesto, sonido o signo. Pero la comprensión y traducción del mundo por el hombre y, más brevemente, su interpretación, radica en proceso de alma, episodio psíquico y peripecia concienencial. Todo dependerá del acento que ponga el hombre en esa interpretación para que ella sea estética. Cuando esa interpretación cósmica venga cuajada de materiales irracionales o intuitivos, afectivos o emocionales que predominen sobre los ingredientes racionales, intelectivos o epistemológicos, y esa interpretación sea bella, y no importa cómo lo sea, ese mundo se ha transubstanciado en arte.

El hilo de Ariadna del problema llegará entonces a su nudo central. ¿Cuál es la esencia de lo bello? Sería inútil explorar esta nueva cuestión a través del dédalo de la beligerancia filosófica. No existe ninguna Estética que haya aprehendido a la "belleza en sí", porque no puede pensársela y a caso apenas sentírsela, en trance de arrobamiento o asombro. El mismo e inmensurable Platón no acierta a revelarla en su esencia. En su "Fedro" habla menos de lo bello que del amor natural que se tiene por aquél. En su "Gran Hippias", enseña que lo bello no es más que lo que es. En el "Timeo" y en el "Banquete" lo identifica con "lo bueno". San Agustín de Hipona fija la esencia de lo bello en una cierta unidad, trascendente a nuestros espíritus, original, soberana, eterna y perfecta. De aceptarse la concepción agustiniana, confundiríase la esencia de lo bello con la atribución de lo bello, porque una es la esencia, el "qué" de una cosa, y otro el "cómo" de la misma cosa o sea el inventario de sus atributos o calidades. Tampoco "lo bello en sí" aparece en su ser puro o través de ninguna de las tentativas filosóficas posteriores. Ni Wolff que lo define "como lo que nos place" —dínamo del deleite— ni los utilitaristas o pragmá-

ticos que lo aparejan a la utilidad, lo aprisionan esencialmente, porque el concepto de una cosa no reside en sus efectos, sean éstos placer o provecho. Igual destino negativo merecería la ecuación de Diderot: "lo bello es la vida", porque apenas es un conato de definición, el comienzo de una idea inacabada que no se totaliza y queda apenas como escarceo de un espíritu inquieto.

Este fugaz extravío en las cimas y filosóficas, desde donde se contempla a "lo absoluto", repite la celeste aventura de Icaro, cuyas alas de cera se disuelven en el clima del sol, como preludio de la caída inexorable.

Volvamos entonces la mirada a una verdad humana de pies de barro. Toda belleza existe en cuanto el hombre la crea. Sin embargo este axioma entraña el riesgo del solipsismo, en su estricta acepción etimológica y no filosófica —*solus ipse*— o sea la postura de abandonar a cada individuo la modelación de un ideal estético. Y el solipsismo es en el orden de las ideas, el retorno al caos primigenio, al desconcierto de la variedad sin unidad, de la materia sin forma. En esta hipótesis, todo modelo de belleza universal perecería como el espejo pulverizado, cuyos menudos fragmentos de azogue no pueden ya copiar la totalidad del paisaje.

Mas el solipsismo en el orden estético es histórica y sociológicamente imposible. El individuo, por sí solo, es apenas un guarismo disuelto y embebido en el grupo humano, y si hemos admitido que la belleza existe en cuanto el hombre la crea, esta afirmación se tradujera lealmente en esta otra: la belleza existe en cuanto el grupo humano la crea, por medio del artista que es su órgano simbólico de creación, y existe, en cuanto se la ha incorporado a su tabla social de valores. Y es justamente la cultura, en su perfil histórico, la suma de valores homogéneos que pertenece a un cuerpo social.

La idea del valor resulta casi intangible y, para entenderla, es menester ocurrir a un ejemplo. Hablar del valor de una cosa es enunciar algo que vale para nosotros, es otorgarle una cualidad espiritual y oponerle tácitamente a otra cosa que carece de ella, o sea a un no-valor. Una escultura es intrínsecamente una materia congelada y yacente: mármol, bronce o piedra en ceguera inmortal. Pero su forma y su contorno, su relieve y su hondura, su ademán y su gesto nos atraen o repelen patéticamente. En el primer evento, la escultura es bella, y en el segundo, no lo es. En consecuencia, la belleza es un valor que ha nacido de nuestro juicio estimativo, por lo demás indiscernible.

Así fijada la significación del valor estético, éste es substancial a todo grupo humano. El juicio estimativo de la belleza es un hecho social de objetividad clara que se impone a nosotros, aunque nosotros mismos lo elaboremos.

Mas todo grupo humano nace, crece, vive, pervive o perece en la historia, escena de las formas en el suceder del tiempo, arraiga sus plantas en el espacio telúrico y posee un patrimonio de aptitudes psíquicas peculiares. En consecuencia, en su destino gravitan tiempo, espacio y temperamento, como fuerzas móviles que le confieren una como cédula de identidad histórica y de individualidad específica. De ahí que cada grupo humano tendrá una tabla de valores asimismo específica y, por ello, no absoluta sino relativa.

El esquema trazado en rasgos sumarios destaca la relatividad del valor estético. La belleza se parece a la moneda, en cuanto mantiene su potencia de circulación y su capacidad liberatoria de obligaciones espirituales dentro de cada grupo humano, o mejor, dentro de cada cultura.

Hemos afirmado ya que el arte es una interpretación predominantemente irracional, afectiva y emocional del mundo que contiene una belleza relativa, y si la poesía es arte, lo será siempre que congregue estos elementos indisolubles, y será poesía siempre que la belleza que engendre esté forjada en el metal de la lengua y ajustada a una forma musical del sonido. He aquí la esencia de la poesía, más allá de la Lógica, la Métrica o la Mitología. Por lo demás, se trata del escorzo de un concepto que no aspira, ni mucho menos, a erigirse en definición, de aquéllas que han pesado como cadenas de esclavitud supersticiosa en la historia del espíritu.

Este ligero preámbulo ha sido nuestro primer desafío a la esfinge. Nos cumple ahora herir el motivo central de esta disertación, iluminando el origen y destino de la poesía siquiera con una brizna de luz mental.

Todo origen es un comienzo de algo, un balbucir de alumbramiento, un "desde dónde" germinativo y oscuro. Todo destino es una permanencia de algo, un grito de madurez, un "hasta dónde" vital y perplejo. La cuestión está ubicada en la Estética pura, pero mi repulsión a los sistemas herméticos y clausurados me inducirá más bien a asumir el riesgo de un ensayo libre sin lastre de teoría, en el que el pensamiento se desborde en raudal sobre las esclusas convencionales.

En ese hosco libro de piedra y a la par dulce libro de miel que es la Biblia, alfabeto sagrado de nuestra cultura occidental, hay un génesis y, en el arranque de ese génesis, un

fiat creador del mundo. Ese fiat es acto de creación pura, afirmación constructiva sobre la nada que es la perpetua negación. Cielo, tierra y agua, luz, vegetal y fauna nacen y se ordenan en disciplina cósmica y aquello acontece en cinco días de drama cosmogónico. A la postre de ellos, adviene un sexto día de clímax en que la divinidad, hasta ese instante sólo artífice, deja de construir naturaleza muerta o viva, para darse en dación íntegra, para ser al fin una divinidad maternal y parturienta que transfiere a su criatura su sangre y pulso, su substancia y signo, su imagen y semejanza. De este modo, el hombre creado reitera en sí la presencia y esencia del creador y tendrá, a su vez, como éste, virtud creativa para darse entero en el arte, y, entre todos los artes, en la poesía, intuición reproductora del universo a imagen y semejanza humanas, por virtud del ascua de la palabra.

Hasta aquí la fábula y su complexión imaginativa, la fábula decapitada de verdad científica, pero preñada de verdad mágica en el soterrado subconsciente colectivo. Resta apenas, como residuo suyo, el simil de que la poesía es creación, no a la manera de un mundo que emerge de la nada por el fiat bíblico, sino como un mundo re-creado por el fiat del artista.

Goethe que era a la vez demiurgo y pensador, artista y omnisciente, en ese grado de equilibrio y de síntesis no logrado nunca, antes o después de él, no decía otra cosa cuando afirmaba, "que el alfa y omega del arte de escribir, esto es la reproducción del mundo exterior por el mundo interior que todo lo aprehende y lo congrega para recrearlo, modelarlo y restituirlo bajo una forma original, se mantiene como un secreto eterno."

La afirmación goethiana cobra una precisión superlativa, cuando el arte de escribir es arte de escribir poesía, ya que en ésta aquello que puede ser calco o trasunto del mundo exterior en otra literatura, por la inmiscuencia preponderante de lo lógico o racional, es en la poesía invención pura de vuelo irracional o alógico.

Ni Aquiles, con su ira tensa como el hierro, en la matriz epopeya homérica; ni Edipo incestuoso y parricida, ludibrio de un impulso sexual, en la inmensa tragedia de Sófocles; ni su biznieto Hamlet que pasea su sombra obsesiva en el atrio shakesperiano; ni el Alcalde Zalamea, vengador y reivindicador de un sañudo honor de casta, en el drama calderoniano, existieron antes de ser creados, aunque la ira, el incesto, la obsesión y la vindicta sean humanos. Y aquí la frontera

entre lo real y lo imaginado, entre la acción humana y la acción estética. Mientras la una ocurre en el tiempo y en el espacio sensibles de la vida, la otra se desanuda en el tiempo y en el espacio espirituales del poeta. Que haya coincidencia o semejanza entre ambas, o que la acción estética se nutra de acción humana, esto es lo accidental. Lo primordial es que la una no es la otra, porque si lo fueran, y si fuera dable resucitar el dogma diderotiano de que el arte es la vida, el arte dejaría de ser arte, ya que la vida en sí misma lo fuera.

Sugerido así el **quid** de la creación estética, pertenece al origen de toda poesía su atributo de creación pura.

A esta guisa y volviendo a Goethe, como vuelven las partículas de acero a un centro imantado, rescatariamos de su Fausto, cazador del infinito, ese juicio tajante como una espada que dice: "en el principio era el verbo". Pero el verbo es algo más que la palabra tangible, corpórea y material. Es en **stricto sensu**, el lenguaje como asocio de fonemas y signos de expresión humana y de comunicación interhumana, y en **lato sensu**, inspiración o numen. Otra vez erramos en el orden de las cosas indefinibles. Poseer un numen es tener algo **en sí**, que puede darse **por sí**, arropándose con palabras que nacen en vertiente pura. Esta primera idea se dilata y afirma, cuando al numen lo entendemos como la espontaneidad del poder creativo. Para los psicólogos, es la imaginación creadora, trama de un proceso asociativo en el que se injerta todo el psiquismo humano: impulso, afecto y vivencia indiscriminados. Este haz de conceptos pareciera dejarnos en la sabia ignorancia, estado primo del intelecto desnudo que no sabe nada después de conocerlo todo. La sola imaginación creadora no fuera admisible como cualidad estética, si no estuviera presidida por un **pathos**, un sentimiento irrevocable que la envuelve. La metáfora del fuego ha sido hipotecada para significarlo, en tanto que la llama consume sin consumirse, mientras haya materia combustible. La llama eterna: he ahí la imagen del sentimiento estético y el principio del numen.

Se afirmará entonces y se aducirá, con cierto fundamento, que no toda poesía ha venido del numen, en cuanto éste es ardimiento afectivo y movilidad emocional. Ha existido siempre una poesía conceptualista, intelectual y erudita, o nutrida de **logos** y de trascendencia, o dominada por la inquietud religiosa, científica, filosófica, didáctica, histórica o técnica, o exilada en la plástica o música de la forma, y más brevemente, una poesía que ha proscrito a Apolo para habitar en Minerva. Por otro costado, el romanticismo, como exacta patología

afectiva, representara mejor que ninguna otra modalidad poética a la poesía auténtica.

De esta suerte, el magno Hesíodo, rectificador social y filosófico de la esperanza, los fabulistas y epigramáticos, el Virgilio de las "Geórgicas", poema del agro y la agricultura, el denso Ovidio de los "Fastos", los progenitores de la epopeya histórica o protohistórica: Homero, Milton, Tasso, Camoens y Hugo, el Dante de la "Divina Comedia" —enciclopedia feudal y mito cristiano— el mismo Goethe en su inenarrable "Fausto" de magnitudes filosóficas, los parnasianos posesos de la plástica en la envoltura del verso, y los simbolistas, enfermos de ritmo, todos, perecerían en este diluvio universal, y quedaría la poesía constreñida al grito y al apóstrofe, antenas de la emoción, o talvez a la interjección que es la más aguda síntesis del sentimiento. Acaso sólo se salvaran de este diluvio, en una risueña Arca de Noé, las parejas zoológicas de voz inarticulada.

Esta disquisición nos permite restituir a la poesía su sentido cabal. Si ella se anima por un numen, como espontaneidad de su poder creativo, y en ese numen, los elementos irracionales, afectivos y emocionales predominan sobre los elementos racionales y lógicos, esta hegemonía de los primeros no es excluyente de los últimos que concurren con aquéllos a conferir a la poesía su calidad de obra no sólo sentida sino pensada. Por lo demás, es imposible determinar el **quantum** de los unos o de los otros. No existe una Estética que regule precisamente su distribución y proporción. Apenas disponemos de un sexto sentido para concluir que cuando lo irracional o afectivo prevalece, en la malla inconsútil de la literatura, ésta es poesía, y cuando lo racional o lógico, aquélla es prosa.

Este criterio diferencial interno subvierte la superstición corriente y moliente de la frontera entre la poesía y la prosa. Para los doctorales y adustos maestros de la Retórica, la poesía quiere decir literatura métrica, y la prosa, literatura libre de castigos rítmicos. La poesía es cabalgata en galope de compás preciso, y la prosa es rumor pedestre de pasos anárquicos. A decir verdad, esta norma de formalismo ortodoxo no resiste a la crítica que hemos formulado y su caducidad es necesaria. El sonido del lenguaje es escasamente el atavío, el paramento o el friso. Esto es pura prosodia. Lo trascendente y viviente en el lenguaje reside en su carga psíquica, en sus vísceras espirituales. Y tan cierta es la verdad insurgente que proclamamos que la poesía extranjera, vertida literalmente al idioma vernáculo en lenguaje sin ritmo, seguirá siendo poe-

sía para nosotros y, opuestamente, se convertiría en prosa llana y silvestre para la Retórica. Inversamente, a un prestidigitador métrico, cuyo arte de composición es pobremente un ágil ingenio acústico, no le será empresa heroica traducir un tratado de botánica a verso de resonancia ajustada. Para nosotros, esta traducción rítmica no podrá nunca jactarse de jerarquía poética, aunque la Retórica la admita y quizás la consagre como tal.

La controversia planteada nos lleva a mirar una cuestión aldeaña que concierne asimismo al origen de la poesía. Nos hemos acostumbrado, por voluptuosidad de los sentidos y ocio mental, a reconocer en la poesía la estructura de la máquina, en la que todo se parece a una minuciosa y cándida relojería. Metro, hiato, hemistiquio, asonancia, disonancia, longitud, latitud y combinación del verso se rigen por códigos inexorables y leyes sensibles que no podemos vanamente transgredir, sin provocar la venganza de los dioses académicos que son las deidades más iracundas para castigar con su centella.

Según este criterio, al mundo de la poesía lo preside un orden mecánico y el mismo y todopoderoso espíritu que lo agita es un protagonista medroso que sólo aparece en tanto lo permitan inviolables normas de equilibrio físico. La historia de la poesía sería, en consecuencia, el rendido vasallaje del espíritu a la forma, y los poetas, los dóciles y resignados galeotes de una galera carcelaria que han aceptado, con sonrisa tierna, grilletes para los pies y manos de su genio. La esclavitud del hombre al hombre no admitiría paralelo con esta otra esclavitud de la palabra a los cánones. Por lo menos para aquélla, hubo un Espártaco, un Danton o un Lenin que pretendieron abolirla. Para la esclavitud poética no hay redentores ni libertadores, sino el bíblico rechinar de cadenas y crujir de dientes. Bien conocemos que a la rebelión de los ángeles sucedieron su caída y perdición. Otro tanto ocurrió con quienes osaron redimir al alma de la poesía de su envoltura constrictora.

Todo lo dicho incide en una hipertrofia de la forma sobre el contenido de la poesía. Cuando me refiero a la forma, insinúo exclusivamente la contextura del lenguaje. Mas subyacente al lenguaje, y como su verdad, está el espíritu. Espíritu sin forma es algo inconcebible en sí. Forma sin espíritu es materia inerte y artefacto sin sentido. Pero el espíritu tiene sus formas inmanentes y propias, y es en éstas, y no en las verbales y externas, en las que la poesía vive y sobrevive.

Ya hemos aludido al cuadro mitológico de las musas ligeras e ingravidas, hechas de soplo y vértigo inmortal. Naturalmente hay algunas difuntas entre ellas, como la Didáctica que se ha transformado en la severa Pedagogía, la Historia que ha adquirido redondeces científicas, y la Retórica que es para mí, por excelencia, la anti-Musa. Procediendo a un nuevo enjuiciamiento e inventario de estas mujeres inefables, las enumeraríamos así: poesía, música, pintura, escultura, arquitectura, danza, novela y dramaturgia. Jean Cocteau reclama la presencia de una musa flamante y novísima, fabricada en celuloide y misterio: el cinematógrafo. Con esta última, restableceríamos el cabalístico número nueve de las antiguas y linajudas damas de la Hélade. La misión de cada una de ellas era precisa y minuciosa en la leyenda y el símbolo que portaban las definía y configuraba. Contemporáneamente, las musas son libres dentro de su libertad espontánea, concebida en gracia de eternidad. Mas cada cual, si bien posee un privilegio y don privativo, no puede vivir sin el préstamo del privilegio y don de las ótras, y entre todas, la poesía es la pródiga en entrega de su sangre a las demás. Y lo que es más: las ótras parecerían sin ésta o, por lo menos, quedarían destañadas y exangües. Música, pintura, escultura, arquitectura, danza, novela y dramaturgia sin poesía, nublan y oscurecen en verdad su firmamento.

¿Por qué esta universalidad y ubicuidad de la poesía? La respuesta consiste en que la poesía es sencillamente el numen, como fermento de toda creación estética y es, como numen, la cuarta dimensión del mundo espiritual. No obstante esta prerrogativa universal, la poesía, desde el ángulo retórico, sigue siendo el arte de medir y pulir a la palabra en un ritmo, o en una colección de ritmos estatuidos y petrificados. De este modo, la poesía reside estrechamente en la música de la palabra, y ni siquiera una música de alcance sinfónico, sino la cantata de melodía paupérrima, incapaz de reproducir el conflicto del sonido complejo. Esta subordinación de la poesía a la música destruye un equilibrio estético que es menester restaurar, sin que tampoco su independencia signifique su confinio a una isla desolada hasta donde no llegue el eco de sus artes congéneres.

Dentro de la secuencia del tema propuesto, surge una nueva inquietud que taumatúrgicamente el grande e inasible Paul Valéry la señala, cuando sondeando la intimidad esotérica del poeta, penetra al arcano de la creación poética. En ésta existe una materia que es preciso descubrir, materia psíquica

por cierto, y que no es otra que el flujo y reflujo de acontecimientos en el paisaje interior del artista. Cada creador artístico, afirma Valéry, "seguro o inseguro de sus propias fuerzas, se siente un conocido y un desconocido, y cuyos cambios inesperados engendrarán por fin algún producto. El artista piensa: yo no sé lo que haré y, al formular este juicio, mi espíritu cree conocerse, y construyo sobre este conocimiento, cuento con él. Este conocimiento se denomina "yo". Pero yo inventaré una sorpresa, y si dudo de esta invención, no será nada. Se que me asombraré del pensamiento que habrá de sobrevenirme y, por tanto, reclamo esta sorpresa. Construyo y cuento con ella, como cuento con mi certidumbre." Hasta aquí el esteta francés.

En este juicio de perplejidad: "no sé lo que haré" y en el encuentro con la sorpresa, se compendian los dos momentos primos de la creación poética. ¿Y qué es la sorpresa en poesía? Es en grado sumo la imagen. La imagen poética presupone el orden ontológico de los objetos, esto es, las cosas en la realidad; el orden lógico de los conceptos de esos objetos, y el orden lingüístico de los nombres de esos conceptos. Relacionar a los conceptos, como sus contenidos objetivos se ligan entre sí, he ahí el signo del pensamiento lógico. Relacionarlos, no en vista de ningún contenido objetivo, sino como se dan y relacionan tumultuosamente en nuestro espíritu, he ahí la marca del pensamiento poético. La imagen es sorpresa, en cuanto el nombre de un concepto y objeto determinados, se lo atribuimos inesperadamente a ótro u ótros. Este ardid todavía no es imagen poética. Esta transposición alcanzará significado estético en la medida de su belleza: atrayéndonos, conmoviéndonos y deleitándonos. La imagen y su curso siguen el movimiento de nuestra conciencia en el astillero inaudito de la asociación de ideas. Las leyes asociativas del pensamiento regularán su proceso, pero sólo la singularidad del yo poético, en el que pesan predestinación y excepción, sabrá modelarla.

Esta explicación elemental no basta para calificar totalmente a la imagen, ni para desenvolverla en el alud de sus formas complejas y superiores, en donde concepción, símbolo y alegoría se yuxtaponen y acoplan. Mas la poesía debe a la imagen su irrealidad, aunque el poeta construya su obra con elementos reales.

La imagen, en sí misma, es ya un cataclismo y un desorden. Esta dramática volcadura de cielo sobre la tierra no tiene significado en la teoría de Laplace, ni en el silogismo aristotélico, ni en las mónadas de Leibnitz. Es ruina ideal de una

naturaleza física, de una naturaleza lógica y de una naturaleza filosófica. Todo lo dicho concurre a ratificar que la poesía es re-creación pura del universo, a imagen y semejanza del hombre. Y toda re-creación exige una destrucción anterior. El infierno de la teogonía cristiana, antes de Dante, era apenas una mazmorra de tiniebla. Hacía falta que el florentino viniese a demolerla, para construir en su lugar un infierno de temperatura sacra y de suplicio épico.

Hemos dibujado el sistema de las vértebras de la poesía en su origen: creación pura, numen, espíritu y forma, universalidad e imagen, y al esclarecer estos elementos originales, paralelamente hemos dado una respuesta al problema de su destino, a su "hasta dónde" agorero y mágico.

Pero obviamente sin una historia de la poesía, su destino, en sentido concreto, no fuera susceptible de pensarse. Si la historia es la ciencia de las formas en el suceder anterior, la adivinación de las formas en el tiempo ulterior se funda en aquélla, de la misma manera que la columna reposa en el plinto. Por lo demás, aspiro únicamente a desprender de la historia poética sus creaciones capitales y sus climas sucesivos, y todo en un esquema apretado y sucinto.

Partiremos del principio, esto es de una poesía tosca y sensible en lenguaje espontáneo, como primer atisbo de un alma popular que se refugia en la copla o el romance, anónimos ambos y preñados ambos de un sentimiento elemental que vale por sí mismo. No hay pueblo que no la haya cultivado, como original respuesta a sus conflictos emocionales. Su clima, en consecuencia, es el prístinamente popular, y su significado, una como edad de piedra no pulimentada en la historia de la poesía.

En la sociogénesis de los pueblos y cuando éstos han adquirido cierta estatura y desenvoltura para regir sus propios destinos, esa conciencia de cuerpo social ha transmitido a la poesía la forma de la epopeya. En la epopeya se vierte una substancia psíquica inconfundible: el instinto colectivo de destrucción y salvación, la apoteosis de la muerte para afirmar a la vida, la punta de la lanza libertadora y reivindicadora. El canto es más extenso que denso. El mito se confunde con las primicias de la historia, permutando pasiones divinas con pasiones humanas. El personaje heroico es el eje de todos los conflictos y la medida justa de su tiempo: "La Ilíada" de Homero es la voz grandilocua de una Grecia que comienza a vivir. La "Eneida" de Virgilio es el primer aprendizaje de una Roma enhiesta y bárbara que se crea a sí misma. La "Biblia",

aunque compleja y distinta en sus varios libros, constituye, en cierta manera, la gesta del pueblo hebreo, elegido por el Señor, y sus avatares de exaltación y abismo. "La Divina Comedia" representa la epopeya de una Edad Media indiferenciada e introvertida, en la que el hombre sigiloso edifica su mundo en sí, con un Dios adentro y una indolencia despectiva para las cosas terrenas. A este mismo sentido de génesis y formación colectivas, responden los consabidos modelos de las epopeyas del Renacimiento: el "Orlando Furioso" de Ariosto y "Los Lusíadas" de Camoens. Cada uno de ellos traduce el clamor de un pueblo recién nacido en verso de despliegue ampuloso. El clima de esta poesía es objetivo y épico y la interpretación del mundo, la heroica, como pasión irrefrenable de una infancia sociológica.

La madurez del cuerpo social significa correlativamente un desasimiento del individuo y un horizonte de su libertad espiritual. En el clima épico, la sociedad es todavía amorfa, y el poeta construye obra objetiva y universal, ya que en su inspiración está presente el grupo humano entero en confuso protoplasma.

Cuando el grupo humano se ha estructurado y afinado definitivamente, el individuo retorna su visión a sí mismo y, aunque el contenido de su poesía sea filosófico, didáctico, científico, religioso o social, se trata del hombre emancipado que dice lo que piensa, transportando al lenguaje poético su propio e intrasferible conflicto. Es natural que el conflicto individual se revelará específicamente en lo que se denomina poesía lírica, pero tanto ésta como los otros géneros no épicos, significan una transferencia de lo objetivo a lo subjetivo.

En esta nueva e insaciable poesía, gravitará un albedrío libre e insospechado, opuesto al fatalismo que rige a la epopeya, y las esencias interiores de la personalidad del autor, serán más nítidas que en el poema épico. Cuando la poesía ha penetrado en esta órbita, nada ni nadie pueden detenerla en su viaje tormentoso. Es imposible fijarla en módulos de clasificación y la Retórica exhibe sus doradas miserias, cuando pretende aprisionarla. Sólo en vuelo sobrehumano es dable seguir la marcha de sus extremidades aladas. Y si esta poesía es una fuga infinita, nuestro problema de su destino resulta insoluble como la cuadratura del círculo.

Podríamos hablar del clasicismo, equilibrio y medida del numen y la forma dentro de un universo que, como el griego, era cerrado y limitado, o de un neoclasicismo francés, inglés o alemán de los siglos diecisiete y dieciocho. Paralela-

mente identificaríamos a una tragedia de aliento clásico que es mármol con pulso de vida en Esquilo, Sófocles y Eurípides, y resurrección lograda en Corneille y Racine, o a una comedia clásica que exprime su risa dionisiaca en Aristófanes y se recupera con ironía humana en Molière. Advertiríamos, dentro de un renacentismo del teatro, permanencia del ideal clásico y encuentro total con el hombre, a un Shakespeare omnipresente, museo vivo de la pasión humana y sólo clasificable como eterno; a un Lope de Vega, "fénix de los ingenios", vario, caudaloso, invencionero e inagotable, o a un Calderón esencial de factura acabada. El prerromanticismo, como inicial declive del poeta a sus afecciones, lo serían Goethe —unidad sin pareja en todas las literaturas— o el tempestuoso Schiller. Llegaríamos al romanticismo y a los síndromes de su delirio, con Byron, Shelley, Lamartine, Musset, Hugo, Heine o Leopardi. A la orilla de todo este **mare magnum**, como lengua italiana que de nebulosa se condensa en planeta, de mística en sistema, de alegoría de la muerte en alegoría de la vida, de ciencia en deliquio, reconoceríamos al Dante uno y plural de la "Divina Comedia".

Y también, más allá de todo prurito clasificativo, existiría una poesía pura e inmanente que no se debe sino a sí sola, espoleada por el ansia de perfección interna o externa, y confinada a una soledad, en donde espíritu y palabra se vieran como se dan, sin rito ni cábala, sin preconcepto ni ayuntamiento con materias ajenas. Poesía insular y desnuda en donde el numen lo hace todo, y sólo puede explicarse y vertebrarse con el genio patético y atormentado de Edgar Allan Poe.

Antes de Poe, las anticipaciones se apuntaron en la riqueza imaginífica del "Cantar de los Cantares", en la gravedad y levedad de Jorge Manrique, en la iluminación simbólica de San Juan de la Cruz, en el desbordamiento ignipotente de Teresa de Avila y también en la metáfora trabajada de Luis de Góngora y Argote.

Esta poesía extra-académica prosigue victoriosamente durante la segunda mitad del siglo diecinueve y el actual. Acaso el parnasianismo de Leconte de Lisle, de Heredia o de Regnier, geometría de la forma y el volumen, no se atempera a aquélla, y más bien representa una vuelta al ideal griego de poesía. Pero el simbolismo, como transporte del sonido integral que traduce la disonancia interna, es legítima poesía pura que se rinde en la opulencia demoníaca de Baudelaire, en la sabiduría de Mallarmé, en el gemido de Verlaine, en el can-

to siniestro de Ducasse, y en su torre más alta: el nomadismo universal de Rimbaud.

Al parnasianismo y simbolismo franceses, y para la hispanidad poética que rumia todavía el pienso romántico, les nace un pupilo de lengua celeste en América: el rubendarismo del novecientos.

Después del simbolismo, el universo poético se despedaza en astillas con advenimiento del suprarrealismo. Las levaduras del inconsciente y subconsciente se subliman, desatándose las amarras que ligan al poeta con la realidad, en automatismo psíquico que culmina en imagen libérrima y como nunca creadora. Entonces, no hay lecho geológico para este océano en libertad. Paralelamente al suprarrealismo, los "ismos" ya no cuentan, y sólo es dable advertir cifras de poetas magnos que, sin ser suprarrealistas, fabrican poesía pura a su manera solitaria. El compungido Claudel de espíritu religioso o el líquido y transparente Juan Ramón Jiménez constituyen los mejores ejemplos.

La vertiginosa marcha que hemos seguido en línea ondulante, a través de lo que ha sido poesía, ha mentado escasamente modelos o denominadores del devenir poético.

Es duro pensar en un destino de la poesía en esta casi mitad del siglo veinte, cuando las morfologías políticas de soviético, fascio o cruz gamada invaden una cultura hecha, derecha y también contrahecha de signo cristiano, democracia y proletariado irredento; cuando la técnica como simple valor material y como forma de adaptación animal —que diría Keyserling— desplaza al espíritu puro, y cuando el hecho zoológico de la fuerza es norma de vida nacional e internacional, y el derecho una superchería vana de universidades, bibliotecas y algunos ilusos convictos.

Para volver a la barbarie hace falta apenas un instante en el que el plomo de los bárbaros se derrita sobre los valores establecidos. En cambio, para construir a la cultura occidental, cuya atmósfera respiramos, han sido necesarios dos mil años de tensión constructora.

El espíritu más ingenuo reconocerá que nuestra cultura, junto a sus excelencias, adolece de pecados mortales. Bastaría contemplar al hombre encadenado por el hombre en la relación económica y social, mientras el ciudadano es igual al ciudadano en el goce y disfrute de sus derechos políticos ante la ley de marras. Esta contradicción de iniquidad e injusticia pertenece a la actual democracia, y si queremos y debemos salvar a la democracia, hay que salvarla no sólo de los ejércitos

ululantes del nuevo orden nefasto, sino también de su propia enfermedad, amputando con cirugía heroica sus miembros ulcerados.

Cuando pienso en la poesía de un futuro mediato o inmediato, la pienso disyuntivamente. Si la cultura de sentido democrático sucumbe en la prueba de fuego a que le han sometido los totalitarismos negativos, retornaremos a la barbarie analfabeta, tal como palpita en ese korán ignominioso que escribió el conductor de las flamantes hordas invasoras. El "Mein Kampf" de Adolfo Hitler es exiguamente una política, una filosofía y una estética de antropoides, ya que ni siquiera contiene, como lo afirman sus indulgentes comentaristas, el esbozo de la nietzscheana voluntad de poder en la orgía de la violencia. El racismo utiliza el mito wagneriano sin comprenderlo y el arianismo puro es la excusa de la rapiña y el homicidio químicamente puros. El nuevo orden de la swáztica traerá disciplina a los cuerpos y mortal indigencia a las almas, y en el silencio dramático de varios siglos, volverá a gestarse una sociedad elemental y amorfa, perfilándose una nueva Edad Media de mudez y resignación, para que al término de ella, se resucite posiblemente la epopeya, como forma dura, primitiva y multitudinaria del canto.

En la otra hipótesis, si la democracia sobrevive y en su inventario de valores perdura y se afirma la libertad intelectual, la poesía seguirá viviendo en su clima subjetivo, y a mayor libertad corresponderá una mayor espontaneidad creativa, a mejores incitaciones vitales, más pródigas superaciones estéticas. Ignoramos lo que pueda hacer, ya que la historia del espíritu es un suceder en la contingencia, sin subestimar naturalmente el caldo de cultivo social que la obliga a reproducirse infinitamente. Apenas alcanzamos a ver que será cortado el nudo gordiano de la Retórica, uno de los últimos residuos de la ignorancia docta, y para sustituirla, una estética libre de la poesía habrá de plantar su tienda, bajo cuya tela de luz fluyente, el numen buscará otras formas fluídas del espíritu antes que formas cerámicas del lenguaje. Mas en todo tiempo y en todo lugar, la pasión de la poesía habitará en el hombre, como esa águila perpetua que roe la entraña de Prometeo.

G O N Z A L O E S C U D E R O

ALGUIEN RECOGERA

A veces me acobardo. Me parece tan ruda
mi desigual batalla con la Naturaleza,
que al mediar la jornada me acomete la duda
de si saldrá triunfante mi humana fortaleza.

Mi actividad, mi empeño, no bastan, me argumento,
para hacer que florezca y dé fruto la tierra:
si en un año me ayudan la lluvia, el sol y el viento,
sus fuerzas son, otro año, de destrucción y guerra.

Cuántas veces he visto, como anuncio de ruina,
la trágica belleza de una noche estrellada,
seguro de que al beso de la luz matutina
contemplaré el estrago que causará la helada.

Y cuántas, asimismo, la mala suerte quiso,
la víspera precisa de cosechar el grano,
que una loca y furiosa tempestad de granizo
con mi pan y mi esfuerzo diera fin en el llano.

Pero mi desaliento es siempre pasajero.
Cada fracaso enciende mi afán para mañana.
Si he perdido en Octubre, no perderé en Enero;
y mi siembra futura crecerá más lozana.

La tierra también sabe cumplir la femenina
ley que exige constancia y amor a toda prueba
de quien su favor le pide como gracia divina.
Yo por eso la labro ya haga sol o ya llueva.

No me importa el asedio del malsano egoísmo
que advierte que de mi obra mi ser no gozará:
erguido en los barbechos me convenzo a mi mismo:
lo que siembre mi mano alguien recogerá...!

G U I L L E R M O B U S T A M A N T E

SARMIENTO, HOMBRE DE AMERICA

Conferencia sustentada en el salón Máximo de la Universidad de Quito, como parte del ciclo auspiciado por el Grupo América, el 24 de abril de 1940.

Quizá la República del Ecuador, por el inmenso estancamiento cultural al que ha llegado en ésta la más aciaga y turbia de sus horas —estancamiento en su doble sentido de paralización de actividades y de monopolio en que los adueñados del poder expulsan de escuelas, colegios y universidades, cuando no del territorio mismo del país, a cuantos han hecho de la cultura una profesión— quizá digo, la República Ecuatoriana sea la única que dejó pasar inadvertida por más de un año la conmemoración del cincuentenario del fallecimiento de una de las más altas cumbres del pensamiento y la acción americanos.

Y extrañará acaso que haya hoy quien pretenda glorificar —con una breve exposición de su ideario y de su obra— al gran estadista austral que supo elevarse al pedestal que con él sólo fuera honrado en el Nuevo Continente por hombres tan raros como Abraham Lincoln y Benito Juárez.

No es que guste de añoranzas del pasado; pero al contemplar el mapa político de la América actual casi no encontramos gobernantes ni estadistas de talla, desde que empequeñecido material y moralmente el mundo, lo que más se encuentra son diminutos títeres encumbrados a donde jamás soñaron, mandarines chinos, maharajas hindúes, cuando no jefes de tribu o mayordomos de hacienda.

Hablar ahora de un hombre que como Sarmiento afirmó: "Fui nombrado Presidente de la República, no de mis amigos", tal vez suena a ironía en un tiempo y en un lugar en que se han encubierto todas las ambiciones, todas las inquietudes con el novísimo manto de "gobierno de partido" . . .

Pero, por la misma circunstancia de que parezca alejado de la historia y de que, en comparación con el ambiente en que se debaten los infelices pueblos que vanamente fueron libertados por los grandes luchadores de la centuria pasada,

nos imaginemos narración mitológica de las grandes proezas de los Hércules y Teseos de la política, más necesario se hace el recuento objetivo de los actos de uno de los más destacados hijos de América, recuento que no aspira a otro fin que a señalar a las nuevas generaciones ejemplos dignos de imitarse.

Genio multiforme el de Sarmiento, como que la genialidad auténtica y de buena ley jamás es la unilateralidad compatible sólo con el talento. Como educador, como periodista, como estadista, como literato, como militar, como diplomático, como reformador, como hombre de lucha y de acción, siempre brilló por su inteligencia.



En un oscuro y miserable barrio de una aldea pobre de una provincia argentina de escasa significación y de casi ningún desarrollo económico, que se asienta en las estribaciones orientales de la Cordillera Andina, habían ido a edificar su hogar en los albores del siglo pasado un hombre mitad ignorante y desafortunado mitad arriero simpático y emprendedor y una muchacha trabajadora y animosa, hija de una familia venida a menos, como lo fuera igualmente su esposo.

En ese medio topográficamente sembrado de sierras, accidentes y rugosidades, de climatología seca y ardiente; de contrastes bruscos y violentos, impulsados por el Zonda, viento enfurecido y turbulento; de terreno poco propicio para la agricultura, pero rico en minerales; sociológicamente, poco poblado, ignorante, medioeval, atrasado; en esta lejana provincia de San Juan nace Domingo Faustino Sarmiento, ese hombre áspero, recio, combativo, violento, pródigamente dotado de cualidades más valiosas que los metales más finos y que había de llegar a ser el creador de la grandeza argentina.

Desde los cinco años y hasta el despertar de su pubertad, frecuenta la primera escuela que se fundara en su pueblo durante nueve tenaces años de estudios, con la singularidad de no haber faltado un solo día y de destacarse siempre por su inteligencia y trabajo en forma tal que siempre había de ocupar el que se llamaba puesto del "primer ciudadano".

El presbítero Oro, encargóse después de completar su educación dándole enseñanzas de latín y geografía a la vez que formando su personalidad moral.

Luego entra de oficial de ingenieros, estudia geometría y desde entonces y leyendo en todo momento obras instructivas logra formarse una sólida y vasta cultura.

Obligado por las necesidades del vivir entra a desempeñar el cargo de dependiente de comercio en un almacén, en cuyas horas de alivio lee cuanto impreso llega a sus manos, convirtiéndose en un magnífico auto-didacta que llega a dominar muchos campos del saber.



En los linderos de la adolescencia y la juventud inicia su gesta de luchador y constructor. Allá en un miserable rancharío, en el villorio de San Francisco del Monte a donde fuera a acompañar a su tío el presbítero Oro, funda con éste su primera escuela en donde enseña a leer y escribir a jóvenes mucho mayores que él que apenas contaba quince años.

Casi de seguida, de regreso a San Juan, es sorprendido con el nombramiento de Subteniente del Batallón de la localidad, designación que aunque para un joven como él que no era otra cosa que un modestísimo empleado de comercio podía significar un honor la recibe como un ultraje, contestando que tal servicio "era una carga con que se nos oprime sin necesidad". Indignado con tal respuesta el Gobernador lo manda a llamar a su despacho y como una vez dentro de él el funcionario conservara su sombrero puesto y no se molestara en contestar su saludo, Sarmiento —que es la primera vez en su vida que comparece ante una autoridad— se cala su sombrero antes de asegurar que sí era suya la firma estampada en aquella renuncia. El resultado fue la primera de una serie de prisiones que el hombre indómito habría de sufrir y con la cual iniciaba tan dignamente su lucha contra los tiranuelos.

Los días de cárcel fueron fecundos y fuertes modeladores del carácter del gran hombre. La cárcel sólo acalla a los pigmeos y cobardes; pero fortalece a los gigantes y valerosos. Sale, pues, de su prisión, abandona su empleo y se entrega con apasionamiento a la política, carrera que si bien le brindó gloria, le proporcionó también persecuciones, destierros y hasta un fusilamiento del que logra escapar gracias a su gran serenidad.⁸

Entregado al torbellino de la política, se enrola, naturalmente en el partido de la libertad y la justicia. Mas, derrotados los unitarios en cuyas filas militó y luchó tiene que emigrar a Chile, en donde empieza una nueva etapa de su existencia.



Triunfante Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos no queda a los sanjuaninos otro sendero que el del ostracismo. Trasmontando la Cordillera Andina, a los 20 años, en plena mocedad, va a buscar refugio en tierras chilenas, que siempre supieron dar acogedora y cariñosa hospitalidad a los idealistas perseguidos.

Comienza la dura vida del emigrado. Era la época en que Chile no sopesaba aún el valor del maestro de escuela. En aquel año de 1831 un Tribunal de Justicia condenaba a un ladrón a servir de maestro de escuela por tres años. Aproximadamente, lo que ahora, cien años más tarde se hace en nuestra tierra el Ecuador. Con la diferencia de que allí no se tuvo la hipocresía de decretar fiestas en honor del maestro, el más vilipendiado de los servidores públicos. . . . En Santa Rosa, pequeña aldea de los Andes halla un cargo de maestro con la remuneración mensual de trece pesos; pero entonces en la nación austral como hoy en el Ecuador, no se podía conservar el cargo de educador si se tenía la desgracia de ser hombre digno, altivo y con ideas en el cerebro. Con el honesto y plausible propósito de educar en la verdad y en la razón, alejando supersticiones y terrores morbosos de los espíritus infantiles desterró de la escuela las llamadas "cartillas cristianas y los libros de lectura llenos de fábulas religiosas y descripciones del infierno". El maestro radical, protector del equilibrio mental de sus alumnos es separado y para no perecer de necesidad se ve en el trance de trabajar como dependiente de comercio y más luego como obrero y capataz en las minas de Copiapó, durante un lustro que aprovecha para continuar devorando libros y estudiar el idioma inglés, hasta que, sabedor de la muerte de Quiroga, resuelve regresar a su tierra.



Sarmiento, como todo hombre consciente de su valor aspiraba y tenía derecho a surgir por medios lícitos, ciñéndose a su propio pensamiento expresado en estas palabras: "Quería yo, como ótros elevarme sin pecar contra la moral y sin atentar contra la libertad y la civilización", lección severa, noble y edificante como para escucharse y meditarse en el mundo contemporáneo en que la consigna es elevarse, sin reparar en medios, renunciando ideales, extrangulando la dignidad y enterrando los escrúpulos.

De regreso a su patria, ve en la escuela y el periódico los pedestales graníticos del bienestar colectivo y de la elevación personal. Con miras de ser útil a sus semejantes y de construir al mismo tiempo su personalidad, funda primero la "Sociedad Dramática Filarmónica"; después el Colegio femenino denominado de "Pensionistas de Santa Rosa" y finalmente el periódico "El Zonda" el primero de una serie que editara y escribiera con inquebrantable tenacidad.

Para que lo sepan quienes creen que la intervención de los maestros en política es invención del normalismo ecuatoriano, conviene recordar que "El Zonda" hizo su aparición hace un siglo, que hacía labor eminentemente política criticando con desenfado los vicios de la sociedad y del gobierno de la época y que sus columnas eran llenadas casi íntegramente por el maestro Sarmiento, Rector del Colegio de Santa Rosa.

Entonces en los Andes Meridionales como hoy en los Ecuatoriales los sátrapas criollos se han indignado por las censuras que han merecido sus desaciertos por parte de los espíritus libres y siempre las almas mezquinas, cobardes y vengativas— que estas tres cualidades por lo regular van siamesamente juntas— han forjado todas las tramas tinterillescas para saciar sus odios. Y así el Gobernador de la provincia, herido por la acritud de las censuras del periódico de Sarmiento y pretextando la falta de pago de unos pesos a la imprenta, ordena la segunda prisión del gran rebelde, que no sabe doblegarse y que se yergue más cuantas veces tócale enfrentarse con los tiranuelos.

Para la masonería de esta hora que hace causa común con el capitalismo, con las castas opresoras y la reacción débese apuntar que Sarmiento fue masón, de aquellos que hacen honor a las instituciones a que pertenecen y que en todo caso estuvo del lado de los oprimidos, de los necesitados de amparo, como puede verse en el siguiente caso.

Los trastornos políticos impusieron el éxodo de los unitarios. Una infeliz mujer queda indefensa ante la huída obligada de los del partido vencido. Sarmiento no es abogado; pero sabe luchar por la causa de los humildes y no vacila en afrontar la defensa de la desdichada a cuyo hijo se asesinó por haber sido sorprendido en la tentativa de robo de una oveja! A la increpación del juez que le enrostra: Ud. está defendiendo un delito contra la propiedad, que es un derecho sagrado, Sarmiento, recuérdese bien, masón, responde como sólo pudiera hacerlo un buen socialista: "Y Ud., señor Juez, defiende la propiedad pri-

vada, derecho de los ricos, contra el derecho a conservar la vida, que es el único bien que tienen los pobres".



Nuevas escenas de hombría y altivez ante los gobernadores condujeron al hombre bravío e indomable a las rejas carcelarias. Y, por segunda vez, escapando milagrosamente de ser victimado; pero malamente herido y golpeado por los sayones del oficialismo, regresa a Chile, la tierra a la cual tantos bienes hiciera y que tan generoso auxilio le brindara.

Los grandes hombres, los rebeldes, casi siempre han sido pobres. Quizá por esto mismo fueron grandes. Y Sarmiento no constituye una excepción. Sus escasísimos recursos los había consumido en la travesía. Así, pues, al llegar a Santiago vese precisado a vivir en una especie de bohardilla sin más mobiliario que una mesa, una silla y un par de cajones convertidos en lecho. Frisa los 31 años; pero las asperezas de su duro vivir hanle dado aspecto de cincuenta y no dispone de otra propiedad que un montón de libros, una inteligencia clara, un férreo carácter.

Mas la estela de su vivir glorioso de luchador sin tregua, de moderno Quijote de la justicia social, habíase extendido hasta Chile. El genio y el valor atraen siempre a quienes saben comprender tan raras cualidades. En la miserable vivienda del exilado confluyen personajes de influencia en la política del país. Hacia él van Lastarria y Núñez, como verdaderos amigos y admiradores. Ahí se inflaman con la palabra cálida, acerada y vehemente del argentino y en ese mismo cuartucho se entusiasman por sus escritos, los envían a "El Mercurio" de Valparaíso y una vibrante y novedosa recordación de la batalla de Chacabuco, que es su primer artículo, causa tan buena impresión en el público que desde entonces sienta plaza de periodista y comienza a agigantarse su prestigio.

Con ilustración extensa y multiforme, dotado de imaginación fecunda y original, concibe y formula proyectos, defiende opiniones, propaga ideas, trata de tópicos políticos, literarios, educacionales, gramaticales; polemiza con ardor, conquista amigos, engendra adversarios, desata tempestades. Ante los temperamentos fuertes es imposible la neutralidad. Se lo discute con pasión. Se lo ensalza y se lo vitupera. Sus escritos, todos ellos, sustanciosos, atrevidos, originales, horadan la conciencia social de la época como formidables arietes. Nada de trivialidades, de opiniones ambiguas e indecisas, menos aún

adulaciones o servilismo para los poderosos. Su pluma altiva como pocas no supo escribir editoriales anodinos, defensas venales de regímenes, párrafos vacuos ni envenenados por la envidia. Hace un siglo escribía cosas como ésta, que aun no logran comprender muchos escritores criollos contemporáneos: "No despreciamos el hombre de las clases trabajadoras: bien tratados y felices, son aun en política un auxiliar poderoso; padeciendo, irritados, son, al contrario, un torrente destructor, a quien nada detiene, roto una vez el dique". Y en otro lugar: "La riqueza que no tiene por base el bienestar general es un coloso parado sobre movable arena".



Desempeña la cartera de instrucción pública de Chile un hombre de extraordinarias cualidades, don Manuel Montt, quien, aunque jefe del Partido Conservador, posesionado del papel de primer educador—esto es, de hombre sano, amante de la niñez, de la juventud, del pueblo y de la cultura— que es el que corresponde a un ministro de este ramo, sabe posponer bastardas conveniencias de la política a los legítimos intereses de la civilización. Y es así como el ministro conservador resueltamente llama a colaborar con él al maestro y periodista de extremado radicalismo, a Sarmiento, al furibundo bolchevique de la época, y juntos comienzan a edificar el grandioso monumento de la cultura chilena sobre la triple base del establecimiento de la escuela primaria común, de la educación de la mujer y de la preparación técnica del magisterio.

A estos dos hombres excepcionales, contrapuestos, en ideología política; pero unificados en el amor a la ilustración popular se debe la fundación en Santiago de Chile de la primera escuela normal sudamericana, la segunda del continente entero, cuyo inspirador y principal actor fue Sarmiento.

Qué contraste más marcado entre el Ministro conservador de Chile de 1842 que funda centros de cultura y llama a colaborar a los entendidos y enfervorizados por la causa de la educación y los magistrados liberales ecuatorianos de nuestros días que clausuran planteles, desplazan profesores competentes y sitian por hambre a maestros altivos, exhuman fósiles de la pedagogía antediluviana y destrozan la cultura en una estupenda y original tarea de un pésimamente llamado gobierno de partido.



Demoledor y constructor de inagotables energías, apasionado por sus ideas de redención social, batallador sin miedo cien veces hubo de trabar polémicas terribles con las más descollantes personalidades del medio en que actuaba, a las que sabe anonadar con el peso de su lógica, la fuerza de su convicción y la agudeza de su genio.

Al intangible Andrés Bello, purista recalcitrante, defensor de la forma y de los modelos clásicos fulmina con argumentos como éste: "escribid con amor, con corazón lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo aunque la forma sea incorrecta; será apasionado aunque a veces inexacto; agrada al lector, aunque rabie Garcilazo; no se parecerá a lo de nadie; pero, bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará."

Casi de seguida, batiéndose con intelectualidades de la talla de Lastarria, hombres de innegable talento, pero que no habían conseguido sacudirse de los convencionalismos de los tiempos que corrían, defiende el romanticismo literario y a Víctor Hugo, genial cultor de este género con admoniciones de esta profundidad: "En qué escuela se ha inspirado el autor de aquella crítica? Que nos responda, que no se calle también. ¿En dónde? Veamos? En la nueva escuela, en la escuela socialista, cuyas doctrinas no ha hallado escritas en un libro; pero que se le revelan por el espectáculo de nuestras necesidades sociales; por las simpatías de nuestro corazón; porque ya empieza a avergonzarse de que el plebeyo, el mulato, con talento, con virtudes, sea depreciado y mantenido en una inferioridad inmerecida".

Y no fueron éstas las únicas polémicas, ni por esto abandonaba sus labores educacionales en el Normal ni la redacción de libros de estudio. Con el denuedo de costumbre se enfrentó con el chispeante talento de Jotabeche, con el rencoroso Godoy y más tarde, con Alberdi, con quien tuvo la más sonada polémica.

La bravura de las campañas de Sarmiento que no esquivó a nadie que le presentara beligerancia, la revolución que iba operando en los espíritus, la conmoción social que provocaban sus prédicas, crearon un ambiente de hostilidad. El rotundo éxito del formidable "Facundo", por su parte, irrita al gobierno argentino que mueve sus hilos diplomáticos ante el chileno. Tinosamente, Manuel Montt, estadista de los que tanta falta hacen, no sacrifica al hombre de merecimientos como

hubiera solucionado el conflicto cualquier ministro miope del trópico, sino que acierta en utilizar las aptitudes del hombre combatido sin tregua por sus enemigos y lo envía a Europa en viaje de estudio del que tanto provecho alcanzara Chile y América.

Era el viaje soñado por el gran maestro que anhelaba captar en sus fuentes primas y puras la cultura europea y en cuyas andanzas tanto habían de servirle la recomendación oficial del gobierno chileno y el prestigio que había dado a su autor "Facundo" la vivida y vivífica historia novelada del caudillaje argentino.

Más de dos años dura la comisión de Sarmiento por el viejo mundo. Principal fruto de ella son el gran acervo de experiencias y observaciones que en gran parte se cristalizan en su voluminosa obra "Educación Popular" que escrita en 1849 tienen hoy mismo páginas de innegable actualidad.

Por tercera vez en Chile, ahora con Montt como Presidente de la República, entra a colaborar más decisivamente en la obra educacional que quiere hacer llegar a todos y en especial a los humildes. Es designado Director de Enseñanza y funda y redacta la revista de educación que hasta ahora subsiste con el nombre de "Monitor de las Escuelas".

Enfervorizado por la educación radical de la mujer, lucha por emanciparla y por borrar el estigma que pesaba sobre ella de que los conocimientos le eran perjudiciales para su moralidad. Por ese entonces el gran mérito de la mujer era la ignorancia, como hoy, en el paréntesis de tinieblas que nos atenaza, para el liberalismo de pega, el prototipo del maestro, el necesario para la dirección espiritual del país es el analfabeto, el egoísta, el que se humilla o el que adula. Para combatir tan estólida a la vez que arraigada pretensión escribe innumerables artículos que al fin logran el mejor de sus triunfos con la fundación de la primera escuela normal para preceptoras, pues que, según sus aforismos: "de la educación de las mujeres depende la suerte de los Estados"; "la civilización se detiene a la puerta del hogar doméstico cuando ellas —las mujeres— no están preparadas para recibirla ni para cooperar a su natural desenvolvimiento."

Entre los innumerables valiosísimos pensamientos que se encuentra en sus artículos del "Monitor", a guisa de ejemplo, recordamos estas palabras escritas como para hoy: "Los libros piden escuelas; las escuelas piden libros. . . Todos los años las escuelas lanzan de su seno un contingente de hombres preparados para leer; pero que no leen por falta de libros". Con mo-

tivo de la denominación del periódico —que también le significó lucha con el ministro, a quien defendiendo el nombre propuesto por él y rechazado por el funcionario le decía: "Mi propósito es educar Ministros, Diputados, Senadores, doctores, porque de tanto que Uds. saben no saben que ignoran todo sobre este asunto".



Considerando necesaria su presencia en su patria resuelve dejar Chile y parte para Mendoza. Va a luchar como diputado electo por la provincia de Tucumán. Alcanzando su suelo nativo, la guardia pretoriana del Gobernador intímale retroceder; pero arriesga su vida y prosigue su camino sin arredrarle las amenazas. Llega a Buenos Aires por entonces en barricada contra las fuerzas de Urquiza y mientras los cobardes buscan protección en los pliegues de banderas extranjeras, Sarmiento, indignado por el miedo que había hecho presa de la colectividad, arranca los pabellones con sus propias manos e infunde valor a los pusilánimes.

Es el comienzo de la ascensión no interrumpida de su ruta política. Elegido Mitre, como Gobernador, llama a Sarmiento como Ministro, quien como uno de sus primeros actos va a dirigir en persona la campaña contra el caudillismo y entra victorioso en San Juan, cuyo gobernador es elegido de continuo por el voto unánime de sus comprovincianos que conocen de sobra sus arrestos y capacidades. Es la primera vez que la provincia cuenta con un dirigente que la hace progresar, abriendo caminos, reformando el sistema tributario con el impuesto a la propiedad, fundando la Quinta Normal, reorganizando la administración de justicia, con mil iniciativas que hacen que la estulticia humana lo califique de loco, hallando como su peor extravagancia y desvarío que actuando de gobernador escriba en un diario, acusación que sabe contestar diciendo; los gobernadores no han publicado antes artículos en los periódicos, por la sencilla razón de que no sabían escribir.

Ocupa sucesivamente diversos cargos públicos todos ellos con honradez, lucimiento y acción creadora y reformista. Es Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores de Buenos Aires, Auditor de Guerra, Director de las Fuerzas Nacionales, diputado, Embajador ante los Estados Unidos; pero no descansa en su siembra de ideas.

Como otrora se hiciera en Chile, esta vez en Argentina se le aleja del país para calmar la oposición. Al abandonar su tierra deja huellas tan profundas de su rectitud y entereza que aun sus enemigos tiene que exclamar plañideramente: "Ahora que se va Sarmiento, ¿quién nos va a dar garantías?".

Es tan grande el prestigio con que llega a Estados Unidos el nuevo Embajador argentino que tanto la Gran Nación Americana, como Chile y el Perú, por donde debía pasar en su viaje, le prodigan honores excepcionales.

Su cargo de diplomático lo desempeña con modernísima concepción. Visita el país, estudia sus instituciones, frecuenta establecimientos culturales, conquista amistades de alto valor intelectual y se mezcla con el pueblo, mientras, según sus propias expresiones "el cuerpo diplomático juega al tresillo en Wáshington".

Esto provoca que se discuta su actuación en el senado de su país, diciéndose que "el ministro argentino sólo se ocupaba de estudiar la instrucción en aquél país" y que resultaba "que ese ministro no había prestado servicio alguno a la República". De vivir en nuestros días y en nuestro suelo, aquel talentoso legislador a buen seguro que hubiera integrado el Congreso Extraordinario y de lujo de 1939.

Llega el momento en que se lo elige presidente, cargo que honradamente lo esperaba y lo deseaba y que como hombre honesto no ocultaba a nadie su legítima ambición. No ser Presidente le hubiese producido desazón. Tenía derecho y bases para aspirar a la primera magistratura; pero no lo hacía por ambición sino por servir al país y sin cometer acto alguno que no encuadrara en la corrección.

A los 57 años de edad y a los 40 de dura brega alcanza Sarmiento la cumbre del poder político con toda honestidad y con mejor derecho que ninguno. Alguna ocasión, conversando con Mitre a quien sucedió en la Presidencia había dicho estas palabras que se cumplieron con fidelidad asombrosa: "Mitre, Usted será el primer presidente de la República; pero la segunda presidencia será mía."

Escritor y orador de fuste; pero sobre todo, hombre de acción, no hacía discursos ni componía programas palabreros. Al ofertarle la candidatura supo contestar: "mi programa está en la atmósfera, en veinte años de vida, hechos y escritos."

Varón sin componendas ni maquinaciones, seguro de pisar en la roca firme de sus obras y merecimientos rechaza digna y resueltamente la auto-candidatura para ministro y la nó-

mina del gabinete que se le presenta por uno de sus más fervientes partidarios, iniciador de su candidatura presidencial.

Ya hemos apuntado que Sarmiento fué masón. Agreguemos que alcanzó el grado 33. En homenaje a su elección presidencial, la masonería le agasaja con imponente banquete. Y en tan memorable ocasión sorprende a iniciados y extraños declarando solemnemente que gobernaría con independencia absoluta, pues que un hombre público no tiene derecho para imponer al país sus convicciones privadas, ni para perseguir ni contrariar las ajenas. Palabras que supo cumplirlas con fidelidad: su gobierno no fue de círculo ni de partido. No tuvo más hegemonía que la razón y la capacidad. Hizo gobierno para la nación, puesto que la nación lo había elegido. Consciente de la confianza pública que se había depositado en él, no adoptó el sistema del terror ni la opresión, por más que fué enérgico como pocos. No se había levantado sobre bayonetas ni fusiles, ni conquistó el poder por asalto o emboscada. Fué ungido por el voto libre de la ciudadanía. Ya él mismo había dicho: "Lo que da fuerza moral al poder sin armas, es, simplemente la confianza pública de que su nombramiento fue la obra de la mayoría real de la opinión y no de cifras aparentes".

Tuvo noble ambición de presidir la República; pero su aspiración sólo usaba de medios lícitos y honorables. No fue su divisa conquistar y mantenerse en el poder contra todo y contra todos. Cuando Ministro de Gobierno de Mitre, develada la revolución sanjuanina, el coronel vencedor hace fusilar al jefe rebelde y entra a la ciudad insurrecta cometiendo toda clase de tropelías contra la población indefensa. Nada valieron ante él las explicaciones, razonamientos e instancias de Mitre para que continúe en el gobierno. Como gobernado había tronado contra la barbarie, como gobernante la condenaba con igual impetuosidad y convicción. Así, pues, renuncia el Ministerio tan sólo por no responsabilizarse de actos reprobables que él no cometiera. Bellísimo ejemplo para los ministros-ostras encubiertos en coraza de insensibilidad política y adheridos a la roca de sus caprichos, impasibles ante el vendabal de los pueblos libres!

Viene el día de la posesión del mando y entre sus palabras pronunciadas ante el Congreso, acaso las más trascendentales, por el fiel cumplimiento que dió a ellas fueron: "puedo anunciaros de un modo solemne, puesto que se trata de actos exclusivamente míos, que la moralidad administrativa será completa durante el período de mi gobierno".

El primer acto del nuevo mandatario, el acto cumbre de la administración política, aquél del que dependerán la confianza del pueblo, la paz y la tranquilidad sociales o el descontento, el repudio y la insurrección incansables, el más difícil y trascendental problema político —esto es, la elección del gabinete— fué resuelto con la habilidad y destreza propios de un genio y de un hombre de bien. No fue un gabinete de incondicionales, de compadres, de familiares afines o consaguíneos, de partidarios, de comprovincianos ni de amigos íntimos. Lo fue de hombres de valer, de honradez y competencia. Apenas si contó con uno de sus partidarios y con un amigo personal. Los demás ministros habían sido o adversarios suyos o abstencionistas en la lucha electoral.

Naturalmente quienes vieron burladas sus expectativas formaron filas en la oposición, sin que esto preocupara mayormente a Sarmiento que obsesionado por el bien público a nadie temía.

Por tres años se le combatió sin piedad, se lo injurió y calificó de loco; pero su obra de reconstrucción nacional siguió adelante entre debates y polémicas a las que no rehuye ni en su calidad de primer mandatario del país. Su gran ideal, su único móvil fue hacer el bien y así en carta a una amiga con ocasión de una intentona revolucionaria le dice: "Todo cuanto he hecho, lo hice con la esperanza de hacer bien".

Los logrereros de profesión fracasados en su búsqueda de empleos, ascensos y prebendas combaten al gran hombre, que no intimida ni ante el asesinato frustrado, Nadie es capaz de doblegarlo. Al vice-presidente Alsina rechaza la cooperación de su partido, pues la ofrecía su jefe que dejando la presidencia ingresaba al Senado; ni le perturban los ataques de Elizalde candidato derrotado que había abierto sus trincheras en "La Nación".

A un general de muchos títulos y campanillas le hace comprender que un gobierno honrado y popular no hace plataforma en los ascensos y que éstos deben realizarse en virtud de méritos reales y necesidades del servicio, pues la sola antigüedad que tanto se la arguyó no es base para ascensos. El mismo con anterioridad había dado ejemplo de decencia y desinterés: rechazó el grado de coronel que le daba el Gobierno Nacional, pues "siendo Gobernador no debía aceptar honores que le pusiesen en la dependencia del gobierno nacional".

Ante la sorda hostilidad del Congreso, que llega al grado de ser la única institución que no felicita al Presidente por haber salido ileso en la tentativa de asesinato, no piensa en ex-

trangularlo. Cuando el Gobernador de San Carlos encarcela a once miembros de la legislatura provincial (no hay que olvidar que Argentina es una República federal), ordena al ejército "apoyar con la fuerza al mantenimiento de la legislatura en el ejercicio de sus funciones ordinarias". Como Presidente Nacional contesta al oficial que le interroga cómo debería proceder al recibir la orden de disolver el Congreso de la República: Señor Oficial, "si tal desgracia aconteciera, hágase dar la orden por escrito y en seguida péguese un tiro. Así saldrá de dudas. Su oficio es morir".

Habrá conocido la gloriosa vida de Sarmiento el presidente ecuatoriano, juguete de las camarillas que traicionó a la Universidad que le había otorgado los honores más altos y que en singular ofrenda de gratitud a los asambleistas de izquierda que creyendo en su lealtad le confiaron la Presidencia de la República, les dispersó, apresó e injurió, gracias a que el oficial que recibiera la orden atrabiliaria de clausurar la Constituyente de 1938 tampoco conoció el límite preciso puesto a la obediencia militar por la Constitución Nacional?

Para los ecuatorianos que tuvimos un dictador de gran sprit que se gloriaba de haber confeccionado un álbum con los anónimos recibidos durante el ejercicio del poder, he de hacer notoria la opinión y la conducta de Sarmiento a este respecto. Menudeaban los anónimos en que se le denuncia una conspiración en auge; pero el ilustre gobernante los desprecia y antes bien publica estas hermosas palabras: "El Presidente está muy ocupado para leer anónimos, por cuya razón la conveniencia personal y el respeto mutuo aconsejan no usar de este singular y fácil expediente de comunicarle nada".



He querido ante todo hacer resaltar los actos de Sarmiento como la mejor forma de poner en relieve su personalidad; mas, menester es que paralelamente me refiera también a su ideario prefiriendo el aspecto político-social que cobra particular interés en el difícil instante por el que atraviesa el mundo.

Si sólo nos guiamos por las prédicas que hicieron en el siglo pasado nuestros grandes valores intelectuales que, sin excluir a Montalvo, jamás pasaron de un liberalismo radical, las más veces simplemente anticlerical, sorprende que un americano nacido en 1811 y muerto en 1888 haya profesado doc-

trinas incuestionablemente socialistas, como las hemos señalado antes y como se podrá corroborar a través de algunas transcripciones.

Políticamente, en el campo de las ideas, de la teoría, como en el de los hechos, sostuvo estas profundas verdades: "No es fuerte el gobierno que quiere serlo, sino el que deja en pie todos los elementos que constituyen la fuerza de un pueblo". — "No se gobierna con armas sino con inteligencia" — "Tenemos que fundar la República, el gobierno futuro y ese se funda exclusivamente en las escuelas, por más que esta palabra suene humildemente en nuestros oídos".

Oigamos, ahora, algo sobre la cuestión social:

"El capital puede abarcar las mayores extensiones posibles de terreno; pero no puede labrarle, mejorarlo, probarlo sino en cierta extensión y hasta cierto grado. O lo conserva desierto por siempre o lo da a inquilinos. En el primer caso, mata a su propio país, impidiéndole defenderse, poblarse y civilizarse; en el segundo, crea esclavos, que al principio serán colonos acomodados y acaban con la procreación, por ser con el tiempo chusma pobre, degradada e ignorante". "Qué regla debe seguir para distribuir la tierra? Ponerla al alcance del trabajo y sustraerla, al salir del poder del Estado, en cuanto sea posible, al capital; porque el trabajo de cada uno le dará valor cultivándola, mientras que el capital tomará grandes extensiones para explotarla sin trabajo! Cuando la tierra está labrada, el capital ejerce sus funciones de aumentar los valores".

Combate el latifundismo como una rémora para el progreso y afirma: "Tenemos tierra para dar hogar a los que nada poseen... a fin de que los hereditariamente desvalidos empiecen a mirar el gobierno y la patria como suyos". Y cuando desde las columnas de "El Nacional" preconiza la subdivisión de las tierras del Estado, con títulos definitivos a favor de los campesinos ocupantes del suelo, es nuevamente tildado de loco y utopista.

Defiende también la participación de los productores en el reparto de utilidades en esta forma: "Las sociedades modernas tienden a la igualdad, no hay castas privilegiadas y ociosas... y un momento ha de llegar en que esas masas que hoy se sublevan por pan, pidan... una parte de las utilidades, que su sudor da a los capitales."

No hubo problema social o político de importancia que no lo abordara con la visión amplia y humana que le caracterizaba. No fué para él la propiedad privada un tabú. Cuan-

do las circunstancias lo determinaron no vaciló en expropiar el ferrocarril de Córdova a Tucumán, por ser en beneficio nacional.

A diferencia nuestra en que con dos millones nominales de habitantes y medio millón de kilómetros cuadrados de superficie hemos llegado a asustarnos de que vivan en el Ecuador 10.000 extranjeros, (el medio por ciento de la población total) a quienes se pone todo obstáculo, convirtiendo al país que tanto necesita de hombres en una especie de fortaleza de Lasa a la que sólo se puede franquear con pesadas talegas de oro, Sarmiento, haciendo suya la divisa de Alberdi "Gobernar es poblar" halla que son pocos 210.000 extranjeros en un país de 1.700.000 habitantes (esto es el 12%) y se esfuerza por atraer las grandes corrientes inmigratorias. "En la espectación de cien mil inmigrantes por año, dice, debemos desde ahora acometer la tarea de prepararles tierra de fácil adquisición, y regida su distribución por leyes que estorban que un individuo se apodere del territorio que basta en Europa para sostener un reino, o que la generación actual despoje a las futuras de su derecho a tener un hogar y un pedazo de suelo que llamar su patrimonio."

Pero donde más vigor y fuerza de convicciones demostró Sarmiento fue en materia educacional, la que le debe centenares de escuelas, bibliotecas y toda clase de medios de llevarla a cabo.

Por más que que no han faltado quienes de mala fe o sin conocerlo suficientemente han querido hacerlo aparecer como sectario devorador de curas, en realidad no lo fue. En el banquete que le brindó la masonería con motivo de su ascensión a la presidencia, declaró enfáticamente que si la masonería se hubiese instituido para combatir al catolicismo, él no habría sido masón. Y lo que es más, entre su abundantísima bibliografía, hay una obra con el título de "Vida y doctrina de Jesús".

Esto no obstante, fué el más decidido campeón de la escuela laica y en los nutridos artículos que dieron lugar a su libro poco difundido todavía "La Escuela Ultra-pampeana" combate el fanatismo en la educación. Tolerante y muy respetuoso de las ideas ajenas, fue sin lugar a dudas; pero no confundía como suelen hacer los incoloros de hoy, la tolerancia con la colaboración y apoyo malamente disfrazados que, oportunísticamente, dan a la escuela confesional los liberales anticlericales que han declarado guerra encarnizada al normalismo. A diferencia de éstos y consecuente con su pensar,

después de tenaz lucha consigue en 1884 la proscripción de la enseñanza religiosa de las escuelas.

Durante su viaje triunfal a Córdova con motivo de la exposición industrial concebida y llevada a ejecución por él, demuestra en diversos actos su inflexible entereza doctrinaria. A una señora que le solicitara una dote para ingresar de monja a un convento le hace reflexionar sobre la inconsecuencia que significaría acceder a su pedido; pero como quiere ayudarla, ofrécela en cambio, "máquinas de coser o una dote para casarse."

Su persuasión racionalista del mundo lleva hasta la tumba. No es de los liberales acomodaticios que madrugan para la práctica hipócrita de los santos sacramentos o de los que en la agonía se reconcilian con la religión y el clero. Al contrario, pocos días antes de su muerte, sintiendo agravarse su enfermedad inconteniblemente llama a su hija y le dice: "En materia de creencias nunca he molestado a mi familia. Tienen Uds. ahora la ocasión de devolverme esa tolerancia. Ha sido la convicción de mi existencia prescindir de la religión para cumplir cuanto he creído mi deber. No quiero que en un momento de debilidad se me haga desmentir cuanto he concebido en el pleno ejercicio de mi razón. No quiero que otros disminuyan el valor moral de mis creencias, sometiendo a mi persona a una superchería de ceremonias."



Muchas de las facetas más salientes de la vida de este gran americano han ido desfilando en rápido bosquejo. Imposible analizarlas todas siquiera sea brevemente. Pero no podemos pasar por alto su gran pasión por las escuelas y los maestros que le obsesiona a través de toda su vida.

Como Gobernador de San Juan hizo este llamamiento: "Ayudadme a fundar escuelas, ciudadanos, y habréis hecho la felicidad de vuestros hijos y la única gloria a que aspiro". De paso por Lima, en su calidad de Embajador es invitado a un acto en la Escuela de Artes y Oficios al que concurren varios diplomáticos. En tal reunión busca la compañía de los maestros y hace grupo con ellos, hombres sencillos como lo fue él en todo momento, en vez de aislarse con los personajes llenos de complicaciones que son los diplomáticos. En New Haven, asimismo, en solemne reunión recalcó: "Soy Embajador, y como lo veis por mi solicitud en concurrir a este acto y hallarme en medio de vosotros, me conservo aún,

por simpatía y vocación Maestro de Escuela". Tras haber ocupado la Presidencia de la República el cargo que prefirió es el Director General de Escuelas de Buenos Aires. Y es que el de Sarmiento no fue el amor lírico a los maestros de quienes en el fondo de su espíritu sienten el complejo de inferioridad de la profesión, de quienes subconscientemente señalaron como día del maestro aquél del calendario en que nacieron eminentes personajes de nuestra historia, ninguno de los cuales fue media hora verdadero y auténtico maestro de escuela.



Hablar de las obras de un escritor fecundo como pocos no es empresa para quien aspira sólo a trazar un breve itinerario de la vida del maestro americano que debe iluminar la senda de los maestros del Ecuador. Entre 52 gruesos volúmenes sobre diversas materias, destacan, "Facundo", páginas epopéicas sobre la vida de Quiroga, con magníficas descripciones del ambiente social y geográfico de Argentina; "Mi defensa" y "Recuerdos de Provincia", autobiografías de Sarmiento encuadradas en emocionantes relatos de la época; "Educación Popular", tratado de pedagogía social y democrática en el que recoge el fruto de sus observaciones llevadas a cabo en sus viajes por Europa y Estados Unidos y da normas para organizar debidamente la educación en América llegando aún a precisar detalles de trascendencia, entre ellos, la revolución ortográfica que tanta aceptación ha tenido en Chile; "Las ciento y una" fogosa y sensacional polémica con Alberdi como réplica a sus "Cartas Quillotanas"; "Argirópolis", planificación de un Estado que comprendería la Confederación de Argentina, Uruguay y Paraguay y que revela en su autor gran cultura geográfica, sociológica y general; "La Escuela Ultrapampeana", vigorosa defensa del laicismo; "Aldao y el Chacho" y "La época de Rosas", estudios biográficos encaminados a pulverizar a los tiranos...



Abuso de la amabilidad del auditorio para no dejar pasar por alto dos actitudes muy significativas de Sarmiento, que lo presentan en el campo internacional, una de las cuales íntimamente vinculada con nuestra historia.

Concluida la guerra con el Paraguay, en contra de la opinión de Mitre, sostiene este bellissimo principio que han olvidado totalmente los hombres de esta generación: "La victoria no da derechos."

Cuando el general Flores hacia en España los preparativos para su expedición contra la tierra que le había honrado haciéndole su primer presidente, Sarmiento, entonces en la Península Ibérica, escribe dos artículos de tanto efecto y resonancia que, impresionados por su lectura, 18 oficiales concertados por Flores para la invasión al Ecuador, desistieron de la empresa y que, aún la Gaceta de Rosas, enemiga acérrima de Sarmiento, no tuvo menos que elogiar tan hermoso acto de americanismo.



Hay dos enemigos implacables del hombre en período decreciente de vitalidad: el anquilosamiento, la impermeabilidad a lo nuevo y el peligro de ser devorado por aquéllos a quienes formó y con quienes trabajó. Para librarse de ellos es menester saber morir a tiempo.

Sarmiento, como rara excepción, logró triunfar aun sobre estos poderosos enemigos y así a su avanzada edad de casi ochenta años, muere querido y apreciado por todos, pues que su obra fue de grandes raigambres y enfocada al bienestar de la colectividad.



He aquí compendiada una vida gloriosa en unos cuantos rasgos objetivos expuestos en un momento propicio en que el pueblo ecuatoriano, con una nueva linterna de Diógenes desea buscar su hombre, que será hallado entre los humildes y que como Sarmiento llegue a ser figura continental, paradigma de estadistas, modelo de escritores, maestro excelso.

El Ecuador —con la salvedad de unos pocos presidentes que como Alfaro, Plaza y Ayora y algún otro más tuvieron felices aciertos— casi siempre gobernado por mediocridades encumbradas por el azar, el fraude o el delito, necesita de un Sarmiento que dignifique el magisterio y se apasione por civilizar el país; de un Juárez que redima al indio; de un Lincoln que dé fin a la esclavitud; de un Lázaro Cárdenas que afronte con valor la reforma social. Y como necesita

de estos hombres los tendrá. Aún corriendo el grave riesgo de escandalizar a los pacatos me atrevo a vaticinar que el Ecuador, más tarde o más temprano tendrá seguramente un indio y un maestro genuinos que se enorgullezcan sinceramente de su sangre y de su profesión y quienes serán los únicos capaces de salvar esta nación en ruinas. La liberación y bienestar de los oprimidos no será obra de señoritos con pujos de aristocracia, sino de auténticos representantes de las clases productoras.



Algún periodista despechado, que aunque ha escrito sobre Sarmiento y lo ha elogiado no ha leído sus obras ni lo conoce en su esencia íntima, me reprochará acaso mañana que he aprovechado la oportunidad para hacer aplicaciones revolucionarias a nuestro medio. Tal vez esté en lo justo. El ejemplo de las grandes acciones de los hombres sirve para utilizar sus enseñanzas. De otra manera no tendría sentido la Historia. En todo caso, téngase en cuenta que me he presentado de frente, que ya es una gran ventaja sobre los escritores que lanzan sus venablos ponzoñosos en las encrucijadas y envueltos en el manto del anónimo. Sarmiento no es ni puede ser un pretexto. Es el hombre de América que más escribió y sobre quién más se ha escrito.

Quito, abril 24 de 1940

PROSAS BREVES

LAGRIMAS Y ROSAS

Para el General de Gaulle

"Era un jardín sonriente" lleno de ensueño y amor, era de aquellos jardines en que se encuentra a Dios. Todo lleno de fuentes, de robles centenarios, de grandes macizos de rosas, de bosques de laurel. Ahí podía el alma buscar la paz interior, pero también el cuerpo podía encontrar el supremo placer de los sentidos que siempre conduce al dolor.

¡Sin placer no hay dolor; sin dolor no hay perfección!

Un día fatídico, aciago, de esos días que, dicen, son para castigo, por las amplias puertas del divino jardín entró un toro furioso, ciego de ira salvaje, y con su pezuña acerada, destruyó, hirió, mató todo lo que a su paso de bestia desenfrenada podía ofrecerle obstáculo. En un rincón del jardín yace el viejo jardinero, llora... Por sus blancos bigotes caen sus lágrimas como último rocío para sus muertas rosas. Adiós bellas rosas de Francia, adiós espléndidos laureles compañeros de juventud, adiós áureas estrellas ganadas en su larga carrera de floricultor. El pobre jardinero enloqueció de dolor al ver así destruído su bello jardín de ensueño y de amor; y en su cerebro envuelto para siempre en las tinieblas del no ser surgió una idea maldita: Pidió la pena de muerte para todos aquellos jóvenes que quisieron defender con nobleza y valor el adorado jardín!

FRANCIA

¡Oh, Francia querida! En la hora suprema de tu gran holocausto es imposible guardar silencio. Las lágrimas saltan pensando en tu agonía y el alma destrozada siente torturas infernales.

¡Francia! Ensueño adorado de todos los que piensan, de todos los que sienten, de todos los que tienen idea de lo bello.

¡Francia! Patria de los hombres libres, de todas las razas, de los que no pueden agachar la frente ante los tiranos, de los que no pueden soportar el látigo de los verdugos del pensamiento.

¡Francia! Tierra pródiga para todos, porque practicas la religión de Cristo y si crepitan en tu suelo los 7 pecados capitales, son vencidos y ahogados por las siete virtudes que en tus lares florecen prodigiosamente. ¡Francia, Francia, quién fuera Dios para salvarte!

INGLATERRA

Inglaterra, la envidia ha clavado en tí sus ojos ponzoñosos, el odio ha creado fuerzas infernales para atacarte; tus hermanas han sido ahogadas en sangre para llegar a tí: tienes que vengarlas.

Inglaterra, te odian porque eres grande, austera, noble; te odian porque mantienes en alto el centro del derecho y la justicia, porque tu palabra empeñada es mantenida como ley escrita.

Inglaterra, reina de los mares por naturaleza, envuelta vives en las eternas brumas que hacen de tí gran señora de la meditación y del hondo pensamiento.

Inglaterra tienes que triunfar, tienes que domar al crimen, tienes que salvar al mundo de la barbarie.

Los hombres que tienen la sangre de tus hijos están obligados a ayudarte para que vuelva a imperar en el mundo la justicia.

Quito, 1941.

HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

EL ECUADOR EN LA NUEVA ERA DEL PANAMERICANISMO

Para hacer bien comprensible y diáfano, hasta en sus últimas consecuencias, el verdadero papel del Ecuador en el concierto de las naciones americanas; para que, en función de éste, realcen y cobren substancialidad valorable los ineludibles deberes cívicos de todo buen ecuatoriano y se acentúen los trazos del perfil ético-político que, a manera de patrón, ha de servirnos desde hoy para identificar seguramente a cuantos se precian de su ecuatorianidad, hace falta conocer los lineamientos fundamentales del americanismo que estamos construyendo, lo cual equivale a definir la situación real de cada país americano y, por ende, la situación exacta del Ecuador, en materia de deberes y derechos, consecuente con las grandes líneas arquitectónicas del americanismo integral. Esa definición o ubicación, tanto más cierta y positiva cuanto que sigue las coordenadas del Derecho Internacional Americano y del propio devenir histórico de nuestras nacionalidades, concederá un valor nuevo, más armonioso, definido y justo, a los conceptos de americanidad y ecuatorianidad, inyectando savia vigorizante a los correlativos sentimientos continentalista y nacionalista.

Dividiré, según estas ideas, mi breve estudio en dos partes: primera, El Americanismo que estamos construyendo, y, segunda, El Ecuador que este Americanismo necesita.

I

El Americanismo que estamos construyendo

"La suerte de América reclama imperiosamente el favor de cuantas almas generosas conocen el precio de la libertad y la justicia", había dicho Bolívar. Pero ese favor invocado por él, en momentos difíciles y confusos, cuando un mundo liberado iba a despertar a una nueva vida para la cual no se preparó bien, ese favor, que también hoy hace falta invocar, sólo puede

venir, ¡entendámoslo bien!, de hombres de América para otros hombres de América, de cada uno para todos en este Continente: y el hombre de América puede hacer extensivo el esfuerzo de cooperación a los hombres de todos los lugares de la tierra que lo reclamen.

Para conocer con exactitud nuestros deberes y situarnos, sin vacilación, en los puestos señalados por las mentes directrices, hace falta saber a qué momento hemos llegado en el desarrollo de ciertas ideas fundamentales que han dado fisonomía propia al Continente Nuevo; qué lugar ocupa nuestro país en ese concierto, y cuál, por tanto, el papel que estamos compelidos a desempeñar individualmente.

La unidad de ideales e intereses, en América, fue concebida hace más de un siglo, sobre los mismos campos de batalla: la Independencia prendió aquel fuego del ideal americanista capaz de resistir, sin apagarse nunca, el turbio oleaje de cien años de sangrientas mascaradas políticas. La llama nacida como sentimiento puro, en lo más hondo de la americanidad viril, durante aquel siglo, nunca bien celebrado, en que el autoctonismo rugía sus últimos estertores, constituyó el primer grito heroico del americanismo instintivo, cuando el glorioso indio, José Gabriel Tupac-Amaru, se irguió entre las llamas del gran incendio libertario que, desde Jujuy hasta el Cuzco, debía abonar con sus cenizas la Gesta del Siglo decisivo; esa llama nacida, repetiré, del instinto y florecida en puro sentimiento, se transmutó en **doctrina**, Doctrina americanista: se enriqueció y perdura como tal, modelando su viviente substancia, a través de las Conferencias Interamericanas. Abundando, aquella doctrina así estructurada, en declaraciones de principios, sugerencias de propósitos, hechos tangibles, aunque aislados, de cooperación; siendo muchas las instituciones, y bien mirados todos los gobiernos que guiaron sus actividades según aquella doctrina, insensiblemente se estructuró el **sistema americanista**, enriqueciendo su contenido doctrinario con fórmulas sintetizadoras de todos los vitales sectores de la actividad colectiva, y dando al antiguo y difuso sentimiento de fraternidad, nacido con la alborada romántica de los Libertadores, un nuevo sentido: el de la defensa recíproca, no impuesta ni dispensada por un protector, como en el monroísmo primitivo, sino acordada por países soberanos, alrededor de una mesa de Conferencias, tal la de Cancilleres de la Habana. Este gran sistema americanista abarca desde la cooperación económica hasta la intelectual, pudiendo, ciertamente, hablarse del Americanismo Político o del Económico, en rápidas

síntesis objetivas. El americanismo no es, por tanto, especulación pura: goza de corporeidad e ideas directrices de gran energía creadora: lo está demostrando al organizar un vasto sistema defensivo militar de emergencia, al que debe seguir otro, de más durable y lejano alcance, basado en condiciones políticas, económicas y sociales suficientes para mantener el equilibrio de un mundo pacífico en marcha.

Resumen: habiéndose originado en aquel puro sentimiento americanista de fraternidad y rebeldía, que llevó al patíbulo a muchos soñadores indígenas y criollos, el primer gran período del americanismo, o sea, el del "americanismo instintivo" —en cuyo fondo hay mucho dolor y amor, heredad y dignidad reclamadas y sangre inocente vertida—; habiéndose escrito, a continuación, juntamente con la agitada historia de los países liberados, las páginas del segundo período del americanismo, es decir, el "americanismo formativo" —plagado de innumerables contradicciones, sarcasmos y utopías—, nos queda por averiguar cómo estamos creando el "americanismo constructivo", el de sólida arquitectura y materiales de realidad, etapa de transición hacia el americanismo integral, meta ambicionada.

Esta fase ha comenzado por dar a la beligerancia una expresión nueva en la tática: forma típica de neutralidad que ampara la ayuda a un elegido por la conciencia pública, y regula esa beligerancia tácita, en lo político y ético, mediante el principio de consulta en paz o guerra; ha dado a la solidaridad un contenido pragmático y eficiente: la ayuda, en condiciones de igualdad de esfuerzos y sacrificio; a la típica doctrina vertebral del americanismo político —la monroísta— le revistió de un nuevo sentido al conseguir que tal doctrina no parezca originarse ya en los intereses de un protector, sino en la seguridad y asentimiento de los asociados.

El americanismo, pues, extiende sus raíces en la hondura del sentimiento, en la ancha historia de nuestras tendencias libertarias, en la realidad geográfica de nuestro Continente limitado por océanos y pleno de riquezas; el sistema americanista, en consecuencia, no puede concretarse sólo "a la promoción de la paz y el comercio mediante la consulta y la cooperación mutuas de las naciones americanas, para el bien de todas"; hay algo más que ese concepto pragmático de medida cuantitativa: hay, en el americanismo integral, la razón de ser de un mundo que aún no desarrolla todas sus posibilidades y que lleva en sí un poder formidable y un devenir histórico incoercible. El americanismo constructivo, ese

período de transición hacia la Nueva Era del Americanismo Integral, se está sirviendo de una brújula que llamaremos el sentido orientador de nuestras culturas, saxo e indoamericanas, y su fin es construir un mundo dinámico de justicia, paz y energía creadora cuyo poder invencible sólo pueda ser dirigido a la obtención del bienestar humano, en lo material, y de su ignoto destino, en lo espiritual.

II

El Ecuador que este Americanismo necesita

Todo lo expuesto nos lleva a una conclusión: En América no deben, no pueden existir y convivir países contaminados por el virus latente de la guerra, a los cuales ciertas clases dirigentes separen y antagonicen sin contemplaciones, empujándolos hacia la visión de un falso porvenir de grandeza imperialista, basado en el despojo de aquellos que se conceptúa débiles, o, de otra parte, hacia el derrotismo, en aras de la fraternidad. América no puede consentir en su entraña problemas similares a los de Europa; no puede tolerar nacionalismos autárquicos y raciales; no concibe la servidumbre de pueblos, ni la usurpación taimada, ni la conquista brutal; el auténtico hombre de América, en nuestros días, sabe lo que significa ser ciudadano de países cuya vida política empezó bajo un mismo signo coordinador de un solo y creciente impulso revolucionario; este hombre tiene la inquietud de los destinos colectivos, no sólo regionales; tiene conciencia de la realidad de un alma americana, plena de aspiraciones y principios concretos y elevados; el ciudadano auténtico de América proclama su seguridad de vivir en un Continente que ha pasado el período de la unidad pasiva, de puro determinismo geográfico, para devenir hacia una etapa de Unidad activa, de conciencia en marcha, etapa de unidad activa que lleva a una reafirmación de autoctonismo; porque lo importante para América no es la posibilidad de imaginarse o de llamarse joven, sino la de sentirse renovada, en pleno goce de su vigor formativo y con conocimiento creciente de su ley de evolución. Sólo puede llamarse americano al hombre que tiene el sentido de convivencia intercontinental, o solidaridad americanista, y cuyas virtudes cívicas más apreciadas sean: la práctica de la paz, el respeto al derecho, el cultivo de la verdad histórica, la defensa de los principios democráticos, el traba-

jo no compulsivo, sino emanado de la conciencia de su deber frente a la inagotable riqueza que le fué dada en las vastas latitudes de su Continente, hoy dividido en parcelas territoriales que sus hermanos sabrán respetar. En América pueden medirse, y diariamente se miden, con instrumentos topográficos y cálculos geodésicos, y pueden valorarse, con métodos geológicos y técnica minera, las dimensiones y riqueza de los territorios para finalidades geográficas y económicas, para estudios y empresas agrícolas, mineras e industriales; pero, jurídica, espiritual y políticamente, no puede hablarse de naciones pequeñas y grandes, débiles y poderosas, ricas y pobres; no puede medirse el derecho por hectáreas, ni pesarse la justicia por toneladas.

Según lo que antecede, ¿cuál es y cuál debe ser la situación del Ecuador en la Nueva Era del Americanismo?

El Ecuador es un país que parece haber perpetrado el renunciamiento casi total de sus derechos, en lo referente a territorios usurpados o en inmotivada disputa, en aras de la paz americana; la verdad es que ha perdido generosamente cuantas oportunidades de arreglo pudo encontrar, buscar o aprovechar, dentro del devenir histórico americano y con ocasión, especialmente, de algunas decisivas Conferencias Intercontinentales. Porque no quisimos dejar caer el pelo en la sopa, con nuestras reclamaciones, durante esas Conferencias, y si, alguna vez, temblorosos y ruborizados, nos atrevimos a semejante aventura, pronto retiramos con ingenua gallardía ese reclamo.

Ahora bien, si han de encarnar vigorosamente en nuestra América los tres principios del **americanismo constructivo**, a saber: la igualdad ante el derecho internacional; la paz fundada en la justicia, y la cooperación interamericana, consagremos simultáneamente estos cuatro preceptos: 1º.—En América, las fronteras continentales a defender empiezan en la frontera patria. 2º.—El ciudadano que no defiende la suya es más culpable de la desarmonía e inseguridad del Continente que cualquier invasor extranjero. 3º.—Todo gobierno desconocedor de los convenios que hayan establecido un statu quo en disputas fronterizas deberá ser considerado por la opinión pública del Continente como traidor al americanismo. 4º.—Debe considerarse adversa, retardataria o simplemente desprovista de sentido para el futuro americano toda Conferencia de carácter general que, de hoy en adelante, reúna a países cuyos problemas fronterizos no han sido resueltos, si la agenda de esas conferencias no establece como

condición previa a la ratificación de tratados, convenios, etc., la **obligatoriedad de someter al arbitraje interamericano los problemas en litigio.**

El Ecuador, patria americana, uncida por los mismos deberes, debería gozar de cuantos privilegios han sido y puedan ser acordados, explícita o implícitamente, a todos los miembros de la Comunidad Americana, en las Conferencias Intercontinentales progresivas y cada vez mejor enteradas de su verdadero papel y responsabilidades, siempre mejor armadas con instrumentos jurídicos, experiencias realistas y procedimientos tácticos. Pero, el ecuatoriano consciente sabe que un aspecto de esta táctica, el político o, por mejor decir, el diplomático, ha exigido de su país una ofrenda demasiado generosa, nunca superada, tal vez, por sus hermanos: la callada resignación, o su contrapartida, la esperanza, la promesa y la vaga alusión matizada de lirismo. Y si aquel ecuatoriano consciente es un buen americano, sabe todo lo que me he permitido recordarle y, con seguridad, opina que no se puede hablar de esa América Unida como de un organismo absolutamente sano y normal, si palpita en alguna región del Hemisferio un cáncer de injusticia, engaño o desdén.

¿Podría hablarse de solidaridad americana si existiera una sombra imperialista rondando las fronteras de algún país del Continente, y si aquella sombra la proyectara precisamente, otro país americano? ¡Imposible! Esto equivaldría a suponer que la moral de Caín ha prosperado tanto que al imponerla sus discípulos la aceptan con agrado sus víctimas. Si todos ahora, en América, se unen para repeler una agresión sólo presentida, ¿no es dable imaginar lo que deberían haber hecho o se propongan hacer nuestros hermanos de América si existiese o fuere presumible la amenaza de un imperialismo autóctono? Lógicamente, esa unión adversa a la conquista de territorios debería surgir tan firme y pronta como la que pretende oponerse a cualquier tentativa de agresión extracontinental. Sin embargo, la actitud de los países americanos no es bien definida en estos asuntos: pretende ampararse en aquel ambiguo principio de la "no intervención de una nación en los asuntos de otra, sean interiores—lo cual me parece bien fundado—o exteriores, según reza una declaración americanista; como si fuera imposible distinguir entre la verdad y la mentira; como si la historia no contuviera suficientes elementos de juicio para seguir la trayectoria del engaño; como si la no intervención frente al atropello fuere una garantía para los neutrales. La neutralidad así

comprendida ampara por igual derechos nobilísimos y egoístimos inconfesables; el **neuter animus**, esa actitud tolerante con todos los desafueros, mientras no atañen al prudente mortal de las persianas corridas, que ha hecho promesa de mirar sin intervenir cómo un agresor desvalija y asesina a un transeúnte pacífico y, tal vez, débil —y en América, el neutral comete fratricidio, si el desvalijado y el desvalijador son americanos—; esa neutralidad no favorece al débil; pero alienta, e incluso insolenta, y asegura al fuerte.

¿Prosperará, como consecuencia de tal doctrina, algún imperialismo autóctono? La respuesta nos empuja a la dubitación; la respuesta se retuerce en algunos labios, vacila y se disfraza; se esconde en otros como avergonzada; pero en algunos se convierte en grito de angustia y de protesta, obligando a fruncir el entrecejo a esos hombres de sensibilidad tan delicada que no soportan la verdad, porque interrumpe la buena digestión, hombres discretos que quieren una verdad discreta, es decir, más falsa y peligrosa que la mentira, pues siempre la verdad pura es deslumbrante y sonora; tiene un eco prolongado que va hasta el fondo de las conciencias, y no todos los hombres gustan de ser incomodados en el fondo de su conciencia.

Entre este caos de vacilaciones, conjeturas, protestas, juramentos y rectificaciones de ciertas Cancillerías de América, surge la voz de un estadista americano, como un ángelus de paz, y tocando fondo en el problema del futuro continental basado en la convivencia, habiendo visto lo que otros no pudieron ver, o no estuvieron en potencia de decir, o habiéndolo dicho no lograron realizar, da una campanada brillante como la luz de los trópicos y armoniosa como la serenidad de las alturas andinas, al invitar a una conferencia de justicia y de paz: la Conferencia Amazónica. Ha sonado la hora de saber no si han existido y existen países imperialistas en América, pues la historia ya ha dado su respuesta afirmativa, sino hasta cuándo serán toleradas las tendencias imperialistas, si aún quieren prosperar. Por el momento, el más grande de los países amazónicos, el Brasil, demuestra tener su organismo vacunado contra el virus imperialista. La actitud de los otros países amazónicos —Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela— permitirá a todos los hombres de América conocer la respuesta precisa a la siguiente pregunta: ¿Quiere prosperar en el Continente algún país por métodos imperialistas?

La defensa del Continente y su progreso cultural presuponen la realización de una armonía inalterable, la desaparición

ción definitiva de toda causa que pudiera enturbiar las buenas relaciones entre los asociados. Inadmisibile, por ejemplo, la hipótesis de que hayan países americanos indiferentes a la valiosa invitación del Presidente Vargas; imposible que algún país americano se resista a descubrir sus cartas de juego en la mesa de la Conferencia, si es uno de los países directamente interesados; inadmisibile, también, que el Ecuador no estuviera representado, con voz y voto, para la aplicación de sus derechos, los mismos derechos que consagró el pasado, reconoce el presente y exige el porvenir. Si nunca, hasta hoy, una Conferencia Interamericana, total o regional, ha querido o aceptado ser lugar propicio para dilucidaciones de derecho y arreglos fronterizos, ¿cuál es, ha sido o será ese lugar feliz? Acaso el de la geografía bíblica, el valle de la resurrección de los muertos en el día del Gran Juicio? ¿No son buenos todos los sitios y magníficas todas las oportunidades para ser sinceros y dar a cada uno lo que le corresponde?

La Nueva Era del Americanismo exige que, una vez resueltas estas cuestiones previas, nos elevemos hacia una más alta concepción del futuro americano. Conservemos para ello las instituciones democráticas del liberalismo pragmático; luchemos por ellas, si hace falta, para alcanzar dos resultados: primero, la conservación de nuestra propia vida, de nuestra personalidad humana, dignificada por la libertad, y, segundo, el hallazgo del camino más corto hacia el mundo del liberalismo ideal, más justiciero; pues las mismas ideas totalitarias, y todas las formas de dictaduras de clase son, a mi juicio, largos rodeos que algunos teorizantes dan para alcanzar un mismo fin: la libertad del hombre y su dicha. Sólo que, paradójicamente, guiados por la teoría y la razón, por la crítica y la valoración cuantitativa, sin permitir que hablen los sentimientos y la conciencia, empiezan por esclavizar a los hombres más fuerte y despiadadamente que nunca, sin que nadie sepa —ni los mismos dictadores, aguijoneados por resentimientos ancestrales— hasta donde alcanzará esa esclavitud de nuevo tipo y cuando concluirá.

Indudablemente, la libertad es el módulo que conviene al hombre de América, esa libertad automáticamente limitada por la de los demás; esa libertad que halla su goce limitándose voluntariamente para el servicio humano, libertad del que quiere servir para ser mejor servido, del que quiere dar y no absorber, del que se impone deberes y no abusa de los derechos; pero siempre conservando la capacidad de determinación, la capacidad de decidirse por los medios y de seleccio-

nar los fines; conservando el derecho a que no se le considere una cifra, una rueda o un galeote.

Mis palabras finales van a referirse a un tema bautizable, simplemente, con el título de "El patriotismo y la cordura", tema digno de meditación hasta para el más optimista de los ciudadanos, tema que brinda un acertijo. En aquellos países cuya debilidad material alcanzó extremos alarmantes, debido a causas muy complejas, la debilidad moral crece en proporción geométrica y algo más. Al pronto, no es posible distinguir el punto de partida de este círculo vicioso, convertido en espiral descendente: la debilidad material parece agudizar la debilidad moral, y resulta que la debilidad moral agrava la material, alternativa e indefinidamente. ¿Qué importa si concedemos primacía a una de ellas? Es el problema de la gallina y el huevo. Lo que importa son los resultados, los hechos.

Ahora, el acertijo: nadie pone en duda que tenemos algo por reclamar y algo por concluir en el escenario de América; nos dicen que el patriotismo consiste en ser prudentes para alcanzar lo deseado. No podemos acudir al ágora: la plaza pública ya no está de moda y tiene sus peligros; el mismo diálogo en la vida privada tiene sus peligros: hay que preferir el soliloquio. Debemos callar; nos hemos callado. ¿Dónde surgirán los intérpretes generosos de nuestro gran silencio?

Pero antes de declararnos vencidos por la debilidad, ecuatorianos, confesémonos autores de ingentes sacrificios por la paz de América, y culpables de tanto silencio, y pidamos, para beneficio de todos y orgullo del Continente, que el último vestigio de injusticia, herencia de los instintos depredatorios asiáticos y europeos, naufrague en el ocaso de Occidente, junto con las podridas naves de la cultura europea y sus idearios, y que un gran país amazónico del sur, nuestro vecino, responda noblemente a la voz clara y serena de los hombres de buena voluntad americanos.

Quito, 1940.

JUAN PABLO MUÑOZ SANZ.

B E N I G N O M A L O

Párrafos leídos en la fiesta del Patrono del
Colegio "Benigno Malo" de Cuenca, 1940.

De las viejas galerías de nuestro pasado cuelgan los tapices de nuestros valores nacionales.

Unos, aquellos cuya trama no fue sino enharinada hilacha de la ingenuidad o del servilismo, cayeron ya, en digestiones de polilla. Pero los otros, los de materiales valiosos de criterio y justicia, allí están, intactos, incitando, con sus figuras de otros días, los intereses de nuestra curiosidad y de nuestra reflexión.

Tales los hechos de la vida del varón con cuyo nombre se personaliza este Instituto.

Benigno Malo fue hombre de valía. De efectiva valía dentro del concepto cívico. Ya éste es un respiro de satisfacción, para quienes se proponen decir la verdad a todo trance, lejos del compromiso de alquilar festones para la fiesta cívica o para el rito fúnebre del entierro de próceres.

Benigno Malo: Un personaje cívico.

Con una sana sonrisa, con aquella con que presenciamos el atarse y desatarse de los negocios infantiles, acerquémonos a nuestra sociedad de 1835, patriarcal, ingenua, envalentada con su gorro frigio nuevecito de República flamante. Con su gorro frigio, tanto más enhiesto, cuanto que, por esas fechas, se había logrado derribar al Padre de la Patria, el General de los militarismos, de las donosas arbitrariedades y de los derroches mariscalescos de los escasos fondos de casa.

Nuestra ciudad de Cuenca, la segunda de la Sierra, émula, por lo tanto, de la capital, la del primer grito, ante la cual no podía quedarse atrás, ya había hecho la experiencia con Vicente Solano de la dimensión a que podían alcanzar sus hijos, andaba pues, como pueblo principiante, a caza de glorias con que urdir su abolengo; de ahí que, con el ojo avizor del padre que atisba las primeras gracias del primogénito, su mirada no podía haberse apartado de los hombres que daban señas de salientes en el terruño, siguiendo cuidadosamente sus pasos, con el afán de inscribirlos en su cuadro de honor.

Este comienzo de actuación de los pueblos ventajosa etapa es para que las virtudes de sus hombres puedan ser reconocidas; pero peligrosa para la perdurabilidad de su fama; pues allí las virtudes privadas suelen ser confundidas con las virtudes públicas; y la necesidad de la expresión oral y escrita de la ciudadanía suele ser confundida con la obra de género literario, con aquella labor que es genuino producto del arte.

De allí es que tengamos muchas veces que preguntar, no por mera intención demoladora, ni tampoco por el prurito de echar a morder los canes de la ironía, sino por el justo afán de crisol, por el interés mismo del desarrollo de la crítica literaria, ¿dónde están las obras de esos hombres que llegan hasta nosotros con la fama de geniales?

Si fueron literatos profundos ¿dónde sus teorías sobre el arte? Dónde una corriente literaria genuina que hubiese seguido sus banderas?

Si fueron insignes oradores, ¿cómo se han salvado de sus arengas vibrantes tantos Catilinas de nuestra historia?

Siquiera Guillermo Franco, el traidor de traidores, el tratante con el Perú, encontró quien, con el criterio y la latinidad de ese tiempo le preguntara: ¿hasta cuándo, Jefe Supremo, no marchas por tus propios pasos al patíbulo?

Si esos hombres, que nos llegan con la fama de geniales, fueron tan sabios políticos ¿por qué ese oleaje de Asambleas y Constituciones de la República? . . . ¿A qué tanto movimiento sísmico, imponente en la naturaleza, jocoso en la vida constitucional? . . .

¿No será, más bien que el pasado se burla de nosotros, pasándonos una factura de ínclitos, perínclitos y superlativos? . . .

¿Cómo llegar nosotros a esa altura? . . . ¿Cómo reproducir un delirio sobre tantos Chimborazos?

¿O es exclusivo de nuestra literatura, eso de galantear a los hombres?

Hemos de comprender, señores, que, para mi débil juicio, una sociedad incipiente, como la nuestra de esa época, tenía que estar ávida de guías, hambreada de maestros; y que el concepto de intelectualidad, de hombre de letras, de hombre de ciencia, deteníase allí, donde un hombre podía desempeñar la cátedra de un seminario o de una universidad, donde podía ponerse al frente de una docencia cívica, encauzando la opinión pública, donde podía ocupar una curul para discernir los intereses de la nación o de la localidad.

Esta era la grandeza intelectual de ese tiempo. La del

hombre bachiller y doctor. Cubicada por la cátedra, por el parlamento, por la columna periodística, por el alegato del foro.

Además una sociedad, en sus comienzos, es simplista: no puede separar al hombre del intelectual, ni menos del artista. El mérito moral, el mérito cívico se suma a la capacidad intelectual, se sobrepone a ella, y da el total de gran hombre, sin poderse apreciar exactamente hasta dónde llega lo moral, y hasta dónde llega lo intelectual.

Por eso a nuestros hombres del pasado de Cuenca, en ese lapso de formación, salvo Fray Vicente Solano, habremos de mirarlos así, en lo tocante a su valía: como un conjunto humano, como un valor cívico, como una fuerza de estructuración social.

El pueblo, tomando esta expresión en sentido democrático, los ha acaparado, los ha inhibido, los ha transformado en glándula de su organismo. Por ellos ha vivido, y cuando le han faltado, ha sufrido los efectos de una alteración de su fisiología grupal.

De allí su gratitud, de allí sus hipérboles, de allí la tendencia, siempre repetida, de los pueblos de creerse semidioses. Y estos semidioses son los que realmente han sido para el pueblo el aire, la lluvia, el sol.

Para el pueblo en sentido democrático, repito; no para el pueblo proletario, para quien eran lejanos este aire, esta lluvia, este sol.

Naturalmente que un hombre del pasado, en el Ecuador, no podía ser el hombre para el pueblo proletario.

Así, tan de cerca absorbido el hombre mental por la sociedad que lo utiliza en la gestión pública, queda enclavada su trayectoria espiritual: el arte, ni aún el arte por la sociedad, ya no le circundará de sus prestigios, ni le brindará sus deleites.

Este hombre ha perdido el tren, ha perdido la hora para el taller donde se teje la belleza. Y para la usina, donde se elabora la ciencia. Aquí su sacrificio. Aquí su gloria entre los suyos. Porque es una gloria dar su vida por los intereses de los suyos, de los de su medio y de su clase. Y es dar la vida, darla en lo que ésta tiene de más noble: la vida de las más altas facultades del espíritu.

Tal el caso de Benigno Malo, el varón secuestrado por las necesidades de su patria incipiente, para exigirle, en rescate, todo el precio de su alta mentalidad, de su noble y recto carácter, en mucho ajeno a los castillos en el aire de nuestra

raza, de su clara intuición, de su don de videncia de nuestros negocios públicos en las distancias del porvenir.

Y época era la de Malo, en que alboreaba la teoría romántica del arte por el arte, del arte independiente, de la ciencia por la ciencia, que, aunque errada por su enfurruñado individualismo, no dejaba de ser un fruto de tentación. Benigno Malo desechó sus seducciones, y su pluma, de una elegancia evidente, de un estilo vivo, emocionante y colorido, en traje de arte, en suma, como puede comprobarlo cualquiera persona de buen gusto que leyese los artículos periodísticos que de él nos quedan, se ocupó únicamente del rol de apoderado de su patria, en lo que ésta representaba de más puro, de severas convicciones y actitudes republicanas.

Tanto es verdad que la pluma de Benigno Malo deleitaba, además de dirigir y enseñar, que esta convicción se había infiltrado aún en la masa de sus conciudadanos. Un honorable anciano que había sido de esa época, don David Díaz Mosquera, admirador del doctor Malo, me decía: "Hubiésemos querido, en Cuenca, proveer al doctor Malo de todo recurso, y librarlo de toda preocupación, para tenerlo en su gabinete escribiendo."

Aparte de sus exposiciones como magistrado y diplomático, donde campea esa elocución castigada del neoclasicismo, que fue la vestidura del romanticismo en crecimiento de las letras españolas de esa época, Benigno Malo cultivó la biografía, género muy adentro de los linderos del arte, pues requiere la fantasía intuitiva y reconstructiva de los hombres y de los tiempos; e interpretó también el sereno discurrir de las virtuosas sombras de Elíseo, con posible reminiscencia de los **Diálogos de los muertos**, de Luciano, de Fenelón y de Fontenelle, ya que en Cuenca en las aulas del seminario, la formación literaria debía de haberse tomado, sin intermedios, de la antigüedad y de los siglos de oro español y francés.

Las exposiciones de Malo superan la necesidad del documento público, y circula por ellas uno como calor de unción patriótica, de entusiasmo ciudadano, que pintan, con expresión, al hombre enamorado ferviente del bien público. Al patricio en el sentido romano de tutor de la patria, al hombre que, dentro del estado tradicional, se lo imagina llevando la blanca toga consular, en espera de la otra vestidura blanca: la del mármol.

Culpa es de los hombres de su época o de los que le siguieron inmediatamente, que no nos hayan hecho conocer mejor a Benigno Malo en estudios atinados y discretos. Luis

Cordero cantó su ditirambo; pero la lírica exalta, no explica; y las generaciones actuales necesitamos, ante todo, de una explicación.

Que difícilmente podemos dárnosla, por nosotros mismos, los hombres de hoy; no precisamente por dificultades de distancias en el tiempo, sino por alejamiento en la ideología y el concepto.

Queda como un monumento para Malo: el estudio acerca de él de un hombre de su clase y de su idea social: Remigio Crespo Toral, estudio no concluído, en lo publicado, y en el que hemos de reconocer una elevada intención de emitir un veredicto justiciero, que, unida a un discernimiento sagaz, escudriñador y sereno, acaba por convencernos, por persuadirnos, del innegable valer de Malo, dentro de la sociedad tradicional.

Por mi parte creo también sinceramente en la valía del doctor Benigno Malo; y al penetrar en este Colegio, bajo la portada de su nombre sin tacha, dejo que mi pensamiento se incline con respeto ante varón tan justo, y pienso en cómo debiéramos ser así, sin tacha, los educadores de la juventud.

Cuenca.

MANUEL M. MUÑOZ CUEVA

ALFONSO MORENO MORA

Alfonso Moreno-Mora nació en Cuenca el 21 de abril de 1890 y murió en su ciudad natal el 1º de abril de 1940. Se diría que el otoño, estación en que nace y muere el poeta, puso en su alma su signo doloroso. Alma otoñal es la suya; el frío agosta sus jardines interiores, que se sumen en letargo, ansiando una nueva primavera que jamás llega con su sol ni con sus cielos azules. Días grises, neblinas que velan los horizontes, lluvias que caen monótonas e interminables, sol que se oculta tenaz en nubes cenicientas, he ahí el desolado paisaje interior de su alma. Sus ojos ven todo a través de un tenue velo de lágrimas. Por más que brille el colorido de sus poemas, por más que se exalte su sensualidad, hay un ingrátido vaho de llanto en ellos, como la pátina que cubre bronce gloriosos. *Lacrimae animae... Lacrimae rerum...* pudieran llamarse sus poemas subjetivos y objetivos. Llanto del alma, de un alma otoñada por el dolor, en cuyos ámbitos ambulan fantasmas de lo pasado, hollando musgos, en ambiente de silencio y de evocación... Llanto de las cosas, de aquellas cosas que cobran alma y voz con la presencia de almas de ensueño y de pasión; llanto de las cosas que pasan, como todo, a los abismos de la nada, tristes de recuerdos, grávidos de símbolos...

Desde la infancia, el alma del poeta se encanta con la vida plácida, natural y sencilla del campo, en las cortas temporadas de vacaciones, y atesora sus vivencias que más tarde darán a su poesía la ingenuidad, el colorido y la hermosa apariencia de la naturaleza.

Al margen de toda escuela literaria, su poesía es la natural y humana de todos los siglos y de todas las sociedades. Es del linaje de los poetas homéridas, como los llama Pierre Lasserre, de aquellos poetas que cantan lo verdadero y eterno de la naturaleza y del alma humana. En las primeras décadas de nuestro siglo, en que el poeta le tocó vivir, llegaban hasta nosotros, como vientos contrarios, como en interferencia de ondas hertzianas, las voces del simbolismo y decadentismo, del humanismo, naturismo y arte social. El poeta, quizá sin quererlo, guiado sólo por su inclinación natural y por

su sinceridad, se tapó nuevo Ulises, los oídos para atravesar el mar del arte, atento únicamente a sus voces interiores. Y así su poesía, si es moderna por el laconismo de su estilo, por su sensibilidad profunda, por la sencillez de sus temas, por aquella honda vibración humana y natural, todo dentro de una expresión viva y de una forma límpida y artística, es personal, con propio y original sello suyo. Es ante todo y sobre todo un poeta homérica.

Cada poeta, cuando lo es verdaderamente, trae en su canto una voz original. La emoción nueva no está en la explotación de lo raro, artificioso, malsano, extravagante, monstruoso o antinatural, está sencillamente en el fondo de cada temperamento, de cada personalidad. La poesía, como expresión de ello, es algo individual y singular en cada poeta. Todo poeta es un caso único dentro de la literatura universal.

De acuerdo con los postulados de la psicología individual, no cabe la esquematización de una tipología concreta y reducida; el mundo de las almas es tan vasto como el de los seres y de las cosas. Mal se podría afirmar que este poeta fue exclusivamente un extravertido, pues si su tendencia principal fue la inclinación al mundo exterior, el amor de la naturaleza, en íntima y natural relación con ella, y al expresar en el arte todas sus vivencias lo hizo sin deformar sus sensaciones, impresiones, emociones e ideas, a través de un yo dominante y narcisista; hay, no obstante, momentos en que su reacción, frente a lo inconsciente, se inclina a la introversión. De aquí que su poesía, si objetiva de modo predominante, es también subjetiva. Aun más, por una especie de armoniosa mezcla de estas dos clases de reacción, tanto su poesía objetiva como su poesía subjetiva no son exclusivamente tales. Aquella no tiene el fondo frío de la poesía parnasiana, sino uno cálido de lirismo, como una corriente subterránea que dejara entreoír sus voces recónditas y veladas. Y es que su entonación rítmica interior acompaña, como en melopea, a su verso. Así la modalidad de su temperamento y carácter emotivos, con predominio de la telegonía afectiva, nos da la clave de su poesía sentimental. En ella no encontraremos las pasiones, ni las inquietudes, ni los tormentos propios del poeta que se recoge en introspecciones para sentir exacerbadamente la vida interior y torturarse con el análisis de la conciencia, sino la intuición vital, la emoción delicada y melancólica, la tristeza noble por sincera, la visión colorida de la apariencia de la naturaleza.

En dos clases se puede dividir y ordenar sus poemas: elegías y bucólicas, en un vasto sentido moderno. La primera pertenece a su juventud, la segunda a su madurez, aunque no de modo excluyente. En este orden mismo se ve el proceso natural de sus creaciones artísticas, frutos genuinos de su estación. La juventud no es la edad feliz, como creen inteligencias sencillas; es la más penosa de la vida por su misma exuberancia vital, por la virginidad de su sensibilidad, por el desbordamiento de su imaginación, por su cándida inexperiencia; entonces es cuando brotan sueños y deseos que, al chocar con la realidad de la vida, rompen las alas del alma, que cae en desolaciones y desencantos, en dudas y pesimismo.

Su primer amor, un amor suave y triste, tímido y sentimental, deja en su alma sólo un recuerdo, una nostalgia de amor, un pesar de lo que pudo haber sido y no fue. Este amor, destrozado por el odio, sepulta en las profundidades de su alma un cúmulo de vivencias que más tarde, en las reacciones psíquicas de su vida, constituirán algo así como un **complejo de nostalgia** que dará a ellas su tonalidad dolorosa.

Nada hay tan potente en el alma humana como la influencia de la memoria; ésta es el eje de toda la vida intelectual y afectiva, y, al hundir los recuerdos, ideas y emociones en sus limbos, se vuelve el misterioso laboratorio en donde se elaboran ideas y sentimientos, ensueños y aspiraciones que, al proyectarse en la conciencia y al combinarse con el nuevo contenido de ésta, originan reacciones que llevan una fuerte tonalidad de lo vivido, pasado y aun olvidado. Bien pudiera decirse que todo lo intelectual y afectivo que se presenta en el devenir de la vida son hilos que se entretajan con la trama oscura de las primeras vivencias de lo pasado, para hacer la tela brillante y colorida de la vida actual y futura. La vida afectiva e intelectual es como una sonata cuya melodía viene de lo pasado. Tal vida está así profundamente impregnada de lo pasado. Es éste un fenómeno psíquico que pudiera llamarse **telegonía afectiva**. ¡Cuántos sueños e ideas, deseos y sentimientos nacen en la conciencia impregnados con los caracteres de tendencias, disposiciones y estados afectivos latentes en la subconciencia! La telegonía afectiva —memoria afectiva que decía Ribot— es de poderosa influencia en toda la vida intelectual y afectiva, y da la tonalidad a muchas reacciones del pensamiento, del sentimiento y aun de la voluntad.

Este poeta, de acentuada telegonía afectiva, es, así, ante

todo y sobre todo el poeta de la nostalgia. La idea y el sentimiento del bien perdido, al irrumpir en su conciencia, ya clara, ya obscuramente, dan esa tonalidad de nostalgia, cálida tonalidad afectiva, a todos sus sentimientos, ideas y voliciones. Nostalgia hay en su sentimiento amoroso, en su sentimiento de la naturaleza, en su sentimiento religioso, en su mismo sentimiento vital. Su alma, esponja embebida de nostalgia, proyecta su complejo en todo lo que cae bajo sus sentidos, bajo sus afectos, bajo sus ideas, formando aquella melancólica constelación del recuerdo y de las nuevas vivencias, temblorosas estrellas sobre fondo cerúleo.

En su misma poesía objetiva, en los idilios y églogas de su último libro, **A la Sombra del Recuerdo** es el complejo de nostalgia que al poeta, transido de los sinsabores y arideces de la vida, lo lleva al campo, en alas de la imaginación, a la heredad paterna, al amor de la naturaleza, en busca de paz, de sosiego, de la felicidad nunca hallada, y pone una tonalidad afectiva de evocaciones y recuerdos lejanos en el fondo, cálido así, de aquellos cuadros de la vida campesina y nemorosa, ricos de colorido claroscuro, trazados con rasgos vagarosos. Maravillosa es su memoria visual. Todos estos cuadros llenos de vitalidad y movimiento, pintados con intuición pintoresca, con paleta rica de colores móviles, con un profundo sentido del paisaje y de la apariencia de las cosas, son hechos al cabo de muchos años de ausencia de la heredad paterna. Aquella hacienda, que con sus paisajes evoca las montañas de Suiza, es él quien con su amor — el amor de la naturaleza fue tal vez el más grande y profundo de sus amores — la ilumina, le da vida y armonía, y la incorpora al arte. Sobre estos idilios y églogas flota, como neblina en los campos otoñales, un vaporoso espíritu de nostalgia. En el fondo de la vocación de este poeta hubo un gran pintor del Barroco.

Este profundo complejo de nostalgia es el secreto **leitmotiv** de toda su poesía y lo que da un sentido latente y doloroso, no sólo a su vida, sino a su misma expresión estetizada en el arte.

Este poeta es uno de los casos raros entre nosotros de perseverancia en el arte. Desde su adolescencia hasta el último día de su muerte no hace sino crear y crear obra de poesía. Crear, muchas veces, para, en momentos de desencanto del arte y de la belleza, consumir en el fuego a estas criaturas, hermosas hijas de su estesia dolorosa. Y triste es saber que el resorte del arte es una aspiración de redención de la

vida amarga y de la realidad dura y cruel, mediante la inmersión en una vida amable del ensueño y en una realidad más profunda que se lleva en el fondo del alma.

En el secreto de su psique dolorida fue este poeta un desencantado de todo, un inconforme con la realidad de la vida. Con la sangre que manaba de la herida "que los negros serafines le habían hecho en el fondo del corazón" escribía y escribía sus bellos e inmortales poemas saturnianos, hasta que una mañana de otoño, triste como su vida, su corazón enfermo y transido no pudo ya latir más. Ante la sensación extraña tal vez el poeta se preguntaría como Musset:

Pourquoi mon coeur bat-il si vite?
 Qu' ai-je donc en moi qui s' agite
 Dont je me sens épouvanté?
 Ne frappe-t-on pas á ma porte?
 Pourquoi ma lampe á demi morte
 M' éblouit-elle de clarté?
 Dieu puissant! tout mon coeur frissonne.
 Qui vient? qui m' appelle?...

Y era la muerte, que golpeaba a su puerta. La muerte, que, con su pálida y fría mano, detuvo para siempre la clesidra de su corazón.

Cuenca.

P O E M A S D E ALFONSO MORENO MORA

EL CICLO TRAGICO Y VULGAR

Mamó leche de penas, creció en el sobresalto
del pan que ya se acaba; pasó por un invierno,
esos fríos inviernos de lágrimas, y, falto
de ritmo, una mañana desvióse a lo eterno.

La madre, como todas las madres de la tierra,
lloróle al pobre niño lágrimas dolorosas;
luego, todo como antes, el corazón en guerra,
sombria la vivienda y en desorden las cosas...

Sólo que, a los dos meses, un nuevo ser había
en la abrigada celda que el niño nueve meses
habitó sin cuidado y sin melancolía...

Sacaron los pañales por otra vez, y en años
prolíficos y duros de crueles desengaños,
la misma escena trágica sucedió muchas veces...

LA NOCHE MISTICA Y LUNADA

Así como los trigos en la buena estación
salen de entre los surcos y se elevan, así
la sombra en esta noche, milagrosa eclosión
de granadas espigas que se alzan hasta mí.

Y así como los trigos vanse tornando rubios,
la sombra, con la luna, se vuelve claridad;
y así como en las eras, en la sombra hay efluvios
donde domina el soplo de la divinidad.

Noche lunada y mística, desde que atardeció,
cuidando que mi planta no dañe ni una espiga,
por místicos trigales nos vamos Dios y yo.

Oh sombra misteriosa, oh sabio dialogar,
el estanque de mi alma llena la mano amiga
de Dios, que me habla y me oye en la calma lunar.

MI PADRE

La soledad del campo estaba llena
de voces para su alma sensitiva,
que cultivó, como una planta viva,
el rosal milagroso de la pena.

Serenidad y amor hubo en sus lares,
el silencio y la paz fueron su encanto;
tranquilo en el dolor, alma de santo,
no lloró ni maldijo en los pesares...

El campo fué su biblia; su fortuna,
mirar en el jardín, blanco de luna,
fuente y flores de vestes vaporosas...

Alma clara y vibrante como lampo
de luz, al irse fué dejando el campo
tibio y lleno de flores olorosas...

EL MANANTIAL

Fuente de agua formada de cristales
que fluyen de la roca todo el día,
y en blanda, arrulladora melodía
van cayendo en la alberca, musicales.

Crece lama verdosa en los cantiles;
chillan bajo del agua los batracios,
y ocultos en sus líquidos palacios
dan lección de marimba los reptiles.

Una india llena el cántaro de limo,
tomando el agua con gracioso mimo
y ritmo y lentitud samaritanos;

tapa con menta el ánfora repleta,
la sostiene en el hombro con las manos
y se pierde en la senda recoleta.

LOS GANSOS

Con alegres graznidos de albedrío,
sacudiendo las alas, de puntillas,
saltan al agua y como blancas quillas
hienden sus pechos el cristal del río.

Dos machos con sus hembras retrazados
se quedan a la orilla, entre abedules;
se aquieta la onda y, en su espejo, azules
aparecen los gansos reflejados.

Una hembra se zambulle en el remanso
y va a flotar, sumisa, bajo un ganso
que abre al instante promisoras alas;

brinca el líquido en chorros de colores,
y en el lecho feliz de esos amores
borda la espuma sus nupciales galas.

ALBA CAMPESINA

Primer lampo de sol; vaga penumbra
que se oscurece más bajo los pinos;
brillan las frondas, el confín se alumbra
y se pueblan los árboles de trinos.

Los caballos, inmóviles, aún tienen
la solemne actitud que el sueño presta,
y dentro el claro oscuro se mantienen
tal una mancha de color bien puesta.

Crece la claridad; la luz, brillante,
de efectos rembrandtescos, y, rasante,
va a quebrarse en los próximos alcores.

La casa azul y blanca; leve sombra
que se tiende en le suelo, como alfombra,
pavos reales la esmaltan de colores.

CLARIDAD

Pasó la tempestad... La gleba aroma,
hay un tenue vapor que se levanta,
arrulla en el alero una paloma,
en la flecha de un pino un ave canta.

Risueña luz aclara los caminos,
se tornasola el verde de los prados,
del húmedo maizal irrumpen trinos
y hay espirales de humo en los tejados.

¡Cómo se alegra el alma! ¡Cómo el pecho
se expande de quietud y de confianza!
Se ha tendido el arcoiris, y del techo

se escurre la postrer gota de lluvia.
Nace sol en el alma, la esperanza
ríe en la cumbre violeta y rubia.

PLACIDEZ

Cauce de paz, de agua invisible y mansa,
esta senda orillada de bardales,
donde es dulce vagar con la esperanza
de largos días de quietud iguales...

La luz, como el brochazo postrimero
de una paleta rica de colores,
dora la tierra parda del otero
y en el poniente se desangra en flores.

Aladas serpentinas, los gorriones
van de un lado a otro lado del camino,
de claridad bañando sus plumones.

Los follajes se mecen con dulzura,
y, de la tarde tibia en la hermosura,
florece mansedumbre mi destino...

M. A N U E L J. C A L L E

I

La historia del periodismo ecuatoriano es todavía poco extensa y su mayor actividad no data de muchos años a esta parte. Hasta 1895 únicamente Guayaquil contaba con publicaciones diarias de sólida existencia, tales como el Diario de Avisos, El Grito del Pueblo y El Telégrafo que aun subsiste en plena labor, fecunda y patriótica; mas, en cuanto a Quito, bien se puede sostener que El Comercio, por su vigorosa y ya larga vida, ha sido el verdadero fundador del diarismo capitalino. En las demás ciudades nuestras, no se establecen hasta hoy empresas editoras de importancia, lo que quiere decir que andamos rezagados en esta materia de singular significación. Publicaciones efímeras y ocasionales y mantenidas a grandes esfuerzos de sus redactores, sí han aparecido de vez en cuando en momentos agitados de la vida nacional; pero, desgraciadamente, no lograron estabilizarse, ya por falta de auxilios económicos, ya porque se las creyera innecesarias una vez concluída su labor en pro de tal o cual causa política que culminara con el triunfo o feneciera con la derrota.

Sea de ello lo que fuere, la obra del pensamiento escrito ha sido entre nosotros interesante y recomendable, supuesto que ha girado siempre sobre el eje de sinceras y nobles aspiraciones. Desde Don Francisco Eugenio Santa Cruz y Espejo, el gran quiteño cuya memoria veneramos, el punto de mira de nuestros publicistas ha sido invariablemente la defensa de la libertad y los principios democráticos, en los diversos bandos militantes, según el aspecto y el criterio con que juzgaran estos los graves problemas de interés público.

Literatos de reconocido mérito han tomado sobre sí, aunque transitoriamente, la delicada misión del periodista luchador, de manera que, si hiciéramos el recuento minucioso de los ciudadanos que para ese efecto empuñaron la pluma, no hay duda que sería numerosa y brillante la nómina que formaríamos de ellos; mas, preguntamos ¿todos esos exponentes de la intelectualidad fueron periodistas profesionales? Entendemos que no: poetas, novelistas, historiadores y filó-

sofos, se destacan en el género de sus inclinaciones naturales y sólo asumen el papel de periodistas en circunstancias especialísimas y momentáneas. A su vez el periodista de vocación tiene como único ensueño la propaganda de las ideas por medio del periódico; de ahí que podemos decir —lo mismo que del poeta— que el periodista nace y no se hace. Cuando los gobiernos han tratado de establecer en la Universidad Central una facultad de periodismo, hemos pensado en lo infructuoso de tal empeño, si los agregados a ese nuevo ramo universitario no tuvieren las singulares dotes que posee el verdadero periodista, como gracia exclusiva de la naturaleza. Al efecto, no sólo se requiere la espontaneidad en el manejo de la pluma, más aún, ciertas cualidades de espíritu que no siempre asisten a los escritores en general. Abnegación, constancia en el trabajo, valor para afrontar los sinsabores de la faena, altivez para mirar de frente y erguida la cabeza a los secuaces de la tiranía y sobre todo, amor, intenso amor a la difícil carrera, son virtudes que no se conquistan en las aulas, si acaso estas virtudes no han nacido con el hombre.



En el Ecuador han prevalecido algunos periodistas de vocación, de reconocida valía; pero creemos que la figura de Manuel J. Calle, como paladín de la Prensa, se destaca luminosa y triunfadora entre los más notables escritores latino-americanos.

Espíritu fuerte, nacido para la lucha y el generoso sacrificio de sí mismo en aras de patrióticos ideales, consagró su pluma desafiante y acometedora como pocas, a la defensa de la democracia. Y la defendió heroicamente, lealmente, sin claudicaciones, salvedades interesadas ni reveses, hasta el último instante de su existencia combatida y triste. Su adhesión al Liberalismo era altiva y firme, porque tenía la certeza de que sólo el programa —debidamente cumplido— de esta gran entidad política haría la felicidad de la nación. "Por lo demás —dijo alguna vez— yo sí tengo fe en el liberalismo, no obstante las quiebras del partido que en el Ecuador se ampara con su nombre; y la tengo, porque creo en la evolución del progreso y en la finalidad de las colectividades humanas que no han envejecido. Que se ha adelantado inmensamente, (gracias al liberalismo) ningún ecuatoriano lo podrá negar y se admirarían los hombres de la generación anterior, si, sa-

liendo de sus huesas, advirtiesen cuánto hemos variado en todo sentido."

Aún no se le hace debida justicia a Manuel J. Calle, porque perduran no pocas heridas abiertas por él en los pechos de notables personajes que escribieron su propia página en la historia nacional; pero ya llegará la hora en que calme la tormenta de las pasiones y aun se olviden los errores del eximio periodista, supuesto que su obra no estará exenta de ellos, y su nombre y su recuerdo surgirán con pleno derecho en el rol de los grandes apóstoles de las libertades públicas: su frente pensadora —lo esperamos— irradiará, al fin, en los fulgores del bronce, irónica recompensa que reciben, y no siempre, los que consagran su existir, las energías de su inteligencia y su saber a la exaltación de causas y doctrinas redentoras, sin otro móvil que no sea el cumplimiento del deber cívico en la secreta misión que recibieran de la naturaleza. Pero, de cualquier manera, creemos que es una obligación sagrada de las sociedades comprensivas y cultas, recomendar a la posteridad el merecido acatamiento a la memoria de los varones eminentes que pasaron por el mundo dejando tras de sí la estela de benéficas acciones en favor de la civilización y el progreso del país donde nacieron.

Calle tenía en cuenta que su misión de periodista imponía-le la difícil y dura tarea de hablar siempre la verdad, en tono elevado y en veces áspero, según las circunstancias; y que, de otro modo, no habría procedido según el criterio de su leal conciencia. Ni puede ser de otro modo si se trata de la Patria, de sus instituciones, de las libertades públicas frecuentemente conculcadas y escarnecidas en pueblos como el nuestro donde las ambiciones del caudillismo ignaro y mediocre se han impuesto sobre la justicia en más de una ocasión.

El despotismo de las clases dominantes en contubernio con mandatarios atropelladores de la ley, provoca rebeldías que no se apagan con el esfuerzo de la voluntad y la reflexión calmosa. Ante las injusticias, ante la muerte de la libertad y el derecho, hierve la sangre en las venas del escritor patriota y el lápiz traza palabras y frases quemantes de censura y protesta que a veces atizan incendios políticos de prolongadas consecuencias, delineando nuevas fases y nuevos rumbos en la trillada senda que siguieran los pueblos, cuando, abatidos por la miseria y la fatiga de una democracia ficticia, de un republicanismo de farsa, callan e inclinan la frente en actitud de cobarde tolerancia de esclavos.

De nada sirve la letra muerta de los códigos que garanti-

zan el libre sufragio, la prensa independiente, la tribuna patriótica, si en el terreno de los hechos sólo impera la voluntad del déspota. Parece que esta pesada atmósfera, embotara por un momento la conciencia de la ciudadanía; pero, es fenómeno que debe durar apenas un instante, mientras hable por medio de la prensa el periodista combativo que interpreta la voluntad de las masas, las despierta y las llama, luego, al cumplimiento del deber.

Libertad dentro de la moral y el orden legítimamente constituido; libertad y derechos cívicos irrestrictamente respetados y respaldados por el gobierno, son las únicas motrices propulsoras del progreso y el prestigio de la Patria. Toca a todos los hombres conscientes, y en primer término a la juventud, la defensa del sagrado tesoro de los espíritus dignos: la libertad!

Hay ocasiones en que suelen arrojarse a manos llenas los caudales públicos con el fin de acallar las murmuraciones y protestas de la ciudadanía, pero las dádivas y larguezas de los tiranos, en aparente anhelo de progreso, no alcanzan la ventura de los pueblos que contemplan las cosas en su verdadero punto de vista. ¿Qué importaría vivir rodeados de grandezas entre los muros de una estrecha cárcel, el grillete al pie y sobre los hombros el sambenito afrentoso de la tolerancia y la mudez ante los dolores del rebenque? Por eso vive perpetuamente la vieja lección de Diógenes bajo el tonel que le daba limitado abrigo: prefería un rayo de sol a la holganza que le brindara la gentileza imperial; el gran filósofo quería la libertad de vivir en la miseria y el olvido, antes que rendirse a la dádiva del déspota.

II

Manuel J. Calle, el escritor audaz y vigoroso que hizo época en el periodismo ecuatoriano, se conquistó merecida fama, dentro y fuera del país, gracias a su pluma de acero bien templado como las espadas españolas. Las amenazas y el peligro de posibles hostilidades y ultrajes violentos, no le amedrentaron nunca, no obstante su raquitismo físico, circunstancia que le colocaba siempre en desfavorable condición ante cualquier adversario; pero que, en rigor de verdad, hacía aún más meritoria su actitud de censor implacable de gobiernos e individuos de situación privilegiada que bien pudieron extremar en él sus rencores y venganzas. Desde luego, se debe recordar que la diestra pluma le servía al mismo tiempo

de arma y de escudo a ese Quijote soñador, de extraña contextura moral que se pasaba las horas desgranando tajos y mandobles contra los molinos de viento de nuestra desven- cijada política.

Tal era —a grandes rasgos— el lado visible del escritor y polemista, áspero en sus conceptos y al parecer indiferente ante la desgracia, propia o ajena, a juicio de quienes no penetraron nunca en las interioridades de su alma ni pudieron apreciar las delicadezas de su corazón escarnecido por el infortunio; pero los que vimos correr sus lágrimas y escuchamos alguna vez el poema de sus tristezas a la sombra confidente de una amistad sincera y franca, podemos afirmar sin temor de equivocarnos, que nadie soportó el dolor de la pobreza y los injustos golpes del destino con más intensidad ni mayor sentimiento que ese amigo inolvidable y bueno en cuyo sufragio pedimos indulgencia para su recuerdo y el póstumo reconocimiento de sus muchas virtudes.

Los quebrantos y pesares de los seres amados le conmovían íntimamente, y el acíbar de las ajenas amarguras, lo mezclaba en el de su propio cáliz. Lloró, lloró muchas veces las penas de los otros y lloró en el silencio y la soledad de sus noches sin pan y sin abrigo; y cuando era necesario consolar al triste, jamás le faltaron palabras de piedad y de esperanza. Y entonces exclamaba: "La vida es buena, cuando en el fondo de ella hay la aceptación implícita de su condicional, que es el dolor."

Una vez concluída la faena diaria en el periódico donde agotara sus fuerzas en intensa contracción, iba camino de su modesta casa, lentamente, caviloso y ensimismado, con la carga de secretas dolencias, pesándolas, recontándolas en la imaginación y devorándolas a solas con desesperada angustia; y, entonces, aguijoneado por el hastío, buscó muchas veces el ambiente letárgico de la bohemia, para disipar un poco la niebla congelada de sus tardes grises.

"Si supieras tú —nos decía en una de sus cartas— la miserable vida que vivo, amarrado a la pluma horas y horas; si te dijese yo que me retiro, a veces, tarde de la noche, cansado, hastiado... y, encima de todo esto, te contara el amargor de mi ánimo, la conciencia profunda de la inutilidad de la obra, y el decaimiento ante la montaña de insultos y de calumnias que empujan contra mí moros y cristianos; es posible... es seguro que comprenderías que no tengo ánimo, que no tengo fuerzas para más..."

Bajo el azote de lacerías y desconsuelos infinitos, parece que rebullía su sangre y que una convulsión volcánica crispaba sus nervios, haciéndolo estallar en rayos y centellas sobre las cuartillas que trazara con mano vertiginosa; y era, entonces cuando sus contrincantes en las discusiones de prensa, caían heridos y, muchas veces, destrozados y reducidos a cenizas. Por lo regular devolvíanle la terrible acometida lanzándole al rostro sus desgracias personales, desviando así el tema de lo que aiañe al interés nacional; pero este innoble asalto a la vida privada, si bien mereció la desaprobación de la mayoría, Calle lo sentía, lo sentía profundamente, y un decaimiento de espíritu le agobiaba y atenaceaba en secreto, aunque no tardara en reaccionar con mayores bríos, para ir de nuevo a la fatigante lucha.



La misión del periodista es ardua y elevada. Apostolado de sacrificios y desvelos incesantes, no lo ejercen meritoriamente sino los hombres superiores, capaces de sacrificar por sus principios el consuelo de la paz interna y de arrostrar las persecuciones, el confinamiento y el destierro en nuestras repúblicas imperfectas de cuyo seno surgen a cada paso los tiruelos que asaltan el poder en golpes de traición, para saciar vulgares ambiciones, elevándose repentinamente desde su ingénita pequeñez a la cima de inexplicable absolutismo. Pero entonces la prensa independiente asume la actitud que le corresponde y protesta y rompe la mordaza impuesta por la fuerza bruta. Es la hora en que el periodista honrado, consciente de su responsabilidad ante la Historia, desafía los peligros y se pone del lado del pueblo, y lo defiende y lo salva. El silencio de la prensa en tales circunstancias sería criminal, de ahí que, las plumas apócrifas, sin valor suficiente para afrontar la defensa de las libertades públicas, cuando deben hacerlo, o cohonestan con los atropellos dictatoriales, o, cuando más, envuelven la tímida observación en humillantes excusas, merecen el desprecio común.

Manuel J. Calle jamás incurrió en aquel silencio criminal; y, además, defendía y predicaba sus ideales políticos y sus doctrinas como soldado del liberalismo, con ascendrada convicción de profunda raigambre. En consecuencia, no aceptaba otro programa de administración que no emanara del más puro liberalismo, traducido en leyes de amplio espíritu democrático; programa que no puede tener cumplimiento prácti-

co y de veras eficaz si no se encarga de su ejecución un gobierno compuesto de elementos homogéneos, que profesen el mismo credo político y obren de consuno, sin discrepancias que redundarían en perjuicio del pueblo. En efecto, ¿qué es un partido político, sino el núcleo de ciudadanos que se agrupan al rededor de la bandera simbólica, encarnación de la suprema aspiración de los asociados que tienden a captar legítimamente el poder para hacer efectivos los puntos máximos de dicho programa, en el convencimiento de que en la forma por ellos propugnada se conseguirá el bienestar y el engrandecimiento de la Patria? Por consiguiente, si un miembro de cualquier partido político llega a ocupar la primera Magistratura de la Nación, está en el forzoso deber de gobernar con su propio partido. Así lo comprendieron todos los gobernantes conservadores, destacándose singularmente García Moreno en el cumplimiento de tan humana y justificable tendencia. Asimismo lo han comprendido los más conspicuos mandatarios liberales: Alfaro, Plaza, Córdova, etc.; y en otros púeblos dignos de admiración por su recta conciencia política, el criterio que hemos enunciado ha sido algo como un precepto inviolable que no pueden quebrantar los hombres públicos sin incurrir en lamentable deslealtad. El ilustre Presidente López, en Colombia, dió en esta materia un ejemplo visible de elevación y sinceridad de convicciones, al declarar enfáticamente, desde las filas de simple ciudadano hasta bajo el solio presidencial, su adhesión al liberalismo y su propósito de gobernar con su partido y de organizarlo y elevarlo aún más, con el prestigio y el apoyo del poder. Así lo ha conseguido ese noble patriota, gracias a su clara visión de verdadero estadista; y lo mismo podemos decir, para beneplácito de la República de Colombia, respecto de su actual Presidente, el notable pensador Eduardo Santos, quien en momentos de su exaltación al poder decía a sus conciudadanos:

“No quiero que vayáis tras de un nombre, que es simple accidente, sino que hagáis una demostración de fe liberal, para que el pueblo entero se ponga en condiciones de respaldar las obras del gobierno y especialmente a afirmar la continuidad de los regímenes liberales.”

III

Entre nosotros hemos visto con sentimiento que algunos ciudadanos, puestos ya en la Presidencia de la República, han

declarado candorosamente, quizá con la pretensión de dar golpes deslumbrantes, de efecto teatral, que no se apoyarían en ninguno de los partidos militantes, y en consecuencia, harían una administración híbrida, con elementos de diversas agrupaciones dentro del gabinete; los mismos que, como es natural, en llegando la hora de discutir sus ideales, mantienen actitudes contrapuestas, que provocan el consiguiente choque de tendencias encontradas, retardando y entorpeciendo así el desenvolvimiento progresivo del Estado, problema difícil que sólo puede resolverlo una directiva ecuaníme, compuesta por elementos concordes, en mancomunidad de ideas y aspiraciones; elementos que tienden, como es lógico, a mantener el prestigio de su partido político, antes que a menospreciarlo, ultrajarlo y perseguirlo, como lo han hecho muchas veces individuos que salieron a luz gracias al amparo acogedor que les prestara ese partido, teniéndolos por afiliados sinceros y leales.

Con lo expuesto no queremos decir que el gobernante se abstenga de dar cabida a uno que otro elemento valioso de cualquier partido, elemento que, por su saber y su solvencia moral, colabore con provecho, en favor de los intereses comunes; no, esto sería intransigencia censurable: lo contraproducente a nuestro juicio es la pretensión de formular un programa administrativo con ponencias doctrinarias de los diversos partidos y la representación de todos estos por medio de hombres que lleven la consigna de hacer que prevalezcan en el Gobierno las aspiraciones de sus respectivos núcleos comitentes, que es lo que se esfuerzan por conseguir los gobiernos **nacionalistas**, aunque en vano, porque, al fin y a la postre, de esa amalgama de contrapuestos explosivos se produce, en el primer choque, la catástrofe final, con el consiguiente quebranto de la paz interna, sin que ninguno triunfe en sus aspiraciones, ni el Gobierno, como tal, deje huellas apreciables en las páginas de la historia.

Es imposible no herir estos puntos y comentarlos al hacer el recuento de la obra patriótica de un luchador como Manuel J. Calle; recordar los días de su actuación y el ambiente y las circunstancias en que ésta se desarrolló; comparar, finalmente, lo que fué ayer y lo que es hoy el aspecto de la vida política en el Ecuador. Cómo olvidar que entonces había convicción de principios, entusiasmo y disciplina en los partidos políticos, mientras que hoy prevalecen los intereses personales en la mayoría de los casos?

Y preguntamos, ya que hemos hecho esta digresión sobre

materia tan importante ¿para qué inscribimos en los registros de un determinado partido político si no hemos de coadyuvar a su predominio en la gerencia del Estado, cuando se presenta la oportunidad, tal vez inesperada, de hacer con él la ventura de la nación? ¿Fueron bien arraigadas nuestras convicciones y profesábamos nuestros principios con la certeza de que ellos harían la felicidad de la Patria o, por desgracia, fuimos elementos falsos en las filas donde iniciamos nuestras actividades con el bajo fin de captar prebendas y luego traicionar a nuestra antigua causa, después de que, por medio de ella, hayamos satisfecho censurables ambiciones de poder y mando?

Y no se crea que la intervención de elementos discrepantes entre sí representan a la totalidad ciudadana dentro del gabinete, por el hecho de pertenecer cada uno de ellos a un determinado bando político; puesto que dichos elementos casi nunca llevan la autorización de su partido para ocupar la silla ministerial. Lo que buscan los partidos políticos es la hegemonía en el poder, para desarrollar ampliamente su propio programa, que no la situación personal de alguno de sus miembros en actuación contraria a la disciplina que requieren las colectividades para mantenerse fuertes. Estos gobiernos de muchas banderas, pero sin bandera propia, se llaman entre nosotros gobiernos nacionalistas; mas, podemos estar en un error de concepto al confesar, como confesamos, que nunca hemos creído en la ponderada eficacia del nacionalismo así concebido, el mismo que, al fin o al cabo, no deja en pos de sí nada recomendable, nada duradero en beneficio del país; pasa como las aguas del río en playas pedregosas y estériles; se deslizan por el viejo cauce sin fecundarlas ni mejorarlas bajo ningún aspecto.

Por otra parte, gobernar sin el respaldo y el apoyo de alguno de los partidos políticos, es gobernar sin la opinión pública; es subir por ambición de mando, por componendas mercantiles quizá con los más encarnizados enemigos de ayer; es imponer el capricho de un solo individuo, que nunca vale tanto como el consejo y la prestancia de un núcleo respetable, por sabio que fuese el gobernante; es imponer, decimos, la omnimoda voluntad de un hombre sobre la voluntad soberana del pueblo, y esto, contando con la dureza de las armas, porque los gobiernos sin prestigio, lo propio que las dictaduras, comienzan empujando al Ejército por la peligrosa pendiente de la política, corrompiéndolo, incitándole a la tiranía del militarismo absolutista, como ha sucedido en los últimos

tiempos, aquí en el Ecuador, con mengua de la libertad y la democracia, pregonadas en nuestras instituciones. Y cuando llega a dominar el Ejército, aun con las apariencias de constitucionalidad, hay tiranía, en cuyo caso, aun suponiendo que de algún modo progresásemos bajo estos auspicios, no se llenaría la más grande y noble aspiración de un pueblo digno: la de llamarse y sentirse libre. Venezuela, de pasado lleno de heroísmos, cuna de nuestros Libertadores, adelantó materialmente en todo sentido bajo la sombría dominación de Gómez; pero soportaba sobre su cuello la mano dictatorial y se consideraba ultrajada y humillada esa gran nación por falta de vida republicana; porque toda dictadura es tiranía y toda tiranía es oprobiosa para el pueblo que la soporta: nada puede servir de compensación a la falta de libertad y de garantías constitucionales. Venezuela estaba en lo justo al sentir la nostalgia de su glorioso pasado sin mazmorras ni cadenas.



Manuel J. Calle fue alguna vez injusto en sus apreciaciones y destemplado en sus ataques a determinadas personas: *hominum est errare*. Los grandes hombres no estuvieron exentos de esta flaqueza. Tal vez Sucre es la única estrella rutilante, sin mancha alguna, en la constelación de los inmortales. Napoleón, Bolívar, San Martín, etc., incurrieron en errores; mas éstos quedan en el tamiz del tiempo y sólo se toma en cuenta para la glorificación del genio, la magnitud de la obra ejecutada en pro de la humanidad.

Calle personalizaba sus invectivas en forma violenta y dura, no lo podemos negar, como lo hicieron todos nuestros periodistas de la pasada generación. García Moreno fue uno de ellos, y tras él, Mera, Espinosa y otros escritores de cepa conservadora envenenaban las discusiones políticas con actitud inusitada. En el bando contrario, ninguno más terrible que Montalvo. Desdichada la víctima que caía entre los perfiles de su punzante pluma. Ahí están las "Catilinarias", ahí la "Mercurial Eclesiástica", ahí "Judas" y los mil folletos que produjera esa asombrosa mentalidad. Borrero, Veintimilla, el Obispo Ordóñez desfilaron ante la opinión pública en procesión inquisitorial, dejando al paso jirones de su propio ser, arrancados con teneza candente por la diestra inexorable del Cosmopolita. Las represalias, desde luego, no se dejaban esperar. El destierro perpetuo y la acechanza velada; el insulto y la calumnia, el hambre y la miseria sobrellevados con entereza,

tales los sinsabores del inmortal polemista, que siempre se mantuvo enhiesto sin doblegarse a los pies de sus verdugos. Alguna vez sentía en la garganta el nudo corredizo de la desesperación; mas, para dar rienda a sus pesares, buscaba refugio en la soledad campesina, y allí meditaba y sentía. La Patria ausente, la nostalgia del rincón hogareño, la falta de los seres íntimos, y más que todo y sobre todo, la vergüenza por la misericordiosa dádiva de extraños benefactores, eran, sin duda, las sombrías cavilaciones de ese cerebro gigantesco. Sin embargo, él habría preferido morir antes que demandar la conmiseración de sus perseguidores. Esto es ser periodista de verdad y patriota sin mancha. Actitudes de este género quizá no las comprenden algunos escritores de hoy ni las aceptan como verídicas, sin una sonrisa de duda, como quien escucha la absurda explicación de los misterios que de suyo son inexplicables.

Congéneres de Montalvo se destacaron en el periodismo liberal: Pedro Moncayo, Juan Benigno Vela, el ciego ilustre, Miguel Valverde, Abelardo Moncayo, Roberto Andrade, José Peralta, Aparicio Ortega, Gonzalo S. Córdova y cien más que desafiaron las iras de los déspotas sin temor a las consecuencias. Los padecimientos de que fueron víctimas son ejemplos estimuladores de que el apostolado periodístico, bien cumplido, si glorioso y aun inmortalizador, sigue una ruta de abismos, y, a veces, tiene amarguras de cicuta.

IV

La diatriba era una forma de periodismo que armonizaba con la época de Montalvo, pero que ha caído en desuso, como las justas de los antiguos caballeros. Sea en buena hora si en los tiempos actuales se hace el combate de la idea en campos de serenidad; mas precisa no tocar al extremo opuesto: el de las contemporizaciones, el de las blanduras humillantes. Llega un momento en los vaivenes de la vida nacional, en que realmente el escritor público debe ser duro, con la dureza de la verdad que es maza demoledora de la ciudadanía herida, hastiada de sufrir las demasías dictatoriales, los rigores y preponderancias de la fuerza, harta de callar y callar en inútil espera de mejores días. He ahí por qué escribían nuestros periodistas de antaño mojando sus plumas en acíbar; de ahí por qué brotaba de sus labios el apóstrofe escarnecedor, el donaire ridiculizante, la indignada queja, el epigrama, vengativo, como salivazos lanzados al rostro de los

tiranos. Estos medios de ataque eran los senderos tortuosos tal vez, pero que conducían a la cima de las aspiraciones nacionales: el desprestigio, primero, y luego, la caída definitiva de los verdugos del pueblo. Tiempos que pasaron! "El Espectador" de Montalvo, "El Combate" de Juan Benigno Vela, las "Charlas" de Manuel J. Calle y tantas otras publicaciones que no ensayaron el ditirambo para los amos, son leídas hoy con ojos de incomprensión por las nuevas generaciones que tienen otro sentir en cuanto al amor a la Patria, y que aún aceptan y piden, en muchos sectores del mundo, una Patria sin fronteras, una Patria sin patria y sin hogar, un caos de ideas disolventes que destruyen la moral de pueblos sinceros y bien intencionados, para matar en su alma el innato amor del suelo donde vieron la luz del sol por vez primera.

Cierto que nada destruye tanto la base de sustentación de los políticos audaces que la corriente ridiculizadora, el equívoco salado, las frases ingeniosas que corren de boca en boca en los círculos sociales; y así su derrota es inevitable, y precisamente es lo que persiguen sus impugnadores.

Parece que Manuel J. Calle participa de este criterio, como un reflejo ya lejano de la época montalvina; y sus escritos un tanto agresivos, eran leídos con avidez, y no hay duda que casi siempre produjeron el efecto que con ellos perseguía su autor.

Los libros de Manuel J. Calle, sus críticas literarias, sus episodios históricos, sus variadas crónicas y en especial las interesantes "Charlas", le caracterizaron como el mejor periodista de su época, en el Ecuador, y el último ejemplar que aún quedaba de los panfletarios sin miedo y sin tacha, como queda dicho.

Los diarios que redactaba Calle eran buscados con solicitud por el público lector y los artículos suscritos por "Venvenuto" y "Ernesto Mora", seudónimos del notable periodista, adquirieron prestigio y fama aún fuera de la República.

No es nuestro propósito en este momento emitir un juicio analítico de la obra literaria de Calle, trabajo que demandaría un estudio más intenso que el presente ensayo y que lo emprenderá alguno de nuestros críticos o historiógrafos al considerar el movimiento general de las letras ecuatorianas durante los años en que actuó Manuel Calle; pues, por nuestra parte, hemos querido sólo hacer un breve **memorándum** de la valía moral y política de este personaje, como un modesto tributo admirativo a su memoria, para nosotros querida y respetada. Valga la buena intención y discúlpese por ella la de-

ficiencia de este escrito, por más que alguien, con ánimo prevenido contra el recuerdo de Calle, se sienta incómodo y tenga por insólito el que se levante una voz amiga, como una oración ritual en sufragio de quien pasó por la tierra derramando simiente fecunda, pero cosechando cardos y pisando espinas.

Los importantes trabajos del popular escritor no debían perderse en el olvido. Creemos que a la intelectualidad de la presente generación le toca desempolvarlos y ponerlos al alcance de las masas. Son escritos valiosos que contribuirían a estimular y avivar el fervor cívico, precisamente porque faltan los verdaderos conductores de multitudes, ajenos a las ambiciones de poder y lucro, en esta hora fatal en que aún sentimos la mudez que nos impusieron los regímenes oprobiosos, creados por la fuerza, inhábiles para el empuje del progreso y para la obra cultural en favor del pueblo. Dictador hubo en las últimas etapas de la política ecuatoriana, que, al negar su apoyo a cierta revista literaria que hace honor a la bibliografía nacional, declaró sin ambages que a él —primer mandatario!— no le interesaban las letras ni le inspiraban simpatía. . . . Entre tanto, el nepotismo hacía su agosto y los corifeos del audaz gobernante, colocados en altísimos puestos, invadían las cajas fiscales a título de espionaje y otros rubros afrentosos; mientras los ciudadanos que exteriorizaban su protesta contra semejantes iniquidades, eran arrojados sin piedad al seno de la selva mortífera o a las islas desoladas a merced del hambre y el dolor de la esclavitud. Y todo esto, aparte de que se sacrificaba, de una plumada, en un tratado de largas proyecciones, las conquistas ideológicas del liberalismo, obtenidas durante cuarenta años de brega decidida y cruenta en los campos de batalla.

Si Calle hubiese presenciado estas miserias que ha lamentado la Patria, habría trazado líneas lapidarias para perpetuar en la execración de la posteridad los nombres de quienes han creado tan desdichada situación.

Manuel J. Calle, tenaz y valiente en las lides periodísticas; delicado en sus recónditos sentimientos; patriota con patriotismo llevado hasta el sacrificio, reclama el fallo desapasionado de la Historia, para que ella le coloque al fin en la página que le corresponde, purificado en el crisol del tiempo y con los resplandores de sus virtudes, que sí las tuvo y grandes. ¿Sombras? Ellas sirvieron muchas veces para que se destaquen mejor los lineamientos morales del hombre, si pobre, si persegui-

do por la suerte, como sirven las sombras en el arte pictórico para realzar los toques más interesantes del paisaje. Sombras, sí, sombras proyectaron también los genios y los héroes de todas las edades, como lo hemos anotado ya; pero éstos han prevalecido después de la muerte al amparo de las buenas acciones que ejecutaron en la vida y que subsisten incommovibles, como granítico pedestal de gloria imperecedera que enaltece el recuerdo de los que tienen derecho de vivir por siempre en la memoria de sus compatriotas. Esto es, precisamente, lo que aguarda desde su sepulcro sin mármol y sin flores el egregio periodista cuencano que puso al servicio del pueblo y de la causa libertaria todo su corazón y toda su alma.

Quito, 1940.

MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

PROTOPLASMAS DEL TIEMPO

CARTEL DE LOS ANDES

La roca y el hombre afirman sus formas en el espacio. El espacio, pulpo de luz, sirve a la roca y al hombre de columpio perenne.

El hombre del Ande, cartel de silencio y sonido de sangre, está fijado en la roca con el clavo geológico del destino.

El turista, monóculo extraviado, prende su pupila medrosa en los flancos flácidos del Cartel. Y sin pasar la mano por su piel verde de virginidad, suelta el eco de su entraña que cae en cualquier mano como fruto que no tuvo germen, flor, ni madurez.

La gran tragedia del Cartel de los Andes se incuba a los vientos malsanos, en su erranza entre las faldas de las cumbres. Es que le atrae la estela fugaz de los insectos rastrosos. Por eso, la cumbre que limpia el moho y sacude el polvo inicuo de los escondrijos, se torna blanca de tristeza...

La chispa cerebral, donde el hombre calienta su pañabreía vacua, chisporrotea y lustra con el albayalde del egoísmo su cuerpo desteñido por la baba del ocio...

Si este sopor de siglos, si esta pesadez de muerte sufren la tortura de una fuerza ignea, el golpe de una pica gigante, de seguro se borrarán mañana del Cartel la torva leyenda de los desafueros. ¡Oh, si se esculpiera en él la frase creadora de la renovación!

ENERO

Diciembre alarga todavía sus labios y sopla el cerro de cenizas de los fracasos y de las ilusiones sin capullo.

Las cenizas fatídicas se pierden en el turbión de las lavas de Enero. La tierra, saneada y resplandeciente por el nuevo sol, crepita, se resquebraja. Parece que estalla... Asoma, bruñido de lumbre, el mancebo del Nuevo Año. Trae en sus manos la rama verdedorada de la vida, donde se estremece, como lucero en botón, la flor de la esperanza...

Enero ha traído en el pulmón del deseo hábito fresco para humedecer y reconfortar el lodo reseco del cuerpo humano. Ese hábito huele a tierra mojada, a frutos en sazón, a sople de flores, a pan que se tuesta. En su voz se advierte el respiro de cráteres mozos; en los músculos un nuevo acero endurece las arterias; reverberan en las pupilas 365 mañanas primenizas. Los brazos quieren abrirse, tanto, que la tierra puede quedar prendida en el pecho igual que una araña de bronce...

La senectud, árbol que ofrece a la gleba la música de sus ramas y la carne de sus miembros, sorbe de Enero el rocío de la ilusión, para limpiar su espíritu que a fuerza de dolor se está tornando niño.

La juventud, relámpago de nervios y vorágine de anhelos, se lava las manos manchadas para aprisionar mejor el corazón que se abre como un dique e inunda de sobresaltos.

El niño, chorro de agua y puñado de harina, amasa su cuerpo y se ofrece en pan a la boca hambrienta de los doce meses y a los colmillos de las pasiones...

Enero es para todos cántaro de vino, petando de alegría. Quien lleva a sus bordes labios pulcros, sinceros, tendrá para siempre ánimos de agua corriente y estallido de risas claras.

BAJEL SIN AVENTURA

La vida del Ande es río de aguas amazónicas. Río inmenso. Sosegado. Turbio por la incuria de los remos humanos. Sin emoción de quillas, de arribos, de naufragios. Sus cristales sueñan en el diamante de la voz varonil que arranca sonos de triunfo. Su vientre sonoro es horadado por los peces del orgullo. Sólo el gran pulpo de la miseria andina se solaza y se aferra a sus aguas...

La juventud se encuentra con las manos trémulas, acariciando el bajel inútil de su vida. Se acerca a la ribera del gran río cuya soledad aterra. La timidez, sabandija que salta de cualquier escondrijo, le desata los nervios. La sangre teñida de espanto vocifera silencios. Un esfuerzo chapotea en las aguas orlleras. Una linfa saltarina se torna para él en fauce amenazante. El albatros del anhelo que no pudo templar sus alas al calor de la voluntad, pierde el regocijo de la primera conquista.

El fracaso de la juventud del Ande es charco donde cae abatido el insecto de la fuerza. Inepto para la aventura vi-

tal, merodea cerca del gran río que le avergüenza con sus escupitajos blancos. Descorre, entonces, de los palos de los sentidos el valeman de las ilusiones. La quilla arrumbada, pronto puede ser un puñado de orín... Sin barca el timonel cobarde, prenderá la lente de la mirada en el pecho donde está de bruces el espíritu. Su yo, mástil de ritmos, va a ser menos que el limo... Dos lágrimas de estaño perforan las entrañas. Un suspiro de viento quiere apagar el rescoldo del tiempo que se resta...

Oh, tragedia del hombre del Ande! Existen para él un amazonas que se agiganta en el Océano, un horizonte clave-teado de auroras, un camino que se cuelga en la cumbre y se alarga en la eternidad, una meta donde el sol lacrimea penumbras... Mas el bajel de su vida no se decide a la aventura de las grandes conquistas. Perdido el primer puerto, le invaden marejadas de tinieblas...

El Ande que nace en el espacio resbalando sus flancos hasta perderse en el Pacífico, es sustento de formas tímidas, que desfallecen en el guijarro del primer tropezón. Sólo el trapo de las palabras huecas tienen el temblor de las banderas que se deshilan al viento o se repliegan en el olvido.

El gran río, paternal y confiado, entrega su voz a las distancias, anhelando dar la vuelta a la tierra en una cinta de palabras fraternas. Sus aguas se derrumban y se alargan en brazos amorosos. Su corazón profundo como el espacio, piensa en la emoción que le darían los bajeles si no estuvieran impávidos en las orilas...

Para cambiar la ruta del hombre del Ande, en cuyo frente parpadea un lucero eterno, se necesita una diestra hábil, un espíritu impio de parches inícuos, una voz que aviente las cenizas de lo caduco y lo ruín.

La esperanza y el porvenir vigilan desde sus torres el germen de la victoria lejana. Y por la esperanza y el porvenir, creo en el día en que nuestros bajeles, sueltos de las amarras fatales, han de sembrar de estelas y de himnos el Amazonas. Y creo que sus aguas darán un nuevo resplandor al mundo.

Quito, 1941.

A L F R E D O M A R T I N E Z

PRIMERA VISION DE AMERICA

Dedicado al "Grupo América" de Quito

El conquistador de América se encontró con una naturaleza nueva y con costumbres e instituciones nuevas. ¿Qué imagen proyectó esa realidad americana en su retina europea? ¿Cómo fué dando nombre a las cosas, a los lugares, a las instituciones?

Colón llevaba, para ponerse en contacto con el Nuevo Mundo, dos intérpretes: Rodrigo de Jerez y Luis de Torres. Parece que el primero había andado por tierras de Guinea; el segundo era un judío converso que sabía —según propia declaración— hebreo, caldeo y algo de árabe. Colón y los indios de las Antillas tuvieron que entenderse por señas. A cada paso se desespera Colón de las insuficiencias de este lenguaje. La realidad no responde siempre a lo que los indios le han dicho por señas, y entonces supone intenciones engañosas y designios ocultos.

Al encontrarse con lo nuevo, Colón empieza por darle nombres viejos. Antes de llamar **canoas** a las embarcaciones indígenas, "navetas de un madero a donde no llevan vela", las llama **almadías**, nombre de abolengo árabe con que se designaban unas embarcaciones de Africa. Y antes de conocer la palabra **cacique**, designa a los numerosos señores indígenas de las pequeñas y grandes islas con el pomposo título de reyes. Es decir, hace entrar la realidad nueva en los marcos tradicionales de la propia lengua, pone el vino nuevo en los odres viejos.

Del mismo modo, cuando describe la isla que ha llamado Fernandina, nos dice que los indios "todo el año siembran panizo". ¿Qué es el panizo? **Panizo** se llamaba en España una gramínea de origen oriental que no existía en América. El padre Las Casas nos lo explica luego: el Almirante llama **panizo** al grano de maíz. El nombre que usó Colón penetró en España y es aún hoy en la Mancha la denominación del maíz. Historia más compleja es la del ananás. Colón lo conoció en la isla de Guadalupe, en el segundo viaje, y por su analogía con el fruto del pino lo llamó **piña**. El nombre se generalizó y pasó a España (de ahí también el inglés **pine**

apple). En América había, para designar tal fruta, más de un centenar de nombres distintos, según la variedad y según la lengua. Uno de esos nombres era *naná*, en el guaraní del Brasil, de donde en portugués a *naná* y luego *ananás*. Es el nombre que a través del portugués penetró en francés, alemán, holandés, danés, sueco e italiano. Del Brasil pasó a la Argentina, pero lo curioso es que en el Paraguay, la región guaranítica por excelencia, la fruta se llame precisamente *piña*. Es el triunfo de la forma europeizada sobre la indígena.

El mismo proceso de europeización se ha producido en el nombre de numerosísimas plantas y animales del nuevo mundo. El conquistador fué bautizando con nombres viejos y familiares los objetos nuevos que iba encontrando. ¿No pasó lo mismo con los lugares, con los ríos, con los países de América? Colón, que a cada paso recuerda la tierra de Castilla, las huertas de Valencia, las verduras de Andalucía, la vega de Granada, la campiña de Córdoba, la bahía de Cádiz o el río de Sevilla, da a una de las islas, la actual Haití o Santo Domingo, por la semejanza de sus vegas con la tierra de Castilla, el nombre de Isla Española. Aunque creía encontrarse en un mundo viejo, Colón bautiza todos los lugares con nombres europeos, mezcla a veces de sentimiento poético y afán de codicia: Puerto del Sol, Río de la Luna, Valle del Paraíso, Boca del Dragón, Río de Oro, Monte de Plata, Mar de las Perlas. Y porque una peña le recuerda otra de Granada, le da el mismo nombre: Peña de los Enamorados. Del mismo modo, Méjico, país tan distinto de todo lo que el europeo podía imaginarse, recibió el nombre de Nueva España. El conquistador evocó en todas partes la tierra natal: Nueva Castilla, Nueva Andalucía, Nueva Granada, y ciudades como Córdoba o La Rioja. ¿No llamó a una región Venezuela, es decir, Venecia Pequeña, sólo porque vió un pueblecillo de indios con chozas levantadas sobre estacas para precaverse de las inundaciones? ¿Y no quiso un adelantado, Juan Ortiz de Zárate, rebautizar la región del Río de la Plata con el nombre de Nueva Vizcaya? En "Siripo", la tragedia de Lacardén, el héroe indígena enrostra a los españoles este cambio de nombres:

Los nombres, en señal de señorío, —habéis a nuestras cosas ya mudado.

Pero aún hay más. Colón hizo cuatro viajes por América y murió al parecer con la idea de que había recorrido los mares de Asia (la idea se fijó duraderamente al nombre: Indias, luego Indias Occidentales). Cuba le parecía la isla de Cipan-

go, es decir, el Japón: "en las esferas que yo vi y en las pinturas de mapamundos es ella en esta comarca". Luego cree que Cipango es lo que los indios llaman Cibao, y los canibales o habitantes de Caniba le parecen súbditos del Gran Can, en guerra con los indios de Cuba: "Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí, muy vecino." Ve en el Mar de las Antillas tres manatíes o vacas marinas, y creyó ver sirenas, "con forma de hombre en la cara", "que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan." En varias ocasiones oyó cantar ruseñores ("cantaba el ruseñor y otros pájaros de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba"), y ni siquiera sabemos cual pudo haber sido el pájaro cantor. Y por las señas de los indios entendía que había hombres sin cabello, hombres con un ojo solo en la frente, hombres con cola y hombres con hocico de perro que comían a otros hombres. Y hasta los vió: "otra gente hallé que comían hombres: la deformidad de su gesto lo dice."

Se ha creído que Colón era un iluminado o un visionario. Pero lo mismo pasó con Pinzón y con simples marinos de la armada descubridora. El contramaestre de la Pinta creyó descubrir árboles de canela y hasta manojos de canela, prueba de que había llegado a las islas de la especería. Los marinos vieron "dos mujeres mozas tan blancas como podían ser en España", y distintos relatos hablan luego de indios blancos y de indios negros, y hasta de un Rey Blanco, de largas barbas, al que se atribuía un gran imperio. La blancura del rey estaba sin duda en relación con la blancura de la plata su puesta en su imperio.

Más virtualidad tuvo la quimera del oro, tan del viejo mundo. Ya para Colón era oro todo lo que relucía (la frase es de Las Casas). Por señas entendían que había oro infinito, minas de oro, ríos de oro, islas enteramente de oro, con más oro que tierra, y que había caciques que tenían hasta las banderas de oro labrado a golpe de martillo, y un rey que había mandado hacer una estatua de oro puro tan grande como el mismo almirante. El oro —en la lengua de los indios se llama **tuob; canoa, nozay**— se recogía "con candelas de noche en la playa" y los granos eran como granos de trigo o bien mayores que habas. En busca del oro, Colón lo interpreta todo, no sólo las señas de los indios: el calor que padecía era para él una prueba de que en estas Indias debía haber mucho oro. Pero la isla "donde nace el oro" (primero se llama **Bohío**, luego **Baveque**) está cada vez más al Este. El almirante

rante, poco afortunado murió sin encontrarla. Luego, para el conquistador de tierra firme, las islas de oro se transforman en montañas de oro, lagunas de oro y reinos de oro, y los caciques en caciques dorados, con palacios revestidos de oro y empedrados de esmeraldas. Y hasta con palacios de oro sumergidos en las aguas de una laguna misteriosa. El Dorado tuvo un lugar preciso en los mapas de América y hubo gobernadores del Dorado y adelantados del Dorado. Pero se fué desplazando siempre, hacia el Este, hacia el Norte, hacia el Sur, ante el paso de la exploración y de la conquista. Expediciones audaces se lanzaron en todas direcciones en su busca, hasta extinguirse devoradas por la selva. El Dorado era un fantasma fugitivo. Cuanto más incanzable, más alucinador.

Junto a la quimera de la plata, del oro y de las piedras preciosas, otras quimeras. ¿No creyó Colón, al llegar a las bocas del Orinoco, haber encontrado el paraíso terrenal? Se basaba en la gran cantidad de agua dulce vecina con la salada, en la suavidad de la temperatura ("la suavísima temperancia") y en razones geográficas (la forma de la tierra). Pero más que nada en la opinión de santos y sabios teólogos: "muy asentado tengo en el ánimo que allí donde dije es el paraíso terrenal, y descanso sobre razones y autoridades sobrescriptas". ¿Y no creyó Ponce de León haber descubierto en la Florida la fuente de la eterna juventud, con que había soñado toda la Edad Media?

Colón veía sirenas porque las sirenas estaban representadas en todos los mapas medievales, y en sus momentos de emoción oía ruiseñores porque todo paisaje idílico debía tenerlos, según la tradición literaria de la época. Colón creía que estaba recorriendo el mundo descrito por Marco Polo y a veces también el mundo bíblico. Las incursiones de los caribes o caribes contra los arahuacos de Cuba eran para él la guerra del Gran Can de China contra el Japón, que Marco Polo había descrito como un acontecimiento del año 1269. También en el Cipango de Marco Polo había oro sin recoger y palacios recubiertos de oro, "como acá se cubren las iglesias de plomo". Los palacios dorados del Gran Can habían deslumbrado la fantasía de todos los viajeros de los siglos XIV y XV. Marco Polo habla también del oro de los ríos, lagos y montañas y de granos de oro más grandes que lentejas. También Marco Polo había visto una isla (la isla de Angamán) en la cual "todos tienen la cabeza de can, los dientes y la nariz a semejanza de un gran mastín. . . "son

mala gente y comen a todos los hombres que pueden apresar."

Y no era una innovación de Marco Polo. Ya en el siglo I de nuestra era, la "Historia natural" de Plinio, que recogió toda la tradición antigua y fué la enciclopedia europea hasta el Renacimiento, habla de una raza de hombres con cabeza de perro, que ladran en lugar de hablar (la noticia es de Ctesias, médico de Artajerjes, según el cual había 120.000 hombres de esta raza). Plinio habla también de pueblos antropófagos y de hombres extraños, hombres con un ojo en la frente, hombres con pies de caballo, hombres sin nariz, de cara plana: hombres sin boca, con un orificio por el que respiran, beben y comen; hombres con una pierna, que saltan con agilidad extraordinaria; hombres con pies invertidos que corren a gran velocidad por los bosques, hombres que ven mejor de noche que de día, hombres de pelo blanco en la juventud y negro en la vejez, hombres de orejas enormes que les sirven para cubrirse como si fuesen vestiduras, hombres que se desvanecen como sombras, hombres sin cabeza, con ojos en las espaldas ("sine cervice, oculos in humeris habentes"), y hombres sin cabeza, con boca y ojos en el pecho. Plinio atribuía estas y otras variedades de la especie humana al ingenio de la naturaleza. Estas variedades humanas pasaron a la cartografía medieval y poblaban, junto con monstruos híbridos y descomunales, la "terra incognita". De esos "hombres monstruos" le hablaban a Colón, por señas, los indios de las Antillas.

Colón proyectaba esas imágenes sobre la realidad americana. Había leído los relatos de Marco Polo y la "Historia" de Plinio. Sus conocimientos procedían, además, de los globos, mapamundis y cartas geográficas y náuticas del siglo XV, que incorporaron a la experiencia real los relatos de presuntos viajeros medievales y el conocimiento de la antigüedad clásica (ya se sabe la importancia que tuvo en su viaje una carta de Toscanelli, que le envió, además, una carta náutica). La creencia se superpone a la realidad. "La tradición literaria —dice Leonardo Olschki en su "Storia letteraria delle scoperte geografiche", un hermoso libro dedicado a estas cuestiones— se impone a la propia experiencia". También los libros tienen la virtud divina de crear mundos. Conquistadores y viajeros se encontraron en toda América con gigantes y con enanos y vieron por las tierras y por las aguas monstruosos dragones y ciudades encantadas. Era la época de la literatura caballeresca. Los hombres del descubrimiento y de la conquista son

precursores del famoso caballero Don Quijote.

Dentro de esta proyección de lo literario y de lo mítico de Europa sobre el continente americano, nada más asombroso que la creencia en las amazonas. Colón, en su primer viaje, habla continuamente de una isla llamada Matinino, habitada por mujeres solas, que usan arcos y flechas y, como armadura, láminas de cobre. Los vientos desfavorables le impidieron llegar a esa isla, aunque mucho lo quería para llevar a los Reyes Católicos cinco o seis de esas mujeres. La isla pasó a la cartografía de la época con el nombre de Isla de las Mujeres. También Marco Polo, al describir las islas de la India, habla de una habitada por hombres y otra sólo por mujeres. Pero la creencia se remonta — como se sabe — a la antigüedad clásica. Desde México hasta el Río de la Plata, el conquistador español soñó con islas y regiones de mujeres solas, y creyó descubrirlas en todas partes: mujeres guerreras, armadas de arco, con un pecho sólo, del lado izquierdo. El conquistador se internó muchas veces en la selva en busca de este reino inquietante y sugestivo de las amazonas americanas. Y en 1542, el capitán Orellana, que había salido de Guayaquil para incorporarse a la expedición de Gonzalo Pizarro tras otra quimera, la tierra de la canela, se encuentra por fin con las amazonas. Gonzalo le envía en un bergantín en busca de alimentos. Orellana no vuelve. Siempre río abajo, las aguas le conducen a cauces cada vez más anchos, y, al cabo de ocho meses de navegación, al Océano Atlántico. Había recorrido, por primera vez el gran Río de las Amazonas.

¿Cómo se fijó el nombre? Desde los primeros días de navegación, indios amigos e indios prisioneros le hablan de las amazonas. Relatos extensos, minuciosos, que Orellana interpreta con sus rudimentos de lenguas indígenas. Las amazonas constituían tierra adentro un estado poderoso, rico en oro y plata, que tenía sometidas a muchas provincias de indios y les hacían pagar tributos. Un indio nombra setenta pueblos de amazonas, pueblos de piedra, con puertas, unidos por caminos cercados, en algunos de los cuales había estado él para entregar el tributo. Indios amigos dicen a los expedicionarios que se cuiden de las amazonas, que los matarían e indios enemigos les amenazan con tomarlos prisioneros y entregarlos a las amazonas. Pero hubo algo más impresionante que el relato de los indios. El 24 de junio de 1542 los expedicionarios descienden a tierra en busca de alimentos y tienen que combatir con los indios tributarios de las amazonas. Y en auxilio de los indios — cuenta el padre Carvajal, que anota día a día las peripecias de

la expedición— acudieron unas diez o doce amazonas, "que estas vimos nosotros, q' andaban peleando delante de todos los indios como capitanas, y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas, y el que las volvía, delante de nosotros le mataban a palos, y esta es la causa por que los indios se defendían tanto". El P. Carvajal describe a estas amazonas: "Estas mujeres son muy altas y blancas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas . . . , con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios". Estos relatos llegaron en seguida a la corte, donde unos aceptaron y otros negaron la existencia de las amazonas. Pero sobre todos los nombres del río (Santa María de la Mar Dulce, Marañón, Orellana, Río Grande y muchos otros) triunfó el nombre de Río Amazonas. La leyenda fué más fuerte que la misma realidad.

El mismo entrecruzamiento de realidad y leyenda presenta otro episodio. Por el norte argentino y luego por toda la Patagonia se buscó desde el siglo XVI una misteriosa ciudad de los Césares. Todavía a fines del siglo XVIII se organizaban expediciones para llegar a ella. Viajeros hubo que la describieron con lujo de detalles e historiadores que trataron de explicar su origen. La Ciudad Encantada o de los Césares estaba, en el siglo XVIII, en un rincón misterioso e impenetrable de la cordillera. Algunos afirmaban que eran tres ciudades distintas, sometidas a un rey, con las puertas siempre cerradas, con palacios y templos suntuosos, revestidos de plata maciza. Se decía que los Césares no tenían más metal que la plata y que de ella hacían las rejas de los arados, los cuchillos y todos los utensilios. Un misionero que quiso llegar hasta ellos recibió la muerte a manos de los indios. Tenían un centinela en un cerro para impedir el paso a los extraños, pero algunos se habían acercado hasta oír el tañido de las campanas o el eco de los disparos de artillería. Mil testimonios daban pruebas irrefutables de su existencia. Personas fidedignas lo sostenían bajo juramento. Los Césares vestían "casaca de paño azul, chupa amarilla, calzones de **buché** o bombachos, con zapatos grandes, y un sombrero chico de tres picos. Eran blancos y rubios, con ojos azules y barba cerrada". Algunos hablaban de Césares indios, otros de Césares españoles. Hasta se les atribuyó origen inglés. Para salir de dudas, se dió tormento a un indio, que al parecer se había juramentado para mantener el secreto. Terminó confesando que eran españoles.

La leyenda, que duró tres siglos, reposa en un hecho real. Sabastián Caboto, en 1529, envió a un capitán y catorce sol-

dados para explorar la tierra, siempre tras el espejismo de la plata. A los tres meses volvió el capitán con seis soldados contando maravillas, que debía magnificar la transmisión oral. El capitán se llamaba Francisco César. De su nombre ha surgido una leyenda que ha estimulado el conocimiento de toda la región patagónica, a la que él no había llegado jamás.

Hemos visto en los nombres de las cosas y de los lugares y en la visión misma del conquistador de América una proyección de la mentalidad europea. El conquistador hizo entrar la realidad americana en los moldes convencionales de las palabras, los nombres y las creencias de Europa, acomodándola a su propia arquitectura mental. Hasta llegó a proyectar sobre el mundo real su propio mundo literario. Ortega y Gasset veía en ello una manifestación de lo que ha llamado en varias ocasiones espíritu retórico. "En vez de ajustar el pensamiento a lo que son las cosas —dice—, se ajusta la realidad al perfil abstracto, formalista, que dibuja el pensamiento". No se reflejan las cosas, sino que se las construye imaginariamente, de acuerdo con un patrón, añadiéndoles los trozos que les faltan, falsificándolas.

Esa actitud se debe quizás a una insalvable limitación del hombre: "conocer es reconocer". Se capta lo desconocido y las sensaciones nuevas se graban en la mente vieja. El proceso, más que intelectual, es afectivo. El hombre acaba siempre por familiarizarse con lo nuevo, pero al mismo tiempo quiere encontrar en lo nuevo, en la inmensidad de lo nuevo, su mundo tradicional, tan distante y tan querido. La primera visión de América es la visión de un sueño. El conquistador es siempre, en mayor o menor medida, un alucinado que combina las experiencias y afanes cotidianos con los recuerdos y fantasías del pasado. Así fué también la primera visión que el europeo tuvo del mundo oriental, y lo mismo ha pasado sin duda en toda conquista y en toda colonización. El hombre que como descubridor, como conquistador, como emigrante o como viajero llega a América, al mismo tiempo que se siente sumido en la realidad nueva, al mismo tiempo que se americaniza, va revistiendo su nuevo mundo, tan extenso, con las imágenes y las palabras de su mundo familiar. América es en cierto sentido un mundo nuevo, enteramente nuevo e irreductible. En otro sentido es también una nueva Europa.

Buenos Aires, Agosto de 1940.

A N G E L R O S E N B L A T

EN LA MUERTE DE JAMES JOYCE

Acaba de morir la figura más insigne de las letras contemporáneas. Hay que decirlo, su obra exige el superlativo. Pero ¿en qué reside su grandeza, si la obra suya tiene toda la apariencia de buscar la incompreensión, si hasta los mismos ingleses y norteamericanos no logramos siempre comprender su obra? . . . Si las únicas obras que tienen y que caen dentro de una de las formas aceptadas de la literatura moderna, son *Dubliners* y la novela autobiográfica *Portrait of the artis as a young man* ¿cuál es la contribución de *Ulises*, *Anna Livia Plurabelle*, *Finnegan's Wake*, a la corriente del pensamiento y de la literatura humanos?

Estas preguntas toman más interés todavía al pensar que Joyce es un autor destinado a ser comprendido y querido por un número muy reducido, comparativamente, de sus hermanos. En primer lugar, es intraducible en absoluto. No sería tan difícil traducir un poema chino al inglés que traducir a Joyce —o la parte madura de la obra de Joyce— al español o alemán. Además, las partes traducibles de su obra, una vez presentadas en español, dan una idea errónea de la obra en globo. Sería posible indagar aquí en las razones lingüísticas (el formidable conocimiento lingüístico de Joyce, su conocimiento del sentido subconsciente de la palabra escogida, etc.) y en las razones temperamentales (la paciencia; el uso frío y calculado de una enorme sabiduría en la disección de las entrañas del alma; los mares de páginas dedicadas al ritmo de la palabra donde el sentido corre en un camino paralelo en el subconsciente del lector, evocado por una ciencia segura y oculta); pero el mero hecho es que Joyce no se someterá nunca a ser traducido. Que sea cuestión de idioma, o cuestión de temperamento, (y las dos son barreras para el latino) el mismo lector tiene que hacer la obra preparativa para recibir la obra de Joyce, y ningún crítico, ningún intérprete puede ofrecerle ayuda en esta tarea.

Ya sabíamos hace tiempos que este fenómeno tuvo que asomar, meditando en ese otro gran maestro literario de las islas británicas, Wiliam Shakespeare cuyos dramas sufren un cambio trascendental al ser traducidos a otros idiomas. En

francés el bardo de Avon parece una especie de Racine, y en español, parece otro Tirso, perdiendo en los dos casos lo medular de lo que conocemos en inglés bajo el nombre de Shakespeare, asumiendo en cambio otras calidades.

Lo paradójico en Joyce, a mi parecer, es que no escribió para ningún auditorio, sino el auditorio que llevaba él mismo dentro de su propio cerebro. No se lisonjeaba nunca con la esperanza de ser comprendido. En su vida personal buscaba durante su vida lo sencillo, lo familiar, se puede decir, lo burgués. Pero en sus escritos indagaba cada vez más hacia el fondo de aquella maraña de inhibiciones, de conflictos, de lujuria, de misticismo, de sombra mórbida y luz diáfana que es el alma del hombre común. Para esta tarea no bastaba un idioma, no era suficiente la gramática de la palabra hablada y escrita por sus semejantes. Iba inventando idiomas, inventando palabras, no nuevos, sin embargo, por que siempre contestaban a algo que vive escondido en el alma del hombre. Para **Portrait of the artist as a young man**, el ritmo de su propia vida bastaba como argumento. En esta novela hizo como definir los límites de la obra entera. Toda palabra que escribiese en adelante sería un eco o una ampliación de esta sencilla y bella primera obra. La aparición de Leopold Bloom hizo venir otro libro, **Ulysses**, que quedará siempre para el otro mundo, el mundo afuera del cerebro de Joyce, su más alta expresión. Quedará siempre así porque allende el horizonte de **Ulysses** no puede pasar un hombre ajeno al mismo autor en la obra de Joyce. **Finnegans's Wake** será siempre la esfinge literaria de este siglo. Escrito para el autor mismo, en un idioma que su esquizofrenia le ha dictado para la tarea de su vida, nos da sólo vistazos ocasionales de tanta brillantez que quedamos convencidos que para uno en cien millones que sepa leerlo, llega más allá todavía que el **Ulysses**. Sin embargo, cualquier hombre de habla inglesa que sigue valientemente una lucha intelectual y humana sin tregua, es capaz de hallar pasto en **Ulysses**, mientras **Finnegans's Wake** transpira en una atmósfera tan rara que la obra se sitúa entre lo esotérico.

Sí, en **Ulysses** queda la grandeza de Joyce para sus semejantes en la tierra (¡si hay tales!) Más que Juvenal, más que Dante, más que Cervantes, más que Shakespeare, en esta obra que no es novela, sino documento humano, saca a luz con su escalpelo de cirujano los enredados hilos del alma del hombre común.

¿Cuál ha sido influencia de la obra de Joyce? En el mundo de habla inglesa, ha sido enorme. ¿Pudo existir un Thomas Wolfe sin la obra de Joyce? ¿Habría sido capaz Ernest Hemingway de trazar la órbita de su vida literaria sin Joyce? ¿En William Carlos Williams, autor además que no imita a nadie, y otro médico como Joyce, no es evidente la inspiración del éxito de Joyce en su tarea? Estos, y muchos otros, más bien del movimiento norteamericano que del inglés, muestran la influencia de uno o más aspectos de la múltiple obra del maestro.

Fuera del mundo de habla inglesa, no tiene ninguna influencia James Joyce. Hasta hoy, en la crítica misma de América y de Europa casi no asoma crítico de habla no inglesa que toque a la cuestión de esta obra sin mostrar que la obra no le ha alcanzado, y de esto no tiene la culpa el crítico.

James Joyce ha muerto. En Zurich. ¿Y dónde están los otros del famoso cenáculo de Dublin: George Moore, George Russell, William Butler Yeats, y la gran inspiradora, Lady Gregory? Quizá en estos momentos están con él. Mientras el otro, el que los conoció a todos, el que ocupa su puesto militar en Africa, carga extraña para uno de sus años, ha de haber recibido la noticia de esta muerte como golpe de pesadilla, ha de haber soñado en el otro mundo donde todos crecieron hasta conocer la fama mundial, ha de haber pensado en el Dublin de 1916, en los *Black and Tans*, y *The Trouble*: Lord Dunsany ha de haber olvidado sus deberes cortos segundos hasta querer seguir al querido Joyce.

Esta es una muerte que no toca al mundo. Toca más bien a los corazones de unos pocos, en Quito, en Dublin, en Singapur, en cualquier parte donde se hallan unos letrados, británicos o norteamericanos, que súbitamente se dan cuenta, como de una idea tardía, que Joyce era mortal... Pero Buck Mulligan, Stephen Daedalus, Leopold Bloom, sus personajes si nos gusta la idea o no, son parte íntegra de nosotros que seguimos viviendo, luchando, y muriendo en el mundo que Joyce, con alas de cera, ha dejado atrás.

Quito, January 1941.

A L B E R T B . F R A N K L I N

LA GUERRA Y NUESTRA EDUCACION

I.—Los países indoamericanos ante el actual conflicto

De nada sirvieron las protestas de neutralidad y amor a la paz. En la actual guerra los países débiles fueron invadidos por los más fuertes de acuerdo con sus conveniencias económicas o estratégicas. Y el Derecho Internacional, esa cosa bella que los hombres han inventado para reglar las relaciones entre los pueblos, quedó hecho trizas con las bombas de los aviones y las granadas y las metrallicas de los ejércitos invasores.

Está disputándose la hegemonía del mundo. Y sólo de la fuerza y del empleo que de ella sepan hacer los cerebros de los Almirantes y Generales depende que primen sobre el orbe formas más humanas, o menos humanas, de convivencia social.

Durante más de cuatro años este mismo viento de supremacía hizo danzar a la Europa al compás de macabra música bélica. La anterior guerra quedó inconclusa, al decir de Wells, siendo ésta la continuación de aquélla. Tal vez en esto tenga incumbencia el espíritu evangélico de Wilson.

Ante la Europa otra vez convulsa los países de América se ponen en guardia para mantener la paz y planear la defensa del Hemisferio Occidental. Las conferencias de Panamá en 1939 y la de La Habana en Julio del presente año plasmaron el sentir de los países americanos.

Frente a las prédicas de unión indoamericana fomentada por la oposición al imperialismo estadounidense cabía preguntarse cuál sería la plataforma de lucha para mantener el fuego sagrado de aquella idealidad. La respuesta no se hizo esperar. La ayuda simbiótica entre los Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur es una necesidad ineludible determinada por los acontecimientos europeos. Pero, seguidamente siendo el problema de los Estados Unidos el buscar el equilibrio en la economía mundial, ya que ostenta el 60% por ciento de la producción industrial en el mundo, y, siendo los Estados del Sur un mercado apetecible con sus

125 a 130 millones de habitantes y poseyendo el 30 por ciento de las materias primas de la tierra, apetecibles también por las potencias industriales, nunca más que ahora fué tan indispensable la necesidad de la unión iberoamericana que nos permitiría tratar con los Estados Unidos los problemas de la paz y la defensa del hemisferio de igual a igual.

Y, en verdad, ¿en qué sentido podría un país latinoamericano —considerado aisladamente— pesar en el concierto mundial si la lucha se traba en el terreno económico que no está, ni puede estar, desconectado del espiritual o cultural, sucediendo generalmente que aquél se disfraza de éste? Si merecemos ahora algún respeto es sólo porque el Tío Sam nos lleva en su carro en calidad de sobrinos menores de edad.

Nuestra condición de países semicoloniales, o sea, de economía sometida, tiene necesariamente que hacernos recelosos del tratamiento de igualdad que quiera concedernos cualquier gran potencia. Toda admonición en contrario es falaz y suicida.

Mientras los Estados Unidos hacen protestas de democracia y libertad, el inglés se declara idioma oficial de Puerto Rico en plena presidencia de Mr. Roosevelt, y aún permanece en la Penitenciaría de Atlanta el patriota puertorriqueño Pedro Alvizu Campos, continuador del idealismo libertario de Eugenio María de Hostos, para quien se ha pedido en el Parlamento chileno los honores del bronce por sus grandes servicios prestados a nuestra cultura nacional. Y la libertad de Puerto Rico, a medida que la guerra avanza, se hace cada vez más difícil ahora que los Estados Unidos necesitan bases para la defensa del Continente por estar en las cercanías del Canal, llave imprescindible de tal defensa.

La defensa del débil fué la política que permitió a los Estados Unidos intervenir en Cuba contra España. Puerto Rico y la Enmienda Platt u otro tratado semejante fué el precio de esa ayuda. ¿Y después Panamá? ¿Y Nicaragua? etc. La compasiva ayuda estadounidense al débil cuesta un poco cara. Las conveniencias del momento no deben cegarnos.

II.—El problema de la paz

El problema de la paz, en las actuales circunstancias, es particularmente difícil para los países hispanoamericanos, obligados a mirarle la cara al Tío Sam y a danzar con él la misma danza. El problema de la paz puede ser sencillo sólo pa-

ra quien, precavido, gastó las más altas sumas en armas y, después, obligado a optar entre la pelea y la paz, escoge la última pactando con el o los vecinos más poderosos.

Hablemos claro: que la guerra se cierna sobre nosotros o que está a nuestras puertas no es la mera frase de un político que, ubicado en la tribuna callejera, trata de impresionar como aquellos pastores protestantes que, para captar feligreses, susurran al oído de quien está a su alcance o quiera oírle: "El fin del mundo está próximo, hay que estar preparado".

Ni los Estados Unidos pueden dejar de la mano a los países latinoamericanos, ni los países latinoamericanos pueden en la actualidad defenderse de cualquier agresión extracontinental, sin la ayuda de los Estados Unidos. Vamos viendo: más de 5.000 millones, o sea, la quinta parte aproximadamente de las inversiones de este último país en el exterior corresponde a América Latina. Es una de las más altas cuotas de los capitales norteamericanos invertidos fundamentalmente en la extracción de nuestras materias primas, cuya importancia para un país industrial como Estados Unidos es fácil suponer. Sólo el petróleo latinoamericano que es igual más o menos a una sexta parte de toda la producción mundial está casi todo también en disponibilidad porque nuestros países, no teniendo una industria muy desarrollada, tampoco lo necesitan, siendo este elemento, por otra parte, indispensable para mover las actuales máquinas bélicas. Puede decirse que el porvenir de la guerra queda determinado por el petróleo, el 60 por ciento del cual está en Estados Unidos quien lo emplea en casa para su gran industria. Hay evidentemente otros productos que juegan un rol muy importante en un conflicto bélico, como por ejemplo los metales latinoamericanos, casi todos en poder del capitalismo norteamericano. A este respecto no hay para qué citar el cobre de Chile, que ocupa el segundo lugar en la producción mundial de este metal, que, a su vez, es un factor decisivo en nuestra política y economía, a tal punto que la sola paralización parcial de esta industria extractiva por falta de mercados significaría dejar cesantes a varios miles de nuestros obreros y empleados. En Chile los norteamericanos tienen invertidos 130 millones de dólares en cobre, o sea, unos 3.250 millones de pesos chilenos.

Veamos ahora escuetamente el estado de la defensa de nuestros países. Según nuestro amigo el sociólogo y profesor norteamericano Mr. Jack Lavish los gastos en material bélico para América Latina, con una población muy poco in-

ferior a la de Estados Unidos y con sus enormes riquezas en materias primas, subieron apenas a 190 millones de dólares en 1938, poco antes de empezar la actual guerra europea, contra 1.065 millones del último de los países nombrados. En ese mismo año Inglaterra había invertido 1.693 millones de dólares, Japón 1.755 millones, Alemania 4.400 millones, y, superándoles a todos la U. R. S. S., que tanto ha insistido en la paz, invirtió 5.409 millones de dólares (alrededor de 11 mil millones de rublos) en gastos de guerra. Es lógico que estas cifras hayan subido en el actual conflicto. Los Estados Unidos, por ejemplo, han acordado un gasto bélico, para empezar, de algo así como 4.500 millones de dólares, y han acordado también prestar 500 millones a América Latina para su defensa. En estos mismos días han sido concedidos por el Banco de Exportaciones e Importaciones 60 millones a la República Argentina y 50 millones al Perú. A Chile le han concedido sólo cinco millones y con el único objeto de equilibrar su balanza de pagos.

De lo que hemos expresado se deduce que es perfectamente cierto aquello que se ha dicho en el sentido de que somos países ricos pero débiles. Y por razones económicas y de vecindad estamos enyugados al carro de los Estados Unidos. La política de "good neighborhood" proclamada por Mr. Roosevelt no puede sino considerarse transitoria. México no hubiera podido, sin el consiguiente conflicto, nacionalizar su industria petrolera si hubiera estado presidiendo la gran nación del Norte un político al estilo de Mr. Coolidge. Durante otros cuatro años Latinoamérica puede vivir relativamente tranquila respecto del imperialismo norteamericano con este neomonroísmo. Todo lo cual no ha sido impedimento para que el Conde Ciano nos hiriera hace poco llamándonos colonias de Estados Unidos y expresase que como tales estábamos compelidos a seguir una política exterior de consuno. Esto dió motivo a Joaquín Edwards Bello para escribir un substancioso artículo que tituló "El meteco se subleva".

Hoy que la paz y la neutralidad se miden en razón inversa a la cantidad de armamentos, y que la diplomacia habla el "lenguaje de los cañones" se firman pactos y alianzas y convenios que es preciso traducir en palabras cotidianas. Así, no se necesita ser muy perspicaz para comprender lo que para los países de Latinoamérica significa "la paz del Hemisferio Occidental" en boca de los Estados Unidos, país "no-beligerante" en el actual conflicto europeo e interesado en la hegemonía mundial, ya que controla —como se ha dicho—

el 60 por ciento de la producción industrial del Globo. No se necesita tampoco ser muy perspicaz para comprender cuál es aquel país "no-europeo" que provocará la inmediata intervención del Japón en caso de que aquél tome parte en el actual conflicto, asunto estipulado recientemente en la alianza militar por diez años del Eje Roma-Berlín-Tokio. He aquí, pues, que por el lado del Pacífico y del Atlántico la guerra nos amenaza, y nos amenazaría aun cuando no estuviésemos prendidos a los pantalones del Tío Sam (Conferencias de Panamá y La Habana), como algunos amantes de la paz lo propician; nuestros mercados y nuestras materias primas serían siempre un bocado apetecible para los imperialismos de Oriente y Occidente, más codiciado todavía si somos débiles por desunidos.

III.— Los maestros latinoamericanos ante la realidad

Todos amamos la paz. Todos deseamos la paz. Todos queremos la paz si la paz es posible. Pero la paz nuestra está comprometida por razones económicas con los Estados Unidos, nación que tiene a su vez sus problemas específicos frente al equilibrio del mundo por razones igualmente económicas. Es triste constatar que tal sea la realidad en el momento actual, en que cada país, grande o pequeño, ha tomado partido en esta conflagración. La guerra puede estar con nosotros, a pesar de nuestros deseos en contrario. En el juego de la economía hay procesos que tienen que cumplirse con la fuerza de leyes ineluctables y al margen de consideraciones sentimentales. Estas leyes tienen algo de inhumano y brutal. De ahí la necesidad de organizar nuestras ideas y sistemas con el objeto de obtener en el terreno de la práctica o de los hechos los resortes necesarios que garanticen la paz y el ejercicio de la libertad; pero una paz nuestra, una paz latinoamericana y una libertad latinoamericana restringida o limitada sólo para aquellos que, encubierta o desembozadamente, quisiesen coartarnosla. Mayoría de edad significa independencia. Independencia significa autodeterminación. Autodeterminación significa libertad. Libertad para hacer una vida propia, marcar una ruta y un destino propios. Ningún país puede decir que haya llegado a su mayoría de edad si tiene, por ejemplo, su economía entrabada y su política controlada por cualquier imperialismo.

¿Quiere decirse que debemos abandonar toda idea de fomentar el nacionalismo de cada una de las repúblicas indoamericanas? No. Y no, porque mientras más nos conozcamos en casa con un sentido estricto y exacto de nuestra situación y nuestra realidad, y no nos engañemos nosotros mismos pensando que somos patriotas con sólo cantar la Canción Nacional y recitar versitos a nuestras lindas banderas, mientras más conciencia tengamos de nosotros mismos, más nos convenceremos de que hay sólo una manera de llegar a nuestra mayoría de edad, unirnos; más nos convenceremos que esta unión es una necesidad imperiosa, porque aislados no contamos en la balanza del mundo y nos exponemos a la codicia de los fuertes, aunque enviemos ante las grandes potencias embajadores con vistosos entorchados y generales color de aceituna que son mirados con benévola curiosidad o con irónicas sonrisas.

En realidad, cuando pensamos que tenemos que recuperarnos nosotros mismos nacionalizando nuestras fuentes productoras de materias primas y entregando su control al Estado, para lo que es indispensable la federalización de los Estados hispanoamericanos; cuando pensamos que es necesario armar los espíritus con la persuasión de la conveniencia; cuando se piensa que el imperialismo posee prensa y medios de propaganda, y sus abogados, juristas y adláteres de nuestra misma nacionalidad; cuando se piensa que la política menuda es el pan nuestro de cada día con sus caudillos locales ambiciosos y sedientos de gloria barata que perderían por insignificantes sus prerrogativas y nombradía dentro de la gran República Federal Indoamericana; cuando se piensa, en fin, en esta gran obra y sus grandes dificultades no se puede dejar de valorar lo que en esta lucha significaría la escuela si todos los maestros de Indoamérica se unieran a la gran causa tomando la más alta conciencia de su rol, porque si el historiador escribe la historia del pasado, el periodista la del presente, o sea, la que está haciendo el político o el gobernante, quienes procuran la organización y el trabajo y la felicidad de los pueblos, el profesor o maestro, el escritor y el sociólogo tienen la obligación de planear la historia del porvenir basándose en el conocimiento de la realidad de esta hora.

IV.—La historia al servicio de una conciencia cívica indoamericana

Las autoridades educacionales chilenas han sentido, al parecer, la inquietud que la actual guerra nos ha creado y han enviado una circular a los profesores de historia preguntándoles su opinión sobre tópicos que se relacionan con nuestra situación en el conflicto.

La circular en referencia contiene preguntas como ésta: "Se debe dar mayor importancia que la que actualmente se les asigna a la Historia y Geografía de Chile y de América?" "¿Debe dedicarse el horario de esta asignatura durante todo el año en un curso de humanidades al estudio de la Historia y la Geografía de Chile?"

Habría sido deseable que este cuestionario lo hubiesen contestado todos los profesores chilenos, ya que la historia es un sistema de conocimientos que casi siempre escapa a la ciencia y los resultados de su enseñanza pueden ser dirigidos hacia una finalidad perfectamente preestablecida e intencionada. En este sentido estimamos valiosa la insinuación de algunos profesores en el sentido de suprimir las Cátedras de Educación Cívica y Economía Política en nuestros liceos y escuelas para incorporarlas al estudio circunstanciado de la historia y la moral y la geografía, especialmente la geografía económica, connotadamente aún, la geografía económica latinoamericana relacionada con la de nuestro país y sus necesidades internas. Las Cátedras de Educación Cívica y Economía Política, han dicho esos profesores, no han servido sino para crear el amor por la improductiva profesión de los "juristas", tan abundantes como inútiles en nuestras tierras indoamericanas, en donde no hacen sino complicar los problemas más simples con sus discusiones bizantinas, máxime —agregan— cuando esas cátedras están muchas veces en manos de personas irresponsables que no ostentan título alguno que acredite su competencia y que ni siquiera conocen el manejo y la pronunciación de su propio idioma, la lengua de Cervantes, tan hermosa como precisa. Las clases que el horario del liceo destina a la educación cívica y económica, según estos profesores, deben quedar agregadas a las de Historia y Geografía a lo largo de todos los estudios, con tanta mayor razón cuanto que una inmensa mayoría del alumnado no alcanza a los cursos superiores, en donde se enseñan aquellas disciplinas en cátedras separadas, en cambio los co-

nocimientos y derechos y deberes cívicos son inherentes a toda la ciudadanía. Las llamadas "élites" que deseen especializarse tienen para ello las Escuelas Universitarias de Derecho. Ni siquiera las nociones de Derecho Civil enseñadas en el liceo tienen aplicación práctica, y, cada vez que un ciudadano se ve enfrentado a un problema de herencias o de conflictos familiares no los soluciona por sí mismo debiendo recurrir a un profesional, lo que querría decir que esas nociones son prácticamente inútiles.

Y es en estas triquiñuelas, en la maraña de estas triquiñuelas, en las que se pierden el tiempo y los trascendentales problemas que son de vida o muerte para la democracia y la libertad, conceptos que para nosotros no pueden tener ningún valor mientras no existan una democracia y una libertad indoamericanas nítidas frente a la democracia y la libertad de otras naciones, ricas también pero fuertes. No es que se quiera levantar una potencia para hacer la guerra a los Estados Unidos. Esto sería absurdo y contrario a los sentimientos de paz y al sentido de las realidades. Lo que se pretende es formar una nueva y gran nación armada culturalmente con una conciencia cívica de tal, capaz de oponerse a la diplomacia del dinero o a cualquiera otra forma de penetración imperialista pacífica, y, armada también con los suficientes cañones, barcos y aviones, tan suficientes como para hacer comprender a cualquier imperialismo que no es negocio la conquista por las armas de nuestras ricas tierras. O sea, la paz vendría por añadidura.

Santiago de Chile.

ANTONIO ZAMORANO BAIER

DECIMO ANIVERSARIO DEL GRUPO AMERICA

El 13 de Abril del presente año, cumplió nuestra Institución dos lustros de existencia. Al hacer un alto al cabo de este trecho recorrido, tenemos sólo la íntima satisfacción de que nuestra simiente de trabajo, la semilla del ideal americanista, que venimos sembrando, ha caído en terreno fértil para la fructificación de nuestros propósitos. Mas, todo lo que hayamos logrado alcanzar en la persecución de las realizaciones fundamentales: el propiciamiento de la mayor difusión de nuestra realidad cultural, el afianzamiento de la amistad continental, trenzada con un común anhelo de unidad y grandezas americanas, ésto no llega a constituir sino nuestra propia fuerza estimuladora para seguir adelante en la labor hace diez años comenzada.

Con motivo de este acontecimiento, el Grupo América, tuvo el 20 de Abril, una sesión extraordinaria, que fue honrada con la presencia del Primer Magistrado de la República Dr. Dn. Carlos Alberto Arroyo del Río, del Embajador de Colombia Sr. Dr. Dn. Alirio Gómez Picón, del Ministro de la Argentina Sr. Manuel A. Viale Paz, del Coronel Dn. Francisco Urrutia Inspector General de las Fuerzas Armadas, del Secretario General de la Administración Dr. José R. Chiriboga, de los Subsecretarios de Educación Pública y Previsión Social, de los representantes de las instituciones culturales de la Capital: Sociedad Jurídico Literaria, Sociedad Bolivariana del Ecuador, Unión Nacional de Periodistas, Ateneo Ecuatoriano, etc.; de representantes de la Prensa; distinguidas personalidades científicas, literarias y artísticas, entre las que anotamos al escritor norteamericano Sr. Thornton Wilder, y destacados miembros de nuestra sociedad.

Como estaba previsto en el programa, formulado al efecto, a las 11 a. m., el Secretario General del Grupo, don Isaac Barrera, declaró abierta la Sesión, iniciándola con la lectura de su brillante discurso en el que sintetizó las labores desarrolladas por la Entidad en sus diez años de

existencia, y esbozó sus propósitos para su actividad cultural.

Luego el Sr. Francisco Terán, Secretario de Actas y Correspondencia, dió lectura al Mensaje que el Grupo América en confirmación de sus ideales fundamentales y perentorios en estos momentos, envía a las Instituciones Científicas y Literarias de América, y a sus juventudes pensantes.

En seguida el Sr. Dn. Augusto Arias, leyó los retratos literarios de los fallecidos compañeros del Grupo: Manuel María Sánchez, César E. Arroyo, Nicolás Jiménez y José de la Cuadra, completando así el homenaje que la Entidad quería consagrar a la memoria de los distinguidos muertos, colocando en la Biblioteca sus retratos, cuatro carbonos ejecutados por el joven retratista Carlos Rodríguez.

A continuación, el Secretario de Actas y Correspondencia, dió a conocer las Bases del Concurso Histórico Literario, sobre tópicos de la cultura Argentina, que promueve el Grupo América entre los estudiantes de los Colegios de Segunda Enseñanza de la República, para la adjudicación de las artísticas y significativas medallas donadas por el ex-Ministro Argentino, el distinguido escritor Alberto M. Candioti.

Terminados los números del programa, el Sr. Presidente de la República, en elocuente discurso se refirió a la labor desarrollada en sus diez años por el Grupo América, felicitándole por su tesonera acción y exteriorizando los propósitos del Gobierno de apoyar a una Entidad que ha alcanzado tanto prestigio en el país y fuera de él, probando lo cual, pidió se dé lectura al Decreto Ejecutivo por el que el Gobierno asignaba la cantidad de diez mil sucres para ayudar la acción cultural de nuestra Institución.

Semejante gesto del Presidente de la República, que ponía de relieve los inequívocos propósitos del Gobierno, respecto a su preocupación y apoyo a la cultura nacional, fue largamente aplaudido por la numerosa concurrencia que llenaba los salones del Grupo.

Un vermouh cordial y animador dió fin a esta sesión del décimo aniversario del Grupo América, cuya documentación nos es grato transcribirla:

En Busca de la Personalidad

Frases leídas en el "Grupo América" en el décimo aniversario de su fundación, por el Secretario General, Dn. Isaac J. Barrera.

Es una fiesta cordial la que celebramos hoy; se cumplen diez años de funcionamiento del Grupo América que ha sabido reunir en su torno a gran número de hombres de buena voluntad y decididos a trabajar por un propósito.

En 1935, Antonio Montalvo contaba en la revista, que es órgano de este Grupo, cómo ha ido formándose esta asociación de cultura que extiende sus aspiraciones a mantener una íntima relación continental, como un medio de propaganda de las letras y de servicio de la República. Alfredo Martínez y Montalvo han sido los animadores de esta empresa intelectual y digna de todo aplauso; los demás hemos venido después.

En 1925 Martínez y Montalvo, jóvenes literatos ambateños, decidieron conquistar la capital y fundaron la revista "América" que encontró tanto ambiente, que se convirtió luego en lugar de cita para la intelectualidad de la República. La revista América nació al influjo del ánimo generoso de estos dos jóvenes, y muchos somos testigos de los afanes bien logrados, y muchos sabemos los sinsabores que acarrea esta consagración a las letras en que el trabajo se efectúa en un campo en que todos piden y pocos dan, mezquina y avaramente.

De estos anhelos generosos nació el Grupo América, que celebra ahora su décimo aniversario; y no ha querido dejar pasar la oportunidad sin reunir a los amigos para recordarles que el centro tiene un propósito generoso y noble para el que pide simpatía y cooperación. No quiere convertirse en grupo absorbente ni representativo; quiere ser el vehículo de una idea, el agente de una intención buena, la oficina de correspondencia que una a los hombres que trabajan en el Ecuador y en América por trabar conocimiento, por anudar lazos, por propagar valores.

Qué queréis, si los hombres tienen un deber social que cumplir, no habrá motivo para extrañarse que se adopten diferentes puntos de vista para atender a este servicio. El

Grupo América ha tomado a su cargo el más inofensivo, pero tal vez el más eficaz: propagar amistades en América.

Cuántas veces la generosidad patriótica de los hombres ha buscado la manera de consolidar las instituciones siempre tambaleantes en América, se han lanzado diferentes opiniones que expresaban la adopción de un método para obtener esa regularidad social y política, que debía ser el comienzo de la nueva era en la que el trabajo organizado y respaldado por la ley pudiera encontrar el equilibrio de igualdad que apagara destemplanzas en nombre de la justicia.

Se ha pensado entonces que la renovación debía ser completa: hombres, ideas y hasta razas. Hemos llegado a decir que el aborigen era una carga fastidiosa para toda marcha regularizada; hemos buscado caudillos o nos hemos atrincherado tras de una barricada que se creía revolucionaria. En todo caso hemos buscado lo que no teníamos.

Y allí está el error, en mi sentir. Si el medio social no respondiera al anhelo de vida de estos pueblos, las guerras de la Independencia hubieran sido batallas venturosas, pero sin consecuencia apreciable; habríamos sacado del país a los españoles para ponernos a buscar con quién sustituirlos.

Y en eso hemos pasado de un modo o de otro, con aspiraciones que han tomado actitudes heroicas, pero que en el fondo no era sino desconfianza de nosotros mismos. No valíamos mucho, y por eso cada elevación ha sido seguida del tumulto, hasta el día que viniera algo superior que nos pusiera en paz.

Y esta no debe ser una actitud americana: la confianza debe residir en nuestras propias fuerzas, para lo que es necesario reunir valores, ponerlos a la consideración del público, invitar con el ejemplo, imponer sus capacidades. La fuerza operante y organizadora debemos buscar y encontrar en nuestras propias filas: hay que americanizar el sentimiento y la voluntad.

A mi modo de ver este es el campo de acción del Grupo América; no es solamente un sentimiento fraterno el que nos guía, sino la confianza en nuestros destinos, y en cierta manera, el orgullo de nuestro valer. No es jactancia, sino optimismo.

Hasta ahora el continente americano ha sido una vasta extensión en el que no prosperaban las relaciones de ninguna clase. Especialmente los esfuerzos que hacían los constructores eran ignorados en la nación vecina. América existía

como porción geográfica con débiles ligámenes de pensamiento.

El movimiento cultural de los últimos tiempos se dirige a obtener esta comunicación. Los hombres se ponen en contacto; las ideas circulan con mayor preocupación; las obras de sus escritores encuentran resonancia en todas las repúblicas. Es altamente satisfactorio anotar como leaza con los novelistas de Quito y G. Gilbert con los de Guayaquil, penetran con sus libros en los centros intelectuales de Argentina y de Estados Unidos de Norte América: mientras en Quito se buscan con interés las obras que se producen en las otras repúblicas del Norte y del Sur del Continente.

Y esto que se ha hecho por América, es preciso hacer también por el Ecuador: hay que buscarnos en nosotros mismos. Debemos fundar la confianza de nuestro destino en lo que podemos aportar, en lo que valemos y en lo que tenemos. La primera reivindicación tiene que ser de nuestra fuerza. Mucho tiempo hemos vivido de prestado en ideas de toda clase, desde el grito político hasta el ensayo literario. Y sin embargo somos un pueblo que permanece intacto, esperando la utilización de sus valores; que los hombres vuelvan la vista al propio suelo, sin dejarse llevar por lo llamativo de las enseñanzas extrañas. Tenemos que respaldar a nuestros hombres; tenemos que adoptar una idea nacional; tenemos que buscar el sentido de lo real y ponernos a trabajar con nuestros propios medios.

Perdonad mi entusiasmo al tratar de interpretar los anhelos que viene persiguiendo el Grupo América; anhelos que no son solamente nuestros, sino que han sido secundados y seguidos en muchos países: América es ahora un tema de emoción continental y tenemos que enorgullecernos de haber sido los primeros en levantar esta bandera.



Reseñaré ahora brevemente los trabajos que lleva efectuados el Grupo, cuya Secretaría General ocupo. Los trabajos no siempre han de ser como los de Hércules, heroicos. Es más eficaz la acción constante y la acción que busca un resultado, que no es efecto de las circunstancias, sino que se propone un fin.

Cuando celebró en 1935 la Exposición del Libro Americano, sentó las bases esenciales de su funcionamiento; se

convirtió en el agente de relaciones intelectuales de este Continente. El resultado está allí en su magnífica Biblioteca compuesta de 7.000 volúmenes, incrementados diariamente, y abierta al público todos los días. En esta Biblioteca se encuentra el libro que se publica en América; bibliografía difícil antes de obtenerla por los estudiosos. Allí están los clásicos de América y los jóvenes que sienten todas las audacias revolucionarias y que las plasman en libros.

Este es el mayor servicio del Grupo cuya expresión es la revista que viene publicándose desde 1925, como he dicho y que sigue ahora como órgano de este centro de cultura. En sus páginas se registran, valiosos estudios que serán aprovechados después cuando se haga la historia literaria de la República.

Ha promovido concursos de consideración. Hay que recordar aquel en que premió la obra de Icaza, señalándola al Ecuador ya que en el Continente había tenido la necesaria repercusión.

Ha publicado libros tan importantes como el consagrado a Amiel por nuestro compañero Muñoz Sáenz. Ha dictado conferencias por medio de sus socios de más prestigio. La labor ha sido múltiple, decidida, fecunda, y, sobre todo, llena de entusiasmo, de buena voluntad y de buena fe. Trabaja honrada y honrosamente. Tiene fe y optimismo; no trata de convertirse en obstáculo sino de allanar caminos, de abrir comunicaciones, de descubrir méritos, de inspirar vocaciones.

¿Es poco? Es suficiente con que lleve la intención sana de ser útil.

No quiero ni necesito alargarme más. La obra que se hizo, buena o mala, allí queda al juicio de todos. Lo importante no está en ello sino en la voluntad de continuar. Ojalá en una próxima fiesta nuevos trabajadores de mayor esfuerzo, hagan saber de la extensión de su labor. La confianza en el futuro guiará los pasos de este Grupo.



Mensaje del Grupo Améri- rica del Ecuador a las Instituciones Científicas y Literarias del Continente

Durante sus diez años de vida, el Grupo América del Ecuador ha venido laborando, por todos los medios a su alcance, por el mejor conocimiento de los pueblos del Continente, base segura de la mutua comprensión y vinculación que debe eslabonarlos y estrecharlos en esta hora de prueba para todos los estados y naciones que han querido permanecer en egoísta aislamiento.

La Historia es la aleccionadora del futuro, han repetido los pueblos sonoramente, pero, al parecer, sin aprovechar la normadora idea. América, el continente joven cuyo período de aprendizaje apenas ha principiado, no debe desperdiciar las dolorosas enseñanzas de la vieja Europa, escritas con sangre en las páginas desgarradas de su larga historia.

Las murallas estatales, los abismos de incompreensión, las rivalidades étnicas, los antagonismos religiosos, las injusticias sociales, los artificiosos equilibrios políticos, en el reducido solar de esa Europa que nos descubriera, nos conquistara y nos civilizara, han alimentado una hoguera perenne, atizada por el odio, en cuyas llamas cien veces ha parecido consumirse la magnífica cultura que arranca de los lejanos tiempos de Grecia y de Roma y que ha sido el orgullo del mundo de Occidente, como queriendo cumplirse el fatal vaticinio de Spengler.

Ante este doloroso ejemplo, ante esta convincente lección de la Historia, cuál la actitud que debe asumir América, cuál la ruta que debe trazarse para el futuro?

Ventajosamente los pueblos de América poseen antecedentes históricos y geográficos que les permitirán adoptar un plan de acción que, realizado con voluntad y firmeza, les deparará el supremo bien de no verse envueltos en la vorágine que amenaza la destrucción de la cultura de Occidente.

Y en la formulación de este plan, que debe ser informado por un espíritu altamente idealista a la vez que profundamente pragmático, deben empñar su palabra todas las asociaciones científicas, literarias, culturales en fin, de los pueblos americanos.

El Grupo América del Ecuador invita a meditar sobre estos tópicos cuya realización contribuirá a hacer del continente de aquende el Atlántico el baluarte de la paz y el refugio de la civilización de un mundo que caduca.

La cooperación.—Los pueblos americanos, por razones de índole geográfica o histórica, han sido favorecidos con la floración de variados valores en el campo del espíritu como en el de su vida material. Busquemos esos valores complementarios de los que unos pueblos han sido privados, no ya en el Viejo Mundo, sino en la América misma.

Los mentores de la juventud que en diversos ramos del saber, de la actividad y de la técnica que todavía necesitan algunos de nuestros países, bien pueden encontrarse entre los hermanos mayores del Continente y a ellos se debiera acudir, en la seguridad de que nunca sería negado su concurso generoso. Y en lo económico, América es suficientemente grande y variada, para que sus pueblos no encuentren dentro de ella lo que la naturaleza o el escaso desarrollo de la técnica no les permiten disfrutar. Sólo falta limar las barreras aduaneras que impiden el fácil intercambio, fomentar sus industrias incipientes y desarrollar sus medios de comunicación. El ensayo de la formación de los bloques de cooperación económica entre los pueblos del Plata y del Sur Pacífico, nos augura el mejor éxito de este propósito.

La defensa.—Y si, pese a nuestros buenos deseos de mantenernos alejados de todo conflicto, confiados en aquel soberbio aislamiento geográfico del que hasta ayer se enorgulleciera América, la integridad de sus pueblos pelagra, preparémonos para su defensa, que, asimismo, debería consistir en estructurar su economía, de tal modo que el Continente sepa, en la paz y en la guerra, bastarse a sí mismo:

en el trópico se pueden encontrar las materias primas de que carecen los pueblos del Norte y los del Sur, en tanto los del Centro satisfarían, a su vez, sus necesidades en aquéllos. Bien organizado este intercambio, adoptando las medidas aconsejadas por la moderna Ciencia de Hacienda, el Continente tendría allí su mejor defensa, independizado de los mercados del Viejo Mundo que todavía esclavizan a muchos pueblos americanos.

Y en lo militar, los primeros pasos están dados: cooperación, buena voluntad, entendimiento, son las condiciones básicas para que las posibilidades armamentistas de América se pongan al servicio mutuo, para la defensa de la gran unidad histórica y geográfica que constituye el Nuevo Mundo.

La conservación de la paz.—Y, como corolario, América, por sobre todo, debe perseguir el mantenimiento de la paz. Frente a ese mundo en que se han entronizado el odio y el exterminio, nosotros debemos construir acá el mundo de la paz y la concordia. Principiemos, en colaboración, por la solución de los pequeños problemas que acaso impedirían la realización de este anhelo. Son tan pocos, ventajosamente, que no sería difícil anunciar al mundo, en un mañana cercano, el arreglo del último diferendo. En el corazón de la América Sureña, por ejemplo, el problema ecuatoriano-peruano, limados los prejuicios nacionalistas, desaparecería, con corto esfuerzo de los pueblos hermanos, ese vestigio de intranquilidad. En el Caribe, si Puerto Rico ha salido de menor edad y si esto lo comprenden los Estados Unidos, bien podría la Unión dar un nuevo gesto de su política de Buen Vecino, concediendo a la Isla de honda tradición hispana el derecho a disponer de sus destinos.

Y por fin, la América unida, para hacer efectiva su neutralidad, debe disponerse a encarar el problema que tal vez podría atraer a sus playas la guerra que consume al Viejo Mundo. No más colonias de la caduca Europa en esta América que quiere vivir alejada de todo tutelaje y de todo pretexto que podría romper su frente de paz.

Y deberíase principiar estudiando la forma de reincorporar a Guatemala la Honduras Británica, a la Argentina las Islas Malvinas, Trinidad y Curazao a Venezuela, Jamaica, por su unidad racial, acaso a Haití, desmembraciones que son llagas vivas en la carne de estas hermanas de América.

Para más tarde, pero como problema planteado y que preocupa ya al Continente, quedaría la solución del que ata-

ñe a esas otras tierras que se llaman Guayanas, Groenlandia y Pequeñas Antillas, cuya posición política no se compagina con los ideales libertarios que han distinguido a América.

Vasto, indudablemente, el plan que corresponde afrontar al Nuevo Mundo en esta hora de prueba para la civilización y la cultura. Pero al servicio de esta grande causa deben ponerse la juventud y el esfuerzo de las generaciones presentes y venideras, guiadas por todos los hombres que militan en todos los campos de la idea y de la acción.

Este el Mensaje americanista que, en grata fecha de recordación para él, el Grupo América del Ecuador somete a la consideración de los pueblos hermanos, representados por sus Asociaciones Científicas y Literarias.

Quito, a 20 de Abril de 1941.

Hipatia Cárdenas de Bustamante

Isaac J. Barrera

Carlos Salazar Flor

Guillermo Bustamante

Oscar Efrén Reyes

Antonio Montalvo

Juan Pablo Muñoz Sanz

José Alfredo Llerena

Augusto Arias

Gonzalo Escudero

Jorge Pérez Concha

Juno Endara

Miguel Angel Albornoz

Albert B. Franklin

Francisco Terán

Emilio Uzcátegui

Jaime Barrera B.

Alfredo Martínez

Ignacio Lasso M.

Pío Jaramillo Alvarado

Jorge Icaza

César Carrera Andrade

Julio E. Moreno

Jorge Escudero

Socios Activos ausentes: Demetrio Aguilera Malta, Jorge Carrera Andrade, Abel Romeo Castillo, Víctor Hugo Escala, Carlos M. Espinosa, J. A. Falconí Villagómez, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert, Francisco Guarderas, Miguel Angel León, Hugo Moncayo, Luis Monsalve Pozo, Alfredo Mora Reyes, Manuel M. Muñoz Cueva, Hernán Pallares Zaldumbide, Alfredo Pareja Díez Canseco, Angel F. Rojas, Telmo Vaca del Pozo, José María Velasco Ibarra, Gonzalo Zaldumbide.

Bases para el Concurso Intercolegial de Cultura Argentina

En el afán de despertar el entusiasmo de la juventud por el mejor y más cabal conocimiento de la cultura argentina, el escritor Alberto M. Candiotti, ex-Ministro de la República del Plata en Quito, donó quince medallas para que fueran adjudicadas a los estudiantes de los colegios ecuatorianos que más se hubieren interesado por el estudio de los problemas históricos, geográficos o literarios de la Argentina.

Para cumplir este deseo, el Grupo América ha resuelto promover el Certamen entre los colegios de la Sierra que tienen en el momento organizados sus cursos, dejando para otra ocasión a los de la Costa, cuyas labores recientemente se reinician, de acuerdo con las siguientes bases:

1º—Destínase una medalla, con el diploma correspondiente, a los Planteles de Segunda Enseñanza que a continuación se expresan: "Bolívar" de Tulcán, "Gómez de la Torre" de Ibarra, Colegio Militar "Eloy Alfaro", "Mejía", Normales "Juan Montalvo" y "Manuela Cañizares", "24 de Mayo" y "San Gabriel" de Quito, "Vicente León" de Latacunga, "Bolívar" de Ambato, "Maldonado" de Riobamba, "Pedro Carbo" de Guaranda, "Juan Bautista Vásquez" de Azogues, "Benigno Malo" de Cuenca y "Bernardo Valdivieso" de Loja.

2º—En el Certamen pueden intervenir los alumnos matriculados de los Cursos IV, V y VI de los mencionados planteles, que se hubieren inscrito hasta tres días antes de realizarse la prueba.

3º—Los temas sobre los que versarán las disertaciones, quedando los alumnos en libertad de escoger cualquiera de ellos, son:

- a) **Biografía de Sarmiento;**
- b) **La colonización en la Argentina. Razones que han determinado su éxito tan brillante, y**
- c) **La Argentina en la Conferencia del Plata: sus propósitos en lo económico; su importancia en la defensa continental y sus proyecciones en la consolidación del americanismo.**

4º—Para garantizar la originalidad de los trabajos, éstos los desarrollarán bajo la vigilancia de dos profesores designados por el Rectorado del Plantel, en una de las aulas de clase, disponiendo los alumnos de dos horas para su ejecución. La prueba se verificará, indefectiblemente, del 25 al 30 de Mayo próximo.

5º—La revisión de los trabajos para la elección del que deberá ser premiado, asimismo, la hará una comisión de profesores señalada por el Rector, debiendo presidirla el que tenga a su cargo la cátedra de Historia de América.—La entrega de la medalla al vencedor la efectuará el Rectorado antes de la terminación del presente curso escolar, en la fecha y con la oportunidad que juzgare más oportunas, excepción hecha de los Colegios de Quito, cuyos triunfadores recibirán las respectivas medallas en una reunión que para el efecto organizará el Grupo América.

6º—los trabajos premiados serán enviados al Grupo América (Apartado 75—Quito), hasta el primero de Julio del presente año. Aquellos que, a juicio de los Directores de la revista "América", merecieren su publicación, aparecerán en sus páginas, como un estímulo a la juventud estudiosa.

Quito, a 20 de Abril de 1941.

Isaac J. Barrera,
Secretario General

Francisco Terán
Secretario de Actas
y Correspondencia

Apoyo del Gobierno al Grupo América

Nº 416

Carlos A. Arroyo del Río,
Presidente Constitucional de la República,

Considerando:

Que el Grupo América, institución que ha prestigiado la cultura nacional, tanto dentro de la República como fuera de ella, celebrará próximamente el décimo aniversario de su fundación;

Que es deber de los Poderes Públicos apoyar a las entidades que como el Grupo América se preocupan por el adelanto y prestigio de la cultura ecuatoriana,

Decreta:

Art. 1º—De los fondos destinados a "Imprevistos Generales" de la Administración Pública, según Decreto Ejecutivo Nº 372 de 9 del actual, destínase la suma de Diez Mil Sucres como auxilio del Gobierno al indicado Grupo América, para fomento de su biblioteca, adquisición de muebles y otros gastos.

Art. 2º—El Ministro de Hacienda queda encargado del cumplimiento de este Decreto.

Dado en el Palacio de Gobierno, en Quito, a 18 de Abril de 1941.

(f.) **Carlos A. Arroyo del Río.**

El Ministro de Hacienda,

(f.) **V. Illingworth.**

Es copia.—El Subsecretario de Hacienda,

(f.) **C. Endara.**

BIBLIOGRAFIA

FILOSOFIA DE LA EXISTENCIA

(Notas sobre Ortega y Gasset)

Julio E. Moreno

Quito-Ecuador-1940

Otra obra enjundiosa de don Julio E. Moreno, que, sumándose a "Humanidad y Espiritualidad" y "El Sentido Histórico de la Cultura", confirma a un pensador, a un meditador que se afana por clarificar y descubrir a la luz de la investigación filosófica, este apretado haz de complejos problemas que constituye la vida histórica y actual de América, y en ella, también, la historia y realidad de su cultura.

"Vivir es filosofar", apunta el escritor ecuatoriano en el primer capítulo de la obra. Pero filosofar, decimos nosotros, en exégesis del pensamiento motriz que determina la interpretación de sus estudios, no quiere significar la creación de un determinado sistema filosófico, de un patrón científico que sea a la vez clave y explicación inapelable de la verdad existencial de un mundo configurado y modelado con especiales ingredientes sociológicos y psicológicos; mas bien la actitud, no sólo del "curioso de la ciencia", no sólo del "meditador en un plano de un cotidianismo hecho de realidades", ni, del teorizador en el ámbito ingente de lo existencial", sino del hombre que aspira a transformar la realidad, del hombre que en conocimiento de sus estratos originarios bio-sociológicos, no quiere ser solamente el traductor, más o menos certero, de un pasado histórico, sino del creador, el superador de su propia hora existencial, la fuerza dinámica que coopere a empujar el "vivir" presente hacia la realización dialéctica de su destino. Así, con sentido de actualidad si "vivir es filosofar, filosofar sería construir la vida sobre una realidad social concreta.

A través de los catorce capítulos que forman "Filosofía de la Existencia", un espíritu de análisis profundo de las cuestiones fundamentales que gravitan en la existencia de América, alienta en ellos, esclarecedor y orientador. Habrá sin embargo quienes crean que la interpretación histórica de América, de su alma, de su cultura, de sus problemas, acepta solo un único patrón filosófico, y podrán quizás, como es obvio, disentir de los principios que animan a esta obra, vigorosa de pensamiento y de suscitaciones. Problemas de vital actualismo hay

en ella, que están gravitando en esta hora de América, en espera de solución, y que deben preocupar seriamente a sus juventudes, sobre todo. Hallamos todavía de interés la indebatida aun cuestión que promoviera hace pocos años el leader aprista Haya de la Torre sobre el "nombre", o el re-bautismo de la llamada América Latina, que según el luchador peruano debería escuetamente llamarse: Indo-América.

Hallamos, asimismo en esta obra del señor Moreno, en su último capítulo sobre "La Raza Española", una magnífica refutación a las actualísimas y vigentes pretensiones de Franco, acerca de su inimaginable reconstrucción de la unidad española a base del dominio de las naciones hispano americanas...

"A estas horas postulando la unidad de la España totalitaria y de las naciones latinas de América! exclama el señor Moreno, la soberanía histórica, concepto implícito en la convención de la Fiesta de la Raza, ni está vigente para la España misma, ni corresponde a nuestra raíz de ser continental viviente. Distinta cosa es que el Estado español aspire con la ficción a mostrarse figura predominante, al lado de los pueblos que dominó la corona española. Y, en los presentes instantes, ello es para que demos la voz de alarma, anunciando que el nivel moral que representa la España de hoy es inferior al de latino-América... Me parece grotesco ese precario recuento de superioridades que el generalísimo Franco hizo en Zaragoza, hablando para América... Y locura es sobre todo, como en el caso de España, que arrebatos de la pasión política, pugnas de fanatismos extremos, hubieran hecho olvidar a sus conductores los principios espirituales en que se basa una nacionalidad y los valores de cultura con que gobierna su destino un pueblo."

REGISTRO DEL MUNDO

(Antología Poética 1922-1939)

Jorge Carrera Andrade

Quito-Ecuador-1940

Hace ya algunos años, Jorge Carrera Andrade, trazando un esbozo lírico de Jaime Torres Bodet, anticipaba vaticinadoramente, título, definición y explicación de esta antología poética. "Un libro de poesía —afirmaba— es un registro del mundo. El ser poético viaja lo mismo a lo largo de los continentes geográficos que a través de las latitudes espirituales del planeta. Muchas veces se enriquece de singulares hallazgos. El poeta por un pequeño salario de gozo, emplea su vista en esta especie de registro civil de la belleza..."

Este "Registro del Mundo" de Carrera Andrade abarca casi su trayectoria completa por el mundo de belleza por él mismo crea-

do, trayectoria marcada a cada paso, incesantemente, por los hitos luminosos que delatan los mil altos de su espíritu, en largos años de peregrinaje por los caminos geográficos, en exploración poética.

Toda la dimensión de su espíritu, hasta esta hora, en que la obra del poeta se zahuma de maduraciones definitivas, está marcada en este libro cardinal. Puede en él conocer íntegramente al poeta, puede en él oír la edad de su voz, intérprete de las armonías absconditas y misteriosas que a los otros les están vedadas. Puede mirarse y admirar en él la gesta del hombre, el creador de belleza —"tengo un demonio o un dios interior que me tortura"— traduciendo el mundo, describiéndolo, no sólo en músicas inefables, sino en la maravilla tautológica de un mundo de imágenes —y el arte, siempre ha sido y será la expresión del pensamiento en imágenes— en el que las cosas, los seres y los sentimientos, "transformados en vivas plasticidades", se muestran al hombre como recién nacidos, palpitantes de sentido universal.

¿Qué hay, pues, en esta poesía de Carrera Andrade que la vuelve tan nueva y tan profunda, tan clara y tan ecuménica? Hay, evidentemente, lo que en toda verdadera obra de arte: belleza, belleza gustable y comprensible, belleza animada de un inequívoco y emocional sentido humano. Hay la delectación de un imaginero verbal que goza con extraer de los seres y de las cosas cotidianas, envueltos con mieles filosóficas, sus íntimos secretos esenciales. Lo mismo cuando explica la filosofía de los seres humildes, como cuando pinta un paisaje, como cuando —buzo de los mares del espíritu— descubre tesoros emocionales en el submarino misterio de la vida del hombre.

Hay en la poesía de Jorge Carrera Andrade ese fuego de humanidad que el arte, para ser universal y eterno, pide a sus creadores. Es por esto, sin duda, que el nombre del gran poeta ecuatoriano, resuena con ecos universales en esta hora de las letras contemporáneas.

EL COJO NAVARRETE

Enrique Terán
Quito-Ecuador

En el vigoroso florecimiento de la novela ecuatoriana, esta obra de Enrique Terán irrumpe con el atuendo de una ejemplar novela vernácula, una novela que por la riqueza realista de su contenido da materia para esbozar, o fijar quizás, una nueva y moderna definición conceptual del género.

La literatura —y su más grande señora expresión, la novela, como todas las artes, sólo se nutre de la realidad. Y esto, no más, es

lo que hallamos en "El Cojo Navarrete". Una realidad que echa raíces en la carne palpitante de la vida ecuatoriana, de la de ayer, de la de ahora. Una realidad opulenta de contenido novelizable, de riqueza dramática traducible artísticamente, que Enrique Terán ha sabido aprovechar en forma original y trascendente.

Quizás, "El Cojo Navarrete", como muchas otras novelas de los escritores ecuatorianos contemporáneos, no haya llegado a acertar en la perfección técnica; quizás, como muchas otras, flaquee en su estructuración orgánica. Con todo esto y a pesar de esto, no dejará de ser una novela auténtica. "El Cojo Navarrete" no es la biografía novelada de un hombre; es la reconstrucción de una época histórica, repleta de dramatismo político; es la creación de un tipo social vigorosamente esculpido en el diorama de unos paisajes vivos de autenticidad, tallado en el granito de unos estratos históricos que prolongan sus frisos decorativos en la actualidad de la vida ecuatoriana.

Si esta obra de Enrique Terán, no tuviera suficientes méritos para que se la considere una novela irrefutable, bastaría el solo hecho de haberse creado un personaje —el "Cojo Navarrete"— que concreta en sí un índice y una explicación humana, un impercedero prototipo, símbolo y clave de una etapa del vivir nacional, para afirmar su valor como una expresiva obra de arte.

Si en tratándose de la creación novelística, como de las demás manifestaciones de la cultura, se impone la necesidad de definir la personalidad nacional, el autor de "El Cojo Navarrete", ha logrado grandemente este propósito. En las páginas de su novela no solamente hay cuadros de emocionadora "verdad ecuatoriana", no solamente hay el drama y la tragedia del mestizo y el indio del Ecuador, del criollismo aristocratizante; tampoco solo hay la pintura vernacular, en la que bajo horizontes de luces encendidas y de vientos rugidores, entre paisajes donde los Andes ostentan su inmaculado lirismo de nieve, viven, vegetan mejor, unas manadas humanas, decorativas en su primitivismo espectacular; ni hay solo esa justificable aberración de artista, que, en exageración de realismo, para explicar "lo sociológico" y lo psicológico, se deleita en la hedonista descripción de los hitos amorosos definitivos... Hay vida y personajes recreados con fuerza de humanidad eternizable, y, esto basta.

"El Cojo Navarrete", héroe y mártir de epopeya de la novela de Enrique Terán, entre similitud y diferencias, formará con el poco conocido Salvador de "A la Costa" de Luis Martínez, con el aún inédito Capitán Sandoval de "Nuestro Pan" de Gil Gilbert, el haz de las figuras que darán carta de naturalización continental y de identificación ecuatoriana a la novela nacional.

TRES ENSAYOS

Augusto Arias

Quito-Ecuador

Si la solidaridad continental ha de realizarse eficazmente, si el anhelado interconocimiento de los pueblos de América ha de trenzar sus nexos descubriendo su base de afirmación en lo que cada uno de ellos tiene de realización cultural, ningún camino más seguro para alcanzar tal propósito como el de la revelación —nunca por demasiado insistente menos llena de importancia— de los valores que, por los diversos senderos de la ciencia, la literatura, el arte, la política, contribuyeron y contribuyen a modelar la personalidad de una nación.

Libro que parece tuviera la misión de acercar por medio del conocimiento y difusión de sus valores humanos a los pueblos del Continente, este de Augusto Arias, "Tres Ensayos"; en el que recoge, disparejamente, sus estudios acerca de Teresa de la Parra, Domingo Faustino Sarmiento y Alberto Guillén.

Tres estudios sobre tres personajes disímiles de América. El poeta de Arequipa, como la bella caraqueña que fue, como el grande y paradigmático Sarmiento, no se encuentran ni pueden encontrarse en el campo donde cada cual, sin embargo, a su modo y en su tiempo, siembra su semilla de espíritu. El libro solo los reúne, a voluntad de quien, queriéndolo deliberadamente, cumple un deber de auténtica fraternidad internacional.

Y, para esto, no importa, por ejemplo, que a la sombra luminosa del autor de Facundo, se dibujen las figuras tangenciales y menores, de otros escritores que dejaron sobre la tierra, huellas de pensamiento.

El estudio sobre Guillén, aunque data del tiempo en el que alentaba aun la vida del poeta, viene como para borrar, a viento de evocación, las espesas nubes del olvido que amenazan cubrir las losas sepulcrales, viene a refrescar el recuerdo de un espíritu madurado de armonías que, pudo dejar vestigios de su paso, en una obra lírica mercedora de su tiempo y de su medio.

Teresa de la Parra, la nueva Ifigenia que quiso ser, y que lo fue, en vivo simbolismo sentimental y físico, ha proyectado su significación intelectual en el movimiento literario contemporáneo, con original delineación. Pues es la novelista de América. "Ifigenia" y "Memorias de Mama Blanca", son dos novelas de mujer que erigen un alto en la expresión de la novelística continental. Hay en ellas sol de eternidad y vitalidad ecuménica. No importa que su obra no haya sido más extensa. Las dos novelas recogieron quizás lo más rico que había a su torno y en su mundo interior. Si hay be-

lleza perdurable en ellas, ésta sólo existe en razón de lo que tienen de "americano", de alma telúrica, de aliento vernacular, de drama, paisaje y emoción americanos, que en esto estriba uno de los grandes méritos de Teresa de la Parra, una caraqueña de París, a quien no pudo europeizar —como a tantos— la ciudad de los deslumbramientos; enderezándola mas bien, contrariamente a poner sus ojos en lontananza, allá por donde se adivinaba las crestas de los Andes y la alegría del Avila y la ciudad que aprisiona la sombra inaprehensible y viva de Bolívar.

Sarmiento nos deslumbra con su grandeza, y es de los personajes, motivo de estos ensayos, del escritor ecuatoriano, el que más atrae nuestra admiración. En esta hora de conmoción espiritual universal, en esta hora en que la libertad busca refugiarse bajo los cielos hospitalarios de América, llevando consigo peligros evidentes, ya que es una fugitiva perseguida, en estos momentos de angustia para nuestras nacionalidades, ningún estímulo más propicio que el de traer la evocación de aquellos hombres, que a sangre de sacrificio y fuego de entereza humana, de abnegación constructiva, lucharon sin tregua y sin descanso para modelar un pueblo, para formar una nacionalidad, para, en el caso del sanjuanero ilustre, crear desde el banco de escuela, desde el infierno sin paisaje del destierro, desde la prisión y el exilio, desde el encumbramiento de la Presidencia de la República, lo que, en una palabra es auténticamente, inequívocamente: Patria.

El recuerdo de Sarmiento, como el de todos los hombres que contribuyeron a la estructuración de América y formación de su cultura, está bien en estos momentos del vivir continental; pues sólo la acción ejemplarizadora de los grandes valores humanos, puesta en módulo de enseñanza, de acicate y estímulo, es capaz de ayudar a los pueblos del Continente al cumplimiento de sus destinos que han de troquelarse en la fragua de la libertad y de los altos ideales de superación y dignidad humanas.

EN LA PAZ DEL CAMPO

Blanca Martínez de Tinajero

Quito-Ecuador

Toda la campiña ambateña, una égloga macerada en perfume frutal y floral, está llena de encantamiento, un encantamiento lírico y hedonista, que nace de los jardines capitosos, de los hortales que zahuman la primavera con un olor de miel de las manzanas adamitas. Que nace de la tierra, grávida y tibia, en donde los hombres geórgicos,

aprenden, sembrando y cosechando, las letras de Rousseau, en el ritual cotidiano de la panteísta oración del trabajo.

Toda la campiña ambateña, con su río al medio, un patriarca centenario que habla, a veces con voz de eternidad, y otras, con ríjoso acento donjuanesco —tal el límpido ritmo viril de su armonía— toda la campiña surte músicas inasibles, ostenta un arsenal de paisajes palpitantes y vivos. Así, con su decoración de cerros verdes de sembríos, áridos de soledad, o pintorescos de nieve que irisan los crepúsculos, ella es música y paisaje; armonía y color; emoción y belleza, realidad y ensoñación.

Si la campiña ambateña es ésto, y algo más indescriptible, uno de sus paraísos es Atocha. Una aldehuela ensoñadora, que resume en sí toda la filosofía de la vida frayluisleonina, toda la poesía de Virgilio, resurrecta en una realidad briosa de drama y de paisajes emocionados. Una aldehuela con nombre castellano, bautizo inequívoco de aquel don Antonio de Clavijo, el encomendero y fundador de la villa mayor... Una aldehuela con su iglesia, abrevadero de fe la filegresía rural. Con su fisonomía de "quintas" señoriales y de chozas pajizas. Con sus jardines recreativos para las fiestas dominicales. Con su música de arpas, celestina de amoríos paradisiacos...

En esta aldehuela, en una de sus quintas más encantadoras, La Liria, creció y vivió la novelista que hoy da, en envoltura estructurada, sus primicias literarias. Por las dos ramas de su origen, corre una clara tradición de sabiduría y de arte, de inteligencia y de espiritualidad. Su padre, el múltiple Luis A. Martínez, un raro paradigma de energía y valor humanos, artista y político, literato y agricultor, estadista y hombre de iniciativas inauditas, es, el creador de la novela ecuatoriana; no que con él haya nacido, sino que él sabe insuflarla de los valores artísticos que requiere, sabe plasmar una realidad animica y social auténticamente nuestra, sabe, en un tiempo que aquello era un milagro, dar al mundo una de las primeras novelas ecuatorianas. "A la Costa" es la inicial de un movimiento artístico —mucho más valioso cuanto más se aleja en el tiempo— que marca los derroteros por donde camina la expresión de la novelística contemporánea.

Todo concurre en este exquisito espíritu femenino para hacer de él un auténtico exponente de arte. La tradición intelectual familiar la ha modelado tanto como el ámbito de refinamiento espiritual de su Atocha, la "dulce" y lírica y romántica...

"En la Paz del Campo", qué otra cosa, sino el drama de esa naturaleza sedante y sin misterio, de unas vidas en esos paisajes de luz y de música, iba a reflejar, en su obra esta escritora de vocación irrenunciabile?

Y, quién mejor que ella podía transvasar al molde artístico, la

psicología de ese rincón cuyos secretos y cuyas intimidades emocionales ella sola conoce?

No hay en esta novela primogénita —no os hagáis ilusiones— ninguna complicación abscondita psicológica o dramática, sentimental o trágica. Como en una novela verdadera, sólo hay una historia, un drama sencillo y claro, una realidad, embellecida por la alquimia del arte...

A través de ella váis, eso sí, de emoción en emoción, como un explorador en un mundo de bellezas virginales, descubriendo cosas, seres, paisajes, costumbres que por estar en el fondo de nosotros mismos, de nuestra alma, habíamos ignorado, hasta creerlas, al momento de la revelación, exóticas.

Lo "ecuatoriano", lo nuestro, gravita en esta novela, cristalina de sencillez, por sus lados cardinalicios. Un rico acervo de verdad que es novedad folklórica se filtra por sus páginas, en una re-creación que da autenticidad a sus personajes. Pero si esto no bastara a ser un mérito artístico, si las alternativas, los esguinces, la trayectoria dramática de las gentes que viven en esta novela, entes vivos de nuestra realidad social, no fuera suficiente para interesar y emocionar, allí está el alma "telúrica", la psicología de la tierra, arrancada, aprehendida en toda su grandeza pictórica y emotiva, viviendo en cuadros que sólo una acuarelista "nata", como es la autora pudo haber logrado en toda su entrañable palpitación vital.

"En la Paz del Campo", viene a enriquecer el fértil movimiento de la novelística ecuatoriana, descubriendo a una escritora de definido temperamento artístico. Blanca Martínez de Tinajero, inicia su propia ruta. Será, sin símil posible, ella misma. Lo es ya, una personalidad cuyos perfiles se precisan. Hay fuego creador en ella y pasión de arte en esta alma vibrante de mujer... una belleza floral de ojos lacustres, por cuyas aguas azules fuga un vuelo nostálgico de ensueños.

BANCA

Angel F. Rojas

Quito-1940

Angel F. Rojas, confirma con esta novela una apreciación que con nosotros comparten algunos observadores, acerca de la producción novelística ecuatoriana, y es la de que, mirado en conjunto este movimiento literario, nos da la impresión de que gran parte de sus creadores —y entre ellos el escritor lojano que nos ocupa— demuestra una vocación innata, pero más que esto una disposición artística "hecha", una capacidad infusa, para la creación literaria, que, al contrario de la generalidad de los casos, no necesita ese entrenamiento

probatorio y perfectible, en el que se purifican, cristalizan y se definen las inclinaciones artísticas, o fracasan.

Queremos decir, pues, que el caso de Angel F. Rojas, es de los novelistas que se revelan "enteros", con personalidad delineada, desde su primera obra. Así nos ha parecido "Banca", —una novela escolar— y no solamente por la riqueza y originalidad de su contenido; sino también por esa vigorosa maestría en el eslabonamiento estructural de la obra; por ese don de expresión, sin vacilación ni rebuscamiento, que presentan a un estilo como ya madurado.

"Banca" es la novela del escolar: una vida, una psicología, un drama, y por qué no? una tragedia incontadas hasta ahora. Lo ha hecho este novelista, con todo el realismo y con todas las excelencias artísticas que era menester para reconstruir las vidas adolescentes; lo ha hecho con un colorido lirismo pictórico y sentimental, con una honda emoción humana, que traduce en su palpitante dramatismo introspectivo y sociológico esa trayectoria macerada de esperanza y desesperanza que es la vida juvenil.

"Banca" es una buena novela que se suma a las otras que viene prestigiando el actual movimiento literario ecuatoriano.

C R O N I C A

EXPOSICION DE LIBROS HISPANOAMERICANOS

En el mes de setiembre del año pasado, el Grupo América, accediendo a gentil invitación que se le hiciera, tuvo a bien enviar para la Exposición de Libros Hispanoamericanos que se inauguró el 12 de octubre del mismo año, en la ciudad de Santiago de Los Caballeros de la República Dominicana, un valioso lote de obras nacionales, de la Revista "América" y más publicaciones hechas por la Entidad, a este interesante certamen de cultura, que continuó, después de Chile, Colombia y otras naciones sudamericanas, la iniciativa del Grupo llevada a cabo en 1935 con la Primera Exposición del Libro Hispanoamericano.

INTERCAMBIO BIBLIOGRAFICO

En el afán de llevar a la práctica, dentro de sus posibilidades, sus propósitos americanistas, en lo que se refiere principalmente con la difusión literaria, el Grupo ha enviado, desde enero del presente año, las publicaciones nacionales de que ha podido disponer, a las siguientes instituciones:

Departamento de Bellas Artes, Sección Teatro, de México; Instituto de Cultura Latinoamericano, de Buenos Aires; Asociación de Estudios Latinoamericanos, de Recife, Pernambuco, Brasil; William Wash, Profesor de Español de Hig School, New York.

Este servicio de intercambio bibliográfico ha sido aumentado además, con la generosa ayuda prestada por el Ministerio de Educación Pública, mediante el envío de diversas publicaciones nacionales.

EL CONCURSO DE NOVELAS LATINOAMERICANAS

Llevamos, ante todo, nuestra voz de aplauso y de felicitación entusiasta y sincera a la Editorial neoyorquina Farrar & Rinehart, por el rotundo éxito obtenido con este concurso de trascendental significa-

ción para las Letras Latinoamericanas, haciéndola extensiva a la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, su eficiente colaboradora en este acontecimiento intelectual.

El Concurso Nacional, cuya organización se encomendara al Grupo America fué, como lo esperábamos, una magnífica confirmación del desarrollo literario ecuatoriano, en el que se destaca principalmente la creación novelística, con la cual nuestro país asoma en priciente colaboradora en este acontecimiento intelectual.

Las siguientes fueron las obras presentadas al Concurso:

El Bolsillo del Diablo, por Hernán
 A la Sombra de Dios, por Tanodino
 Biografía de un Bicho, por Domingo Saracay
 La Isla Virgen, por Demetrio Aguilera Malta
 Beau Dondón Conquista del Mundo, por Gerardo Gallegos
 Itala, por X. Y. Z.
 El Jefe Supremo, por Luis Pastor
 Luz Deseada, por José L. Acevedo
 Fuego en la Ciudad, por Eduardo Montecampo
 La Novela de la Trini, por Ramiro del Aguila
 Las Tres Ratas, por Arturo Cova
 La Casa del Crimen, por Murva de Roca
 La Raposa, por El Buscón
 La Canción de la Vida, por Rey de Artieda
 Ella, por El Otro
 Destino, por Hugo Larrea Andrade
 U. C. Universidad Central, por Jorge Babbitt
 La Novela Interrumpida, por Aliocha Karamazow
 Los Condenados, por Juan del Prado, El Mozo
 Llagas, por Alma Ladrón de Guevara
 Orquídeas Sobre el Fuego, por Amerindio
 Tesoro Envenenado, por Garcilaso
 Carcajadas y Llanto, por Rumiñahui
 Nuestro Pan, por E. Gil Gilbert
 Saloya, por Un tal Don Quijote
 Una Más . . . , por Julián Besteiro
 Laura, por Miguel Angel Puente
 La Tragedia del Soñador, por Shyry Llauta Pungo
 Verde Cruz. Diario de una Leprosa, por Toparco.
 El Fintín, por Hugo Sol

El Jurado Calificador, compuesto por don José Rafael Bustamante, Drs. Gonzalo Escudero y Benjamín Carrión, dictó el veredicto que se transcribe, por el que se elige la novela "Nuestro Pan", del consocio

Enrique Gil Gilbert, como la que debe participar en el concurso internacional, la misma que mereció la Primera Mención Honorífica, según resolución del Jurado Internacional que, también, reproducimos.

VEREDICTO DEL JURADO ECUATORIANO

En cumplimiento de la honrosa comisión que nos ha confiado el Grupo América, al designarnos miembros del Jurado Calificador de las obras ecuatorianas presentadas al Concurso Latinoamericano de Novelas, promovido por la Empresa Editorial Farrar & Rinehart de Nueva York, por intermedio de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, nos permitimos pronunciar el siguiente veredicto.

En primer lugar, nos cabe la satisfacción de presentar nuestro aplauso a todos los escritores ecuatorianos que han concurrido a este torneo literario, rico en calidad literaria y en cantidad de novelas concursantes.

Después de prolija lectura de todas ellas, y en ejercicio de la facultad contenida en la cláusula octava de las "Bases del Concurso", nuestra opinión se contrae a determinar como la mejor novela entre las concursantes a "Nuestro Pan", suscrita por Enrique Gil Gilbert.

Esta novela es una pieza de alta y compleja literatura, nutrida de un fino y penetrante aliento de poesía y, a la par, saturada de un auténtico realismo. Y particularmente aparece como su sentido vital la influencia telúrica de la selva ecuatoriana en los protagonistas, y la extraordinaria descripción del trópico. Es difícil seguir la línea de acción de los protagonistas, porque en todo episodio y en todo instante, la presencia de la naturaleza es envolvente, y diríase acaso que los hombres en la novela son simples cifras cósmicas y cifras también de la indolencia de su destino. El diálogo usado es sobrio, pertinente, aunque a veces el autor lo mutila para sugerirlo todo con la fuerza dramática del silencio. Amor, hambre, maternidad y muerte se ciernen en el conflicto planteado, sin que jamás el autor dramatice con ellos, y antes bien, se mantenga siempre dentro de la frontera de la proporción y de la medida.

Juzgamos un singular deber de justicia mencionar y recomendar vivamente las siguientes novelas presentadas en el concurso: "Las Tres Ratas", de Alfredo Pareja Diez Conseco, por su acabada estructura en el género, el verismo de sus personajes y la sostenida emoción que circula a través de sus páginas; "La Isla Virgen", de Demetrio Aguilera Malta, por la potencia de su conflicto entre la tierra y el hombre y el grito patético de la naturaleza devoradora; "La Novela Interrumpida", de Humberto Salvador, por la diafanidad de su forma.

la hondura de su estructuración psicológica y su dominio en la construcción novelística: "Beau Don Conquista del Mundo", de Gerardo Gallegos, por su dramatismo vital y la movilidad episódica; "Universidad Central", de Humberto Salvador, por su poder de reproducción del ambiente universitario, en el que el autor defiende fervorosamente sus convicciones políticas; "El Bolsillo del Diablo", de Luis A. Moscoso Vega, por sus valores descriptivos y la humanidad de su protagonista; y finalmente, "Saloya", de César Ricardo Descalzi, por su vigoroso sentido de realidad.

Quito, 15 de diciembre de 1940.

José Rafael Bustamante,—Gonzalo Escudero,—Benjamín Carrión.

VEREDICTO DEL JURADO INTERNACIONAL

New York, 10 de marzo de 1941.

Señor don

Isaac J. Barrera

Secretario General del "Grupo América"

Quito, Ecuador.

Distinguido señor:

El Jurado Internacional del Concurso de Novelas Inéditas Latinoamericanas nos ha encargado anunciar el siguiente fallo:

Primer premio:

"El Mundo es Ancho y Ajeno", por Ciro Alegría (escritor peruano, residente en Chile, que sometió sus originales al Jurado chileno).

Menciones honoríficas:

"Nuestro Pan", por Enrique Gil Gilbert (Ecuador).

"A Fogueira", por Celio J. Carneiro (Brasil).

"Nayar", por Miguel Angel Menéndez (México).

Con este fallo llega a feliz término el primer concurso de esta especie. Aprovechamos, por ello, la ocasión de manifestarle, en nuestro nombre y en el del Jurado Internacional, lo mucho que apreciamos la valiosa colaboración que usted nos prestó en todo momento. Sin su ayuda, como sin la Ayuda de la Unión Panamericana, el certamen no habría tenido un éxito tan rotundo. Muchos de los originales fueron de la más alta calidad, lo cual hizo la labor del Jurado neoyorquino a la vez más ardua y más interesante. Tenemos la intención

de publicar en traducción inglesa las tres novelas que recibieron menciones honoríficas, además de la que ha recibido el primer premio.

Esperamos contar con su generosa ayuda cuando se celebre un segundo concurso literario latinoamericano, el cual anunciaremos con toda probabilidad de aquí a unos seis o siete meses. Usted será una de las personas, uno de los amigos, a quienes consultaremos sobre el asunto, si esto no es abusar demasiado de su buena voluntad.

Con los sentimientos de la más alta consideración saluda atentamente a usted su seguro servidor,

Stanley M. Rinchart, Jr.
Presidente.

SOLICITASE PREMIO PECUNIARIO

Además, el Ministerio de Educación Pública, por gestiones del Grupo, instituyó un premio anual de dos mil sucres, como se verá por el Decreto Ejecutivo que se copia, destinado a la mejor novela ecuatoriana; premio que, en esta ocasión fue adjudicado al novelista Gilbert, contribuyendo en esta forma al desarrollo literario nacional:

Quito, 16 de Noviembre de 1940.

Señor
Ministro de Educación Pública,
Ciudad.

Señor:

En la sesión celebrada el martes último, 12 del presente, el Grupo América del Ecuador consideró entre otros puntos, el relacionado con el Concurso de Novelas Inéditas Latinoamericanas, que ha despertado inusitado interés entre los escritores del país.

En este Certamen de Cultura creemos que el Gobierno debe hacer acto de presencia en forma tangible, para estimular y alentar a quienes con sus libros vienen acrecentando el caudal de las letras patrias, a la vez que haciendo la mejor propaganda de la nación. Y ningún estímulo sería más eficaz que la donación de un premio pecuniario al triunfador, señalando del Presupuesto del Estado una cantidad prudencial, cuyo desembolso, si bien para el Erario no representaría un gasto mayor, para el agraciado, en cambio, tendría junto a su significación honorífica, otra económica, que, dentro del pragmatismo actual, lo haría verdaderamente ambicionable y apreciado.

Para cristalizar en realidad este propósito, el Grupo América ha querido, pues, invocar su condición de hombre de letras, que le per-

mitirá apreciarlo con justeza y entusiasmo, a la vez que prestar a la idea su valioso apoyo en el seno del Gobierno, para su plena realización.

Con los sentimientos de nuestra consideración más distinguida, nos suscribimos atentamente.

Isaac J. Barrera,
Secretario General.

Francisco Terán,
Secretario de Actas y Correspondencia.

EL GOBIERNO CREA UN PREMIO PECUNIARIO ANUAL

Carlos A. Arroyo del Río,
Presidente Constitucional del Ecuador

Considerando:

Que las letras ecuatorianas necesitan de estímulo económico para su desarrollo;

Que hasta el momento la producción literaria sólo ha contado con menciones honoríficas o premios ocasionales discernidos por instituciones privadas o personas particulares; y

Que es deber de los Poderes Públicos incrementar, orientar y difundir la expresión artístico-literaria, que es la que dá carácter y relieve a los pueblos;

Decreta:

Art. 1º—Créase el Premio anual "Ministerio de Educación Pública", para la mejor obra literaria ecuatoriana —novela, cuento, poema o biografía—, que, bajo las condiciones de pulcritud y corrección idiomática en la forma y de tendencia americanista en el asunto, se haya hecho acreedora en concurso y a juicio de jurado competente.

Art. 2º—Se constituye el premio "Ministerio de Educación Pública" con la suma de dos mil sucres, que se tomará, anualmente, de la partida de "Imprevistos Departamentales" del Ministerio respectivo, más la edición hasta de un mil ejemplares, de la obra favorecida.

Los dos mil sucres serán entregados en efectivo al autor en ceremonia y fecha determinadas especialmente para el efecto por el Ministro del Ramo.

De la edición oficial, el treinta por ciento quedará a favor del Ministerio, para su distribución en las bibliotecas del País y el setenta por ciento se entregará al autor.

Art. 3º—Tanto las bases del Concurso como el personal del Jurado Calificador a que se hace referencia en el artículo primero de este Decreto serán fijados por el Ministerio de Educación Pública con la oportunidad del caso.

Art. 4º—Por esta vez, el premio "Ministerio de Educación Pública", con aplicación a la Partida Nº 4816 del Presupuesto Nacional vigente, se adjudicará al novelista Enrique Gil Gilbert, por su obra "Nuestro Pan", triunfante en el Concurso Latinoamericano de Novelas Inéditas, promovido por la Empresa Editora Farrar & Rinehart de Nueva York, según veredicto del Jurado Calificador que estuvo integrado por los señores José Rafael Bustamante y doctores Manuel Benjamín Carrión y Gonzalo Escudero Moscoso, miembros del Grupo América, Institución encargada de calificar los trabajos literarios enviados al Concurso citado.

Art. 5º—Queda así modificado el Decreto Ejecutivo Nº 45, del 17 de Enero del presente año.

Art. 6º—Encárguense de la ejecución del presente Decreto, los señores Ministros de Educación Pública y de Hacienda.

Dado en el Palacio Nacional, en Quito, a 11 de febrero de 1941.

(f.) Carlos A. Arroyo del Río.

El Ministro de Educación Pública,

(f.) Guillermo Bustamante.

El Ministro de Hacienda,

(f.) Vicente Illingworth.

NUEVOS SOCIOS

En la sesión del Grupo América de 12 de noviembre de 1940, fueron aceptados como sus miembros, en calidad de Socios Representantes, en los Estados Unidos la señorita Concha Romero James, Jefe de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana y el Profesor de la Universidad de Williams señor Albert B. Franklin, quien se encuentra actualmente en esta capital.

EL MINISTERIO NACIONAL DE CULTURA DE VENEZUELA

Altamente encomiable es la labor que viene desarrollando el Ministerio de Educación de Venezuela, con la edición de las obras de la Biblioteca Venezolana, que permite el conocimiento de su riqueza literaria, histórica y contemporánea. En este afán de difusión cultural, lleva publicados algunos libros entre los que podemos citar: "Antología del Cuento Moderno Venezolano", en dos tomos; una valiosísima selección hecha por Arturo Uslar Pietri y Julián Padrón, el joven y

original novelista caraqueño, en la que se ha reunido lo más significativo de la producción en este género literario: "Resumen de la Geografía de Venezuela", tres tomos por Agustín Codazzi, obra de amplia información científica para el conocimiento geográfico de la hermana República; "Antología de Costumbristas Venezolanas del Siglo XIX"; "Antología de la Moderna Poesía Venezolana", dos tomos, Selección y compilación de Otto D' Sola; "Reflecciones sobre la Ley de Diez de Abril de 1834 y Otras Obras", por Fermín Toro; "Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Mundo", traducción de Lizandro Alvarado. Esta edición de los estudios del sabio Alejandro Humboldt, viene a llenar, sin duda alguna, uno de los vacíos más perentorios en el movimiento cultural de hoy día, obra por la cual todas las naciones de América, especialmente, quedarán reconocidas por la generosa iniciativa del Departamento de Educación de Venezuela.

MINISTERIO DE EDUCACION DE BOLIVIA

También este Departamento de Estado, empeñado en idénticos propósitos de difundir el conocimiento de la realidad cultural de su país, ha emprendido en la edición de las obras más importantes, entre las que podemos anotar las siguientes:

"Crónica Moralizada", por Fray Antonio de la Calancha; "Tiahuanacu", Antología de los principales escritores coloniales americanistas e historiadores bolivianos; "Anales de la Villa Imperial del Potosí", por Bartolomé Martínez y Vela; "Memorias Histórico Políticas", por Vicente Pazos Kanki; "Potosí Colonial", Guía histórica, geográfica, civil y legal del Gobierno e Intendencia de la Provincia de Potosí, por Pedro Vicente Cañate y Domínguez; "Folletos Escogidos", por Casimiro Olañeta; "La Lengua de Adán y el Hombre de Tiahuanaco", por Emeterio Villamil de Rada; "El Arte de los Metales", por Alvaro Alonso Barba; "Últimos Días Coloniales en el Alto Perú", por Gabriel René Moreno.

DISTINGUIDO VISITANTE

El escritor norteamericano Sr. Thornton Wilder, quien acaba de realizar una gira de conocimiento y estudio por algunos países del continente, y que fué huésped de esta Capital, por algunos días, fué recibido en sesión especial por el Grupo, en la que promovió una interesante discusión acerca del Castellano y su porvenir en la vida de nuestra cultura.

La amistad con el escritor Sr. Wilder ha venido a sumarse al número de las valiosas relaciones con que se honra nuestra Entidad, por

tratarse de uno de los valores representativos de las Letras Norteamericanas. Algunas de sus obras con especial autógrafa nos fueron obsequiadas, ingresando a la creciente Sección Inglesa de nuestra Biblioteca.

HOMENAJE A JOSE SANTOS CHOCANO

Con la nota que transcribimos, el Grupo América se adhirió al Homenaje que la intelectualidad bogotana acaba de tributar a la memoria del distinguido poeta peruano, erigiéndole un busto en uno de los parques de la Capital Colombiana:

EL GRUPO AMERICA A LA CIUDAD DE BOGOTA, EN SU HOMENAJE AL POETA JOSE SANTOS CHOCANO

El Grupo América, entidad formada en la Capital de la República del Ecuador y que lleva el propósito de extender las relaciones culturales en todo el Continente, se ha complacido al saber que en Bogotá se erigirá un busto al gran poeta de la naturaleza andina, José Santos Chocano. El poeta, muerto ya, no exige para su tumba solo el monumento que lo glorifique, sino la inscripción que exprese la alabanza irrestricta por haber sido el cantor más pujante de las bravías tierras del Nuevo Mundo. Era el cantor de América, cuyo paisaje no tuvo secretos para su verso cálido y de emoción comunicativa.

El Grupo América se adhiere con sincera simpatía y admiración al homenaje que en Bogotá se rendirá al poeta peruano, y ha querido que, con esta ocasión, dos de sus miembros más relevantes, los señores don Gonzalo Zaldumbide y don Hugo Moncayo, presenten este Mensaje que vaya a sumarse a las demostraciones congratulatorias de la fiesta.

Quito, a 28 de Abril de 1941.

DESPEDIDA

Tuvimos el agrado de recibir la atenta visita del Sr. Dn. Luis F. Lira Girón, quien, cumplida su inteligente Misión Diplomática como Ministro de Bolivia, retornó a su patria después de larga y fructífera permanencia entre nosotros. El señor Lira Girón, Socio Representante del Grupo, fué valioso colaborador nuestro.

NUESTRO AGRADECIMIENTO

Nos es grato llevar los agradecimientos sinceros del Grupo a los señores Ministro de Gobierno y de Obras Públicas, Dr. Aurelio Aguilar Vázquez y Dn. Luis Cordovez, quienes con gentileza que les honra, han prestado apoyo, el primero para que se siga editando esta Revista en los Talleres Gráficos de su Departamento; y el segundo por haber ordenado perentorias refacciones en la casa de nuestra Institución.

CONDOLENCIA

Oportunamente nos dirigimos al Secretario del Grupo América de El Salvador, expresándole nuestro sentido pesar por la desaparición del eminente escritor don Miguel Pinto, uno de sus más claros valores intelectuales, cuya muerte ha sido sentida en todos los países Sudamericanos.

ANUARIO INTERNACIONAL AMERICANO

Por gentil obsequio que nos hiciera su autor, el infatigable y prestigioso periodista don Joaquín Blaya Allende, la Biblioteca del Grupo, se ha enriquecido con la presencia de esta monumental monografía en la que palpita la actual realidad americana.

EXPOSICION BIBLIOGRAFICA DE DENISON UNIVERSITY

Accediendo a la invitación que nos hiciera el Presidente de la Universidad de Denison, Dr. Keneth J. Brown, el Grupo envió un selecto material bibliográfico, entre el que se cuenta gran parte de los números de esta Revista, para la Exposición de Publicaciones Latinoamericanas que debió inaugurarse en el pasado mes de abril, en la citada Universidad Norteamericana.

GOOD NEIGHBOR FORUM OF CHICAGO

Gracias a la intervención de la Jefe de la Oficina de Cooperación Intelectual, Srta. Concha Romero James, antigua amiga y colaboradora

de esta Entidad y hoy nuestra Consocia, el Grupo América ha entrado en relaciones culturales con esta importante Corporación Norteamericana, la cual se ha servido obsequiarnos un valioso lote de libros que enriquecerá la Sección Inglesa de nuestra Biblioteca. En retribución, han sido enviadas algunas publicaciones del Grupo.

SECCION INGLESA DE LA BIBLIOTECA AMERICANA

Muy pronto será inaugurada la Sección Inglesa de nuestra Biblioteca, cuya formación, originalmente se la debemos a la entusiasta y valiosa labor del consocio señor Albert B. Franklin, secundada por Concha Romero James, quienes, afanosos por ayudar a la realización de nuestros propósitos de interconocimiento con la Nación del Norte, han tomado sobre sí la trascendental tarea de ponernos en relaciones permanentes con escritores e instituciones culturales norteamericanas, de gratas consecuencias para los ideales que perseguimos.

PRIMERA EXPOSICION DEL PERIODISMO NACIONAL

Uno de los acontecimientos de mayor trascendencia y significación cultural de estos últimos momentos en nuestra Capital, lo constituyó sin duda alguna la Primera Exposición del Periodismo Nacional, organizada por la Unión Nacional de Periodistas. El Grupo América contribuyó a ella, con la colección de su revista y demás publicaciones.

LA EDITORIAL ZIG -ZAG

Entre las editoriales de Sud América, la Zig-Zag de Santiago de Chile, viene manteniendo desde algún tiempo a esta parte, una posición relevante en la lucha por la difusión literaria. La ininterrumpida y ya antigua edición de su revista, una de las publicaciones más caracterizadas y tesoneras en la expresión de la "chilenidad", ha penetrado hoy día hasta en los más lejanos puntos del Continente, enlazando relaciones de amistad y facilitando el conocimiento general de las realidades de la fraterna República.

La actividad editorial de estos últimos tiempos de Zig-Zag se ha dejado sentir entre nosotros, no solamente por la presencia de su Sucursal en Quito, sino por la aceptación de sus publicaciones, prin-

principalmente sus Revistas que han inundado las librerías y hemerotecas al aire libre, las que son leídas por las diversas capas sociales de la urbe.

Mas, esto, solo constituye un aspecto de la beneficiosa actividad de la editora santiaguina. Lo trascendental reside en haber emprendido en una obra verdaderamente meritoria, cual es, en primer término, la reedición de los clásicos universales, supliendo la falta que hacía de este material de conocimiento y de información, especialmente para las generaciones contemporáneas necesitadas de estos estudios; en la traducción de las más célebres novedades literarias de la actualidad; y, también, en la edición de las modernas obras de la literatura americana.

Su Biblioteca de Novelistas, sobre todo, es una de las más ricas y más bien seleccionadas; es uno de los más codiciados acervos bibliográficos de las grandes novelas de todos los tiempos. Allí, al lado de "La Intrusa" de Bordeaux, del "Vicio Errante" de Jean Lorrain, de "Fruto Prohibido" de Somerset Maughan, se encuentran obras y autores célebres, como "Fusilado al Amanecer" de Maurice Dekobra; "La Miliciana" de Falgairolle, de "Primavera Mortal" de Zilahy Lajos, un húngaro moderno que ha hecho una novela de alto valor psicológico, en la que contemplamos la sombra resurrecta de un Werther tan trágico y patético como el goethiano.

No menos interesante es su Biblioteca Americana, donde encontramos, juntamente con libros sajones, como "Mansiones Verdes", de W. H. Hudson, "Hacia el Este Fluye la Corriente", de Alida Sims Malkus, obras de escritores latinoamericanos como "Yunga" de Gil Gilbert, y "Los Perros Hambrientos", de Ciro Alegria, ecuatoriano y peruano que acaban de triunfar en el gran concurso de novelas latinoamericanas promovido por la Casa Farrar & Rinehart de New York.

Estamos convencidos que la Editorial Zig-Zag es la que contribuye con mayor eficacia a la difusión del libro en América y el Continente.

DONACIONES BIBLIOGRAFICAS

El Excelentísimo señor Embajador de Colombia, doctor don Alirio Gómez Picón, en visita especial que hiciera a nuestra Biblioteca, nos hizo la donación de importantes obras publicadas en su país, las cuales hemos destinado a la Sección Colombiana habiéndonos ofrecido, además el distinguido diplomático, una nueva remisión bibliográfica, por todo lo cual nos es grato consignar nuestros agradecimientos sinceros.

También las Legaciones Argentina y Venezolana se han servido hacer otras valiosas donaciones de libros a nuestra Biblioteca, en elo-

cuenta prueba de interés por el mayor estrechamiento de la amistad internacional y de interconocimiento cultural. Con esta oportunidad presentamos al señor Ministro de la Argentina y Encargado de Negocios de Venezuela nuestro reconocimiento por tan significativas donaciones bibliográficas.

REVISTA DEL MAR PACIFICO

El fenómeno del florecimiento literario ecuatoriano ofrece un contraate negativo, consistente en la dificultad editorial, agravada en estos momentos por las restricciones impuestas a la producción universal de papel, en primer término, y, luego, por las pocas facilidades que prestan las también pocas editoras que funcionan en el país.

Así, no es posible publicar en todo su volumen lo que se produce literariamente en el Ecuador.

Con este grave obstáculo es principalmente, contra lo que ha tenido que luchar esta magnífica revista, que, llenando un perentorio vacío cultural, promete el cumplimiento de una misión insospechada aún en sus alcances específicos. Necesitamos aquí una mayor movilidad de las fuerzas intelectuales y del trabajo artístico, que están definiendo la personalidad ecuatoriana; necesitamos hacer más activa la expresión literaria, acomodándola al ritmo vertiginoso de la hora, para que no resulte esporádica e inactual, para que la obra del pensamiento florezca y se manifieste con oportunidad suscitadora y definidora.

Es esto lo que se propone "Revista del Mar Pacífico" y lo que viene realizando ya. Un alto sentido de selección, de organización del trabajo intelectual anima a sus dirigentes. Lo más vigoroso y florido de los escritores ecuatorianos asoma en sus páginas, las que por lo demás se han abierto generosamente a la colaboración extranjera.

Estimamos en su trascendental valor la existencia de "Revista del Mar Pacífico", y queremos para ella una vida sin interrupción, que la consideramos inapreciable en el desarrollo actual de las letras ecuatorianas.

BIENVENIDA

Presentamos nuestro cálido y cordial saludo de bienvenida al consocio don Hugo Moncayo, a su regreso a la Patria, en uso de corta licencia que le ha sido concedida en el ejercicio de su cargo de Primer Secretario de la Embajada del Ecuador en Colombia, que lo ejerce actualmente

Hugo Moncayo durante su permanencia en el exterior ha desarrollado una grata y fructífera labor en beneficio del Grupo América y de las relaciones culturales del país, mediante la difusión del conocimiento de las actividades literarias y artísticas del Ecuador, del mejor estrechamiento de nexos intelectuales con los países donde ha permanecido en fuerza de su misión diplomática, la cual, por otra parte, ha sabido desempeñarla con alto sentido de dignidad y de verdadero patriotismo.

Deseamos al estimado compañero la más grata permanencia en el país.

HUGO FERNANDEZ ARTUCIO

Este distinguido catedrático de la Universidad de Montevideo, y uno de los más destacados intelectuales de la actual generación uruguaya, a su paso por nuestra Capital fue recibido en el Grupo América, en cuyos salones desarrolló una interesante conferencia acerca de la historia y vida actual de la República Oriental del Uruguay, en la que fuera de evocar los altos nombres de Rodó, Faz Ferreira, Sabat Ercasty, planteó con profundo conocimiento de la realidad americana el estudio de sus problemas más perentorios, cuya resolución toca arbitrarla a todas y cada una de sus naciones, en un esfuerzo comprensivo y debidamente cohesionado.

La conferencia del destacado uruguayo vino a sumarse a las numerosas que han sido sustentadas en estos últimos tiempos en nuestra Institución, cuyas puertas están siempre francas a la cooperación intelectual internacional.

VIAJE DE UN CONSOCIO

Invitado por The American Association of Social Work, para la Conferencia que debe realizarse en Atlantic City, partió a los Estados Unidos nuestro consocio doctor Emilio Uzcátegui, Tesorero del Grupo América. Nuestra Institución, aprovechando el viaje del destacado educador ecuatoriano, tuvo a bien discernirle una credencial a fin de que durante su permanencia en la Nación del Norte pueda efectuar la labor que crea conveniente en pro de la intensificación de las relaciones culturales, y del fomento de la Sección Inglesa de la Biblioteca, cuya inauguración deberá llevarse a cabo el 4 de Julio próximo, aniversario de Norte América.

GRUPO AMERICA DEL ECUADOR

FUNDADO EN ABRIL DE 1931

SOCIOS ACTIVOS:

- AGUILERA MALTA, DEMETRIO, en Guayaquil.
ALBORNOZ, MIGUEL ANGEL, en Quito.
ARIAS, AUGUSTO, Director del Instituto de Cultura Americana, en Quito.
ARROYO, CESAR E., fallecido.
BARRERA, ISAAC J., Secretario General, en Quito.
BARRERA B., JAIME, Subdirector de la Biblioteca de Autores Americanos, en Quito.
BOSSANO LUIS, en Quito.
BUSTAMANTE, GUILLERMO, en Quito.
CARDENAS DE BUSTAMANTE, HIPATIA, en Quito.
CARRERA ANDRADE, JORGE, en San Francisco.
CARRERA ANDRADE, CESAR, Procurador, en Quito.
CASTILLO, ABEL ROMEO, en Guayaquil.
CUADRA, JOSE DE LA, fallecido.
ENDARA, JULIO, en Quito.
ESCUADERO, GONZALO, en Quito.
ESCUADERO, JORGE, Director de "América".
ESCALA, VICTOR HUGO, en Panamá.
ESPINOSA, CARLOS M., en Loja.
FALCONI VILLAGOMEZ, J. A., en Guayaquil.
GALLEGOS LARA, JOAQUIN, en Guayaquil.
GIL GILBERT, ENRIQUE, en Guayaquil.
GUARDERAS, FRANCISCO, en Buenos Aires.
ICAZA, JORGE, en Quito.
JARAMILLO ALVARADO, PIO, en Quito.
JIMENEZ, NICOLAS, fallecido.
LASSO, IGNACIO, Director de "América", en Quito.
LEON, MIGUEL ANGEL, en Riobamba.
LLERENA, JOSE ALFREDO, en Quito.
MARTINEZ, ALFREDO, Director de la Biblioteca de Autores Americanos, en Quito.

MONCAYO, HUGO, en Bogotá.
 MORENO, JULIO E., en Quito.
 MONTALVO, ANTONIO, Director de "América", en Quito.
 MONSALVE POZO, LUIS, en Cuenca.
 MORA REYES, ALFREDO, en Loja.
 MUÑOZ SANZ, JUAN PABLO, Director de la Editorial "América",
 en Quito.
 MUÑOZ CUEVA, MANUEL M., en Cuenca.
 PALLARES ZALDUMBIDE, HERNAN, en Estados Unidos.
 PAREJA DIEZ CANSECO, ALFREDO, en Guayaquil.
 PAREDES, ANGEL MODESTO, en Quito.
 PEREZ CONCHA, JORGE, en Quito.
 REYES, OSCAR EFREN, en Quito.
 ROJAS, ANGEL F., en Guayaquil.
 SALAZAR FLOR, CARLOS, en Quito.
 SANCHEZ, MANUEL MARIA, fallecido.
 TERAN, FRANCISCO, Secretario de Actas y Correspondencia, en
 Quito.
 UZGATEGUI, EMILIO, Tesorero, en Quito.
 VACA DEL POZO, TELMO, en Guayaquil.
 VELASCO IBARRA, JOSE MARIA, en Buenos Aires.
 ZALDUMBIDE, GONZALO, en Bogotá.

SOCIOS REPRESENTANTES:

AGRAMONTE, ROBERTO, en La Habana.
 ARCINIEGA, ROSA, en Lima.
 ARGUEDAS, ALCIDES, en La Paz.
 ARIAS LARRETA, ABRAHAM, en Lima.
 BEDREGAL, JUAN FRANCISCO, en La Paz.
 CANDIOTI, ALBERTO M., en Bogotá.
 CURT LANGE, FRANCISCO, en Montevideo.
 DIEZ DE MEDINA, FERNANDO, en La Paz.
 FRANKLLIN, ALBERT B., en Estados Unidos, actualmente en Quito.
 GARCIA, ANTONIO, en Bogotá.
 LIRA GIRON, LUIS F., en La Paz.
 MELENDEZ, CONCHA, en Río Piedras.
 PRENDEZ SALDIAS, CARLOS, en Santiago.
 ROSENBLAT, ANGEL, en Buenos Aires.
 ROMERO JAMES, CONCHA, en Washington.
 SCARONE, ARTURO, en Montevideo.
 TELLEZ, JULIO, en La Paz.

COPLAS

Dicen que el Gobierno, sabio
va a hacer que dentro la Ley
sólo sea ciudadano
quien use Manjar EL REY

Quien quiere gozar la vida
y siempre pasar sin pena
que beba del Chocolate
que produce LA LORENA

Cómo han de decir que en Quito
no existe una maravilla
Cuando tiene La Lorena
sus Galletas de Vainilla.

LA LIBRERIA MONTALVO

OFRECE A LOS INTELLECTUALES DEL ECUADOR Y DE
AMERICA EL MAS COMPLETO SURTIDO DE OBRAS
ECUATORIANAS

POESIA: Olmedo, Juan León Mera, Luis Cordero, Remigio Crespo Toral, Remigio Romero y Cordero, Jorge Carrera Andrade, etc., etc.

NOVELA: Juan León Mera, Luis Martínez, Quintiliano Sánchez, A. Baquerizo Moreno, Fernando Chávez, Jorge Icaza, Humberto Salvador, E. Gil Gilbert, Alfredo Pareja, Demetrio Aguilera Malta, etc., etc.

ENSAYO — CRONICA E HISTORIA

Obras completas de: Juan de Velasco, Juan Montalvo, Ilustrísimo González Suárez, Pedro Moncayo, Roberto Andrade, Manuel J. Calle, Nicolás Jiménez, Benjamín Carrión, etc.

EN LIBROS EXTRANJEROS OFRECE A PRECIOS SIN COMPETENCIA DE LAS MEJORES EDITORIALES AMERICANAS.

LIBRERIA MONTALVO compra libros y bibliotecas a buenos precios.

Dirección local: Esmeraldas y Montúfar.

Dirección Postal: Juan J. Concha.—Librería Montalvo
Apartado 4-6-8.—Quito-Ecuador.

LA REGIONAL

21—53

Teléfono del Almacén de su Confianza

MUEBLES FINOS Y ARTICULOS DE LUJO

SI UD. se va a casar, ahorre pagando menos y
comprando lo mejor en "LA REGIONAL"

SI UD. desea amueblar su hogar, economice com-
prando en "LA REGIONAL"

SI UD. piensa instalar su oficina bien presentada,
acuérdesese de "LA REGIONAL".

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

LA REGIONAL sólo LA REGIONAL

F. J. CALERO

Propietario

Dirección: Calle Vargas 103 y Oriente

MONTAHUANO E HIJO

MANUFACTUREROS DE MUEBLES,
JUGUETERIA Y MATERIAL EDUCATIVO

PREMIADOS EN VARIAS EXPOSICIONES
DEL PAIS

1913—1932—1935

Apartado 465. — Quito, Ecuador, S. A.

PLAZA ESPAÑA 237

EDITORIAL COLON

DE

V. H. VALDIVIEZO P.

Dirección Telegráfica: VIVALPE.

Casilla de Correos N° 479. — Teléf. N° 1065

Calle Sucre N° 18

QUITO—ECUADOR

Importa directamente de Europa y América:
Papeles para imprenta, artículos de escritorio
y escolares, lo mismo que cualquier otro
artículo de este ramo.

HAGA QUE SU CUTIS SEA HERMOSO CON

CERA MERCOLIZADA

¿Es su cutis claro, suave y de aspecto joven? Debe y puede ser así. Deje que la CERA MERCOLIZADA lo demuestre. Aplíquese CERA MERCOLIZADA como si fuera col-crema, todas las noches antes de acostarse; con resultados asombrosos la CERA MERCOLIZADA efectúa la tarea de desprender la capa de su cutis descolorido exterior, revelando la joven y fresca tez que hay debajo.

AYUDA REALMENTE A HERMOSEARSE A SI MISMO
A SU CUTIS

Después de una serie de aplicaciones de CERA MERCOLIZADA, su cutis aparece con su propia radiante hermosura, belleza natural superior a la que Ud. ha tenido durante mucho tiempo.

CERA MERCOLIZADA

CONSERVA EL CUTIS JOVEN

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO: BAZAR DE NOVEDADES

Calle Guayaquil N° 64 A. — Teléfono 6-8-2.

LUCINDO ALMEIDA & CÍA.

BANQUEROS

**Asociados al Banco Central del
Ecuador**

Dirección Telegráfica: A L G A S

Dirección Postal: C a s i l l a 1 8 6

Quito—Ecuador, S. A.

Toda Clase de Operaciones

Bancarias

EL BANCO PRIVADO

MAS ANTIGUO

DE LA REPUBLICA

CADA CLIENTE UN AMIGO.